8.II-6.67(9)p.3)

Julia Sáez.

Alma Chilena

(Diario de una niña)

Imprenta Claret
Gálvez 750
SANTIAGO
—
1917

AAD7944 3

Alma Chilena

(DIARIO DE UNA NIÑA)

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÈ TORIBIO MEDINA"

POR

JULIA SÁEZ

Ex-alumna de la Escuela Normal N.° 1

Ilustraciones de O. García i J. Soza.

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta y Encuadernación Claret
Gálvez 750

1917

Alma Chilena

ES PROPIEDAD

INDICE

		Pájs.
1	Unas palabras	VII
2	¡Al colejio!	1
3	En la oficina	3
4	La maestra	6
5	En familia	8
6	Lucía	9
7	Mis compañeras	10
8	Mi escuela	13
9	Reflecciones	16
10	Consolando al triste	19
11	Maldad	20
12	Muerte al ocio	21
13	Esfuerzo	23
14	La mentira	26
15	Promesa	28
16	Buena amiga	29
17	La falta	30

		Pajs.
18	De visita	31
19	No murmures	33
20	Tarde alegre	35
21	Despecho	41
22	Ingratitud	42
23	Nuestro Ateneo	44
24	Dos acciones	47
25	Complot	50
26	Desbandada	51
27	Sorpresa	53
28	Desgracia	56
29	La burla	58
30	La médica	60
31	Rectitud	62
32	El scout	64
33	Las maestras	66
34	Equilibrándonos	68
35	Incidentes	70
36	El día Domingo	71
37	La cimarra	75
38	Contraste	77
39	La carta	78
40	Nevando	82
41	Mi hermano profesor	83
42	Fenómeno	85
43	Noche de invierno	87
44	Alegría	89
45	A propósito de la fiesta del libro	90
46	Una maestra	93
47	El tesoro oculto	93
48	Cuento	98
49	Escapada	100
50	En el hospital	101
51	La plantación	103

		Pags.
52	Los arboles	105
53	La olla del pobre	106
54	La abuela	107
55	Mala hija	109
56	Pobrecita	111
57	El tortillero	112
58	Nobleza	115
59	El matrimonio	117
60	El secreto del águila	120
61	Venganza	125
62	La cartera	126
63	Mostacho	128
64	El secreto	130
65	El día de la Patria	131
66	Arrepentimiento	132
67	Absuelta	133
68	Caridad	133
69	Carta a mi prima	134
70	Al pié de la bandera	135
71	La conciencia	139
72	Condescendencia	141
73	Tegualda	142
74	Rhut	146
75	La fiesta del cerro	148
76	La proeza de Angamos	151
77	En discordia	152
78	En lucha	156
79	La prueba	157
80	La enredadera	160
81	El suplementero	162
82	Mi madre	165
83	Hallazgo	166
84	Prisionera	168
85	Poquito a poco	171

		Pajs.
86	Historia triste	163
87	El exámen médico	176
88	La Escuela Nocturna	177
89	Alegría	179
90	Las hormiguitas	180
91	Redención	182
92	En el hogar de Rhut	183
93	Las dos hermanas	185
94	Audacia	188
95	En peligro	189
96	Día feliz	190
97	Pájina sencilla	192
98	Jenerosidad	198
99	Felicidad	199
100	Los exámenes	200
101	Despedida	201

Unas palabras

Hé aquí un libro de lectura que merece la protección del majisterio nacional i el favor del Supremo Gobierno.

Es el reflejo fiel del alma, de la mentalidad de los niños que concurren a nuestras escuelas primarias, recibido i recojido por una maestra que, si es joven en años, es una veterana en el arte de pensar bien i de hacer pensar a los niños.

No hai que hojear sino unas cuantas pájinas, para sentirse atraida por su lectura, i, lo que es más, para conmoverse i querer a los niños, a estos niños de Chile i de nuestras escuelas, que tienen el alma en los labios.

No es este libro el «Corazón» de Amicis; pero se le parece, i tiene,—si nuestro patriotismo no exajera,—un valor más alto para nosotros, porque son los maestros i los niños de nuestra *tierra* los que en él hablan i se manifiestan.

Mis felicitaciones más sinceras a la joven autora; la escuela primaria puede esperar mucho de maestras que se le asemejen.

Brijida Walker.

Marzo de 1917.

¡Al colejio!

1.o de Marzo.

Esta mañana he despertado mui de alba. La preocupación de que hoi iría al colejio, hizo huir mi sueño con mayor éxito que un despertador. Me levanté lijera, más contenta que otras veces i corrí en busca de mi mamá para darle los buenos días.

Durante el desayuno noté que mi actividad i contento no eran únicos Martita, a quien siempre cuesta mucho hacerla desayunar, comió con cierto apetito, i sus mejillitas rosadas i lustrosas probaban su contento. No había estado nunca en colejio pero lo deseaba: prueba de ello eran sus repetidos ruegos i súplicas: «yo quedo ir colé...co!...»

Había ido varias veces con mi mamá a buscarme i sin duda, al ver tanta pequeña un poco mayor que ella, salir alegre i bullidora, había ideado del colejio, prematuramente, un edén.

Pepito—a quien sus once años lo tienen orgulloso—se veía monísimo con su traje azul oscuro i su cuello marinero mui albo.

Había adoptado cierta seriedad, como que entraba a 1.º de Humanidades, i trataba de esplicar «lo que se hacía en el colejio», pregunta de la incansable curiosa de Martita.

Olga secundaba con primor a su hermano, pero se trasparentaba en su rostro nervioso el deseo de irse pronto. Comía apresuradamente, instando a los demás a hacer lo mismo. Yo iba a mezclarme en la conversación de los chicos, pero me detuvo la voz de Ricardo, nuestro hermano mayor, quien nos invitaba desde la puerta:

—«Apresurarse la semilla!»

A esta indicación todos nos levantamos i cada uno corrió en busca de su sombrero, pues, como la mamá tenía algunos quehaceres estraordinarios, Ricardo había quedado de ir a matricularnos. Nuestra madre salió a dejarnos hasta la puerta, i los chicos, llenos de gusto, le enviaron, al perderse de vista, un amoroso adiós.

Como la mañana estaba fresca i agradable, hicimos el trayecto a pie por el centro de nuestra deliciosa Alameda. Pepito iba a nuestro lado. Marta i Olga revelaban bulliciosas su alegría i se adelantaban a nosotros en carreritas locas, bañadas por la blanca luz de la mañana estival. Sólo se detenían a instantes para mirarse el calzado, como si temieran que el polvo intruso pudiera manchar la presentación correcta de sus personitas.

—¿Has visto mayor contento? observó Ricardo.

I efectivamente, los chicos, en esta primera escursión al colejio, se encontraban más felices que en otros paseos verificados en vacaciones.

Pronto enfrentamos al Liceo «Aplicación» en donde quedó Olga cursando 3.ª preparatoria; Pepe, que seguía también en el anexo del Pedagójico, encaminóse

solo, con aires de gran señor, por San Miguel, descubriéndose con grave ceremonia al pasar frente al templo de la Gratitud Nacional.

—«¡Dios lo bendiga!» murmuró una anciana que lo observaba, perdida entre un tumulto de preciosas flores.

Nosotros le sonreímos, pero Martita, descubriendo la corriente de simpatía establecida, corrió hacia la florista i, acariciando delicadamente las rosas de una canasta, les dijo casi secreto: «¡lindas! ¡lindas!»

Sonrió a su vez la mujer, cojió una de las rosas, i se la presentó a la niña, diciéndole:

—«¡Tómala, encanto; es tuya, pero... cuidado con las espinas!»

Abrió Martita sus grandes ojos negros i quedó por un instante admirada de que pudieran haberla hecho dueña de tan linda rosa; luego la cojió con cuidado, la besó con su boquita de flor, i se la pasó a Ricardo encargándole: «para mamá».

I sin otro accidente llegamos al establecimiento en donde quedaríamos Marta i yo. Ella en el primer peldaño i yo en el último, preparación postrera para ingresar a donde el destino me empuje con violencia.

En la oficina

2 de Marzo.

Un tumulto de niñas, acompañadas de sus madres, ocupaban la oficina que se hacía estrecha para contenerlas.

—«Por aquí, señora, tenga la bondad», decía la Directora, señalando un asiento a la madre de una chica que recordaba haber visto en la sección de la señorita Eujenia.

I mientras atendía a unas, despachaba a otras, habiéndole sido imposible su tarea sin la ayuda de tanta profesora joven i activa.

Al divisarme, exclamó benévola:—«¡Hola, María, cuánto de bueno por aquí! Tan puntual siempre; Ud. es la primera de su sección que llega a matricularse i espero que ha de ser también la primera en el curso!»

A todo esto yo me había abierto paso—aunque difícilmente—entre las demás personas, i saludado con afectuoso respeto a mis buenas, inmejorables maestras!

En espera de mi turno me entretuve en observar:

—¿Cómo se llama la chica? interrogó la Directora a un señor alto, enjuto, ya entrado en años.

—Ester Ponce González, señora—contestó él, inclinándose levemente.

—¿Edad?...

—Nueve años cumplidos.

—¿Trae certificado? Porque es indispensable.

—Justamente, respondió él, afirmándose los lentes con un movimiento algo nervioso, i buscando en el bolsillo interior del paletó una cartera gastada por el uso.—Aquí lo he guardado, i estrajo de ella un papel que desdobló, estendiéndoselo.

—Estercita, señora, es mi esperanza; es juiciosa i aplicada i creo no dará a Ud. incomodidades.

El certificado debió corresponder a lo espresado por el señor, porque la Directora sonrió i dijo:

—«Tendremos una buena alumna en el III «B».

Anotó enseguida los otros datos indispensables y se la indicó a la maestra del V° «A»:—«Sírvase medirla i pesarla, señorita».

Ester tenía un buen desarrollo: un metro cuarenta de alto, i un buen peso: cuarenta i dos kilos.

Otra de las profesoras apuntaba la capacidad pulmonar.

Oí que decía a una peladita muy viva que el año anterior había asistido a I «A»:—Respire, respire bien! arroje ahora con fuerza el aire...—Así, así, afirmaban en coro algunas vocecitas que ya habían esperimentado el caso. I el cilindro ascendía lentamente sobre el espirómetro, marcando 250 cm^3.

Observé muchas alumnas nuevas; casi todas me eran desconocidas i presentaban ese aire semi-cortado del que se encuentra en un ambiente estraño. Pero había también algunas alumnas antiguas, de los cursos inferiores, i ellas, con su espíritu abierto, franco i cariñoso, se atraían a las noveles, despojándolas de toda cortedad.

Rosa Ester, una chica viva i simpática, se afanaba por entablar conversación con una muñeca de ojazos admirables, a quien no había sido posible arrancar del lado de la madre. A sus faldas se apegaba, escondiendo la carita i estallando en llanto cada vez que intentábamos atraerla.

—¿Le muestro una cosita bien linda? la engañaba Rosa, ¡venga, pues! i se injeniaba por alejarla de la mamá; pero todo inútil.

Martita, que sin duda observaba esto, se acercó a la pequeña i con la dulzura propia en ella, le dijo, tocando con su manecita la revuelta cabellera de la peneca, con la misma delicadeza que lo había hecho poco antes con la flor:—«¡Vamos, dica!»

La miró la pequeña y súbitamente cesó su llanto; i cual si fuesen gotas de rocío, suspensas aún sobre las pestañas brillaban sus lágrimas, cuando sonrió a Martita. ¡Bendita edad de penas sin raíces, que tan pronto sabes consolar i olvidar!

Hai almas que se comprenden fácilmente; así la obediencia que no consiguieron promesas ni engaños, la consiguió Martita con su ternura de ánjel.

Estas i otras pequeñas incidencias nacieron ese

instante. Yo me sentía alegre. Pero la idea de que ese sería mi último año, de que ya no volvería a encontrarme, en otro día de matrícula, en medio de tantos recuerdos queridos, turbó mi corazón arrancándole un suspiro.

Qué dulce alegría he sentido, sin embargo, al ver de nuevo a mis maestras, i cuán gratas emociones ha dejado en mí esta corta visita a la escuela!

La maestra

10 de Marzo.

Hoi ha sido un hermoso día. Veinte chiquillas alegres, limpias, poblaban la sala. Con sus delantales albos i sus rostros afables, se hermanaban a las flores que, agrupadas con gracia, lucían su frescura sobre el pupitre de la maestra.

Este año han acudido con más lijereza a la escuela i en la mayoría se adivina intelijente entusiasmo.

Por las ventanas abiertas entraba acariciador el aire de la mañana, levantando con timidez las chasquillas de las muchachas. I sobre el suelo dibujaba el sol una mancha de viva claridad.

Se pasó lista. Nadie faltaba. La maestra habló:

—«Todos los días, mañana i tarde, antes de empezar las clases, pasaré lista como hoi. I como hoi también, quiero que la casilla correspondiente a cada una de Uds. esté libre de toda marca. Sólo un motivo mui poderoso podrá obligarlas a faltar a la escuela. Siendo asistentes, aprovecharán más; siendo puntuales se harán estimar i siendo atentas i buenas, se harán querer. De esta manera aprenderán la mejor felicidad, aquella que siente el que sabe cumplir con su deber

i, terminado el año, de seguro, habrán alcanzado éxito».

Nosotras, las que ya habíamos sido sus alumnas, nos miramos; bien sabíamos cuánto conseguía ella con su hablar suave i enérjico a la vez.

Me encanta mi maestra Otras la encuentran orgullosa, pero no es así I aunque lo fuera, sería un defecto mui pequeño al lado de su gran corazón.—Es mui alta i flexible; a nosotras nos gusta buscarla, porque ríe francamente, celebra toda ocurrencia, i se une a nuestras penas i goces.

La he visto trabajar con perseverancia, sin manifestar jamás disgusto por las molestias que nunca faltan. Trata a sus alumnas con grata dulzura; si alguna no ha entendido, no importa; para eso está ella, para enseñarle, para esplicarle, i para hacerla entender, probándole que todo es fácil cuando hai empeño i voluntad de parte de la alumna.

Nunca se enoja. Nuestras continuas faltas nunca le arrancan una espresión dura, menos hiriente. Solamente se pone seria, mui seria; toma su rostro un aspecto triste, i en su mirada elocuente nos dice mucho más de lo que pudieran decirlo gritos i enojos.

Es así como castigó a Leontina, cuyo carácter se está revelando indócil.

Estando en Dibujo, Laura le pidió una goma. Egoista, sin duda, hizo de mala gana el favor i la tiró con desprecio, como diciendo: «¿Por qué no la tienes, también, tú?»

Pero a la maestra, que todo lo ve, que adivina las intenciones, no se le escapó este acto de su alumna i se puso pálida, como si a ella fuese dirijida la ofensa.

Nada dijo a Leontina, pero ví a ésta demudarse ante su mirada. Buscó enseguida una goma en su escritorio i se la ofreció a la niña ofendida, diciéndole: «aquí tiene, Laura; esta goma es mía, pero yo se la ofrezco; puede Ud. usarla cuantas veces quiera».

Las alumnas que esperaban quizá un castigo o dura reprimenda, miraron a la maestra con asombro. Leontina se inclinó sobre el papel en que dibujaba i notó que sus mejillas habían enrojecido vivamente.

En familia

15 de Marzo

Al regresar de la escuela, he encontrado gran novedad en casa. Mi madre, tan apacible i sonriente siempre, revelaba en su espresión una profunda pena, a pesar de los esfuerzos que hacía por aparecer tranquila.

¿Qué había sucedido? El temor de ser indiscreta me contuvo algún tanto; pero, incapaz de verla sufrir en silencio, me acerqué a ella, rodeé su cuello con mis brazos i rompí en llanto, murmurando apenas:

—¿Qué le pasa, mamacita?

Hizo ella, entonces, un gran esfuerzo de dominio sobre sí, i besándome en la frente, dijo:

—Nada, mi hijita, que el Señor al quitarme una hermana, me regala otra hija.

Como hiciera un jesto de no comprenderla, ella trató de esplicarme:

—¿Qué dirías tú, si muriera Olga?

No había pensado en que tal cosa pudiera suceder, i la coincidencia de que su pregunta se uniese al no haber visto a mi hermana a mi vuelta del colejio, me hizo pensar en una desgracia efectiva, dándome el corazón tal vuelco que la sangre azotó en mis mejillas.

—No te asustes, dijo mi madre, que Olga está sin novedad; por la impresión conozco lo que piensas i sé que su muerte te haría sufrir.

Hoi no eres tú, soi yo la que pierdo una hermana.

—¿I Lucía?... la interrumpí yo, que por los constantes recuerdos de mis padres, conocía la casa de mis tíos tan a fondo como la mía.

¿Qué hará Lucía, sola en el mundo?

—No está sola en el mundo, porque nos tiene a nosotros, contestó Ricardo, entrando a la habitación.

Mi madre dió un suspiro i noté que su semblante aparecía dulcemente aliviado.

—¡Sí, sí, esclamé yo con vehemencia! Lucía no está huérfana, porque tiene en nosotros tantos hermanos.

—I en mí una nueva madre!

—I yo agregaré a mi corona de hijos otra flor que se llamará Lucía, afirmó nuestro papá, entrando en en ese instante i adelantándose hacia mi madre para calmar su llanto con un beso de amor.

Lucía

20 de Marzo.

Lucía está desde el Martes con nosotros. Papá corrió en su busca, i si no fuese por la tristeza de los grandes, reinaría en casa inmenso júbilo. Pero los chicos, que no conocen las penas, ni pueden comprender la desgracia, han manifestado abiertamente cuánto les agrada la compañía de su prima.

I en realidad, parece una hermana; ninguno de nosotros tiene, como ella, parecido más marcado con nuestra madre. Sus ojos grandes i negros, con un techo de pestañas larguísimas i arqueadas dan a su mirar una dulzura que, aunque triste, sonríe... Los ojos de mi madre son los de ella, cuánto voi a quererla!

Se me acerca mucho en edad, i ya la adivino mi

compañera favorita en juegos, trabajos e inquietudes.

Parece intelijente i buena. Los chicos no pueden pasar sin ella, i Ricardo le reserva delicadas atenciones.

¡Pobre Lucía, cuanto deberá sufrir! Pero disimula i hace lo posible por mostrarse contenta.

Es tan cortés que cautiva. Siempre está anticipándose para hacer o traer lo que mi madre manda o pide; siempre está dispuesta a satisfacer los menores caprichos de Marta i Olga; i cuando se acerca la hora en que debe llegar mi papá, está lista para correr a su encuentro. Lo abraza, le quita el bastón, el sombrero, i corre en busca de un plumero con que devolver a su calzado el brillo que le roba el polvo

Mamá dispuso que asistiera conmigo a la escuela, i para mayor contento de ambas, hemos quedado en la misma sección.

Cuando la maestra la presentó al curso, todas la miraron con curiosidad; pero les ha sido simpática, porque le sonríen, se ofrecen a pasarle lápiz o papel, i en el recreo, varias corren hacia ella para convidarla a jugar.

Mis compañeras

26 de Marzo.

Con Lucía se ha completado la matrícula de VI año. Ha sido la última en llegar i, sin embargo, la que primero se ha conquistado el cariño de todas.

¡Es tan atenta! Adivina las intenciones, adelantándose a todas para ejecutar lo que la maestra desea. Es la primera en indicar i nunca olvida de hacer sus tareas, en las que siempre pone especial esmero. Todas comprenden ya que será la primera de la clase. Sin

embargo, no es vanidosa; contínuamente la veo prestando sus apuntes, enseñando algo en el mapa i aun esplicando problemas que para otras son difíciles.

Tan queridas como Lucía, son Olga i Fresia. No tienen entre sí parentesco alguno i, sin embargo, se parecen. ¿Será que hai parentesco de almas? A pesar de ello, no son amigas. Olga prefiere la compañía de Aida, una chiquilla blanca, coloradita, de grandes ojos verdes, pero de mirada fría. Sin embargo, es sensible: que la mire con seriedad, siquiera, la maestra, baja la cabeza, empieza a hacer pucheros, se apoya de codos sobre el banco, hunde el rostro entre sus manos i llora sin consuelo. Le cuesta un poquito aprender, pero es sin duda, por sus frecuentes faltas a la escuela; porque se nota que aprovecha cuando es puntual.

De las menores es Luisa. Parece una guagüita. La maestra ha de quererla, porque siempre le sonríe con bondad. Pasa calladita en su banco; si le preguntan, habla bajito i suave, i no hai ninguna que sepa tanta Jeografía como ella.

Está al corriente de la guerra europea i es la única que sabe sostener con éxito las conversaciones con que al respecto nos instruye la maestra.

Tiene ojos intelijentes que animan su carita simpática; usa melena i chasquillas; sonríe a menudo i entonces se le forman hoyuelos encantadores.

Compañera de banco de Luisa es Leontina Jara. Tiene trece años; ojos mui grandes i brillantes. Apren de al vuelo, i, con Gabriela, es la mejor matemática.

Son, por esto, rivales; cuando se presenta alguna dificultad, luchan por vencerse i entonces se lanzan miradas de triunfo o desdén.

Gabriela es, por lo demás, cuando no se taima, una chiquilla audaz, si conversa.

—Yo tengo que ser aviadora, dice; la primera aviadora chilena; i si no hai quién pase los Andes, yo he

de pasarlos para conquistarle un laurel más a mi patria.

Yo gozo al oirla entusiasmarse i me la imajino en su aeroplano, pálida, risueña, meneando con aire de triunfo su cabecita tan crespa que parece un canastillo.

Una chica a quien quiero mucho, porque me inspira lástima, rubia de ojos azules, mui viva, es Anjélica. Al principio no me gustaba, porque la había sorprendido en actos irrespetuosos con una de las profesoras. En el año último se conquistó fama de loca i desordenada, pero ahora todos la estrañan. Nuestra profesora no la castiga i, sin embargo, ha sabido subyugar su carácter.

Tiene sus padres en España. Hace solo dos años que está en Chile; vive con unos tíos duros i crueles, dueños de una tienda en la Alameda.

Las hijas de estos tíos, reciben esmerada educación en un liceo i aunque Anjélica tiene solo doce años, debe ir en busca de sus primas mucho mayores, al Liceo, atravesando gran parte de la ciudad i espuesta a peligros que sus padres le evitarían. ¡Cuánto ha de sufrir la pobre chiquilla, i cuánto debe anhelar volver al lado de su madre! Creo que debe estar sedienta de caricias, porque como sobrina solo recibe maltrato. A menudo llega ojerosa, con las huellas del llanto i, en días pasados uno de sus primos le dió tan feróz empujón contra la puerta que el borde de la chapa se le hundió cerca de un ojo, levantándole un enorme cototo morado y sanguinolento. ¡Pobre Anjélica, cuánto le quedará por sufrir todavía?

Cuatro o cinco años mayor que Anjélica, aunque de su mismo alto, es Rejina. Su aspecto algo deforme hizo que todas la mirásemos con curiosidad al principio i que más de alguna la señalase con un jesto burlón; pero es tan entretenida i conversadora que hoi todas la quieren, mucho ha contribuído, sin duda, el

afecto con que la ha distinguido la maestra, i la estrictez, con que ha correjido todo asomo de burla hacia ella. No es torpe la niña, aunque un año sin colejio la tiene tan olvidada que parece imposible pueda continuar en el curso; pero es tan estudiosa, tiene tanta fuerza de voluntad, tanta constancia!

Raquel Vergara es una encantadora chiquilla, despierta, ájil; tiene facilidades para el dibujo i recita con gracia «El globito azul».

Hai otra, alta, desarrollada, de carácter humilde i hablar regalón. Se llama Adriana Vargas, i es mui amiga con Lolita Ormachea, la compañera boliviana. Es simpática Lola, i mui educadita; siempre está recordando a Bolivia; siempre conversando de su familia, de la sociedad de La Paz, de su hermano en Europa, cosas que a nosotros no nos atraen, i aunque la maestra nos dice que debemos quererla mucho, por el hecho solo de encontrarse ella en tierra estraña, la mayoría de mis compañeras no la quiere bien.

Son tantas mis hermanas de colejio, que hoi no tengo tiempo de recordarlas a todas; pero no me faltará ocasión para hacerlo.

Mi escuela

28 de Marzo.

Encantadora prima:

He resuelto escribirte para satisfacer un doble deseo: el que tú abrigas por conocer mi escuela i el que yo disfruto al escribirte.

A mí, que me gusta ir directamente al alma de las cosas, me será mui fácil hablar de ella, pero quién sabe si conseguiré que por mi descripción te formes una idea clara de lo que ella es.

Ocupa uno de los mejores edificios que se levantan

en la acera sur de nuestra Alameda—con razón llamada de las Delicias—i su existencia data del año 91, obra, como vés, del gran Balmaceda.

Es de dos pisos. Quien la vé, sólida, imponente en su aspecto esterior, no puede formarse una idea de lo que es si no ha estado un instante siquiera en su interior.

Tiene doce altas i espaciosas salas, ventiladas, alegres, bañadas de luz.

Los altos son destinados para los cursos superiores i los bajos para los inferiores.

Las salas de los altos tienen salida a una galería poligonal, en donde se pasean las alumnas en los recreos cortos. Los grandes ventiladores del techo renuevan i mantienen siempre puro el aire. Hai, además en esta sección del edificio, una sala estensa: sala de Labores i Dibujo. Pero no es su uso esclusivo. Es también sala de conferencias i, en varias ocasiones, ha servido de teatro en nuestras fiestas escolares.

En los bajos, amén de los cursos inferiores, está la oficina de la Directora, i en un costado, al fondo del hall, la sección cocina.

Es una innovación reciente i mui útil, pues hacemos prácticos nuestros conocimientos de Economía Doméstica. La profesora es titulada en el Instituto de Educación Física i atiende a los cursos de V i VI.

Cuanto se prepara—almuerzo u once—es para la sección que lo confecciona. En esos días, naturalmente, ahorramos el viaje del mediodía a nuestras casas.

Nuestro lugar de recreo es el patio. Allí nos reunimos dos veces al día todas las alumnas de la escuela. Cada sección tiene su radio.

No es mui reducido i, sin embargo lo parece: tal es el número considerable de alumnas. Creo que pasan de cuatrocientas.

A cada lado hai doble hilera de castaños que, en ve-

ESCUELA DE NIÑAS

rano, refrescan i dán sombra: lástima que sean de hojas caedizas! Ya comprenderás lo triste que aparecen en invierno... Pero este defecto hace resaltar más aún la belleza de la primavera. Poquito a poco van hinchándose las yemitas i, sin saber cuándo, tenemos a nuestros castaños con ropa nueva, hecha por un artista, sin duda, porque no he visto nada más delicado en forma i color.

Al final del patio hai un galpón que es nuestro jimnasio, mui pobre, todavía, porque faltan en él muchas novedades: escaleras, trapecios, barras, como he visto en la Escuela Normal; innovaciones todas de la jimnasia sueca.

Al poniente de nuestra escuela hai un edificio pequeñito, antiguo, feo, ocupado por la tienda «El polaco». ¡Qué buena obra haría nuestro Gobierno si comprase esas ruinas para ampliar nuestra escuela! Qué hermoso i estenso patio, i qué magnífico jimnasio tendríamos en él. Habría para todo i no faltaría cómo implantar un buen sistema de baños. Cuántas pobres niñas hai que no pueden darse el lujo de un baño diario...

Pero en esta época de crisis, todo no pasa de ser un sueño.

Así es mi Escuela. Y considero demás decirte que no hai para mí otra mejor.

Te recuerda con cariño,

María.

Reflexiones de Semana Santa

30 de Marzo.

Mi espíritu está hoi en armonía con el duelo de la Iglesia i yace en una calma triste que le permite abordar sin zozobras a las playas del recuerdo.

Es allá... en Oriente. Envuelta en gasa de bruma la bulliciosa Jerusalen se recuesta indolente sobre el verdor de los valles.

¿Qué habrá sucedido? Por qué sus habitantes se desparraman en tropel con dirección al Gólgota, al monte que se alza en su seno cual si fuera un corazón todavía palpitante, suspendido sobre el pecho de la víctima?

¿Por qué parecen intranquilas las siluetas que allí acuden? Por qué hablan en voz baja i por qué llevan la avidéz retratada en el semblante?...

Una florecilla humilde del sendero me suplica: «¡Llévame!» i con ella arribo a la cima deicida del Gólgota. Pero la emoción me abruma ante el cuadro desgarrador que observo: clavado en tosca cruz de madera, cubierto de llagas i desfalleciendo de dolor, el Hijo del Hombre agoniza mártir, dándonos así la prueba más sublime de su infinito amor.

De pronto eleva sus ojos al cielo, entreábrense sus labios con un jesto de angustia i esclama: «¡Dios mío; Dios mío, por qué me has abandonado?»

¿Qué significa esta frase de dolor? Es una queja? Una súplica? .. Como hombre sus sufrimientos son horribles. ¿Teme, acaso, morir sin lograr nuestra completa redención? Nó, que una súplica habría bastado a redimirnos! Pero clama al Padre Eterno su amparo, su ayuda, para darnos un ejemplo de la confianza que debemos tener en Dios, de la fe que nunca nos ha de abandonar. Luego escúchase un profundo suspiro i cierra lentamente sus ojos, velados por augusta tristeza.

Junto a mi pecho siento latidos estraños... es la flor del sendero que también sufre! Levanta su corola trasparente como el dolor, i vuelve a suplicarme: «allégame a sus plantas!»

Obedezco... i la flor envuelve los pies divinos en una ambrosía delicada i tierna que el Mártir agradece con una mirada de amor...

«¡Vámonos!» le digo, creyéndola consolada; pero la flor ya no es la misma: su semblante lívido de anémica se ha tornado rojo cual la llaga: tal es el fuego que alienta su corazoncito enamorado.

I no quiere irse! La planto entonces sobre el Gólgota, al pié de la cruz, de donde sigue exhalando su perfume, cual incienso; desde donde acompaña la soledad del Cristo i vela a la Víctima Inocente de la Humanidad.

Esta Semana es, pues, simbólica de aquella. Se inicia con el Domingo de Ramos, la «Pascua florida» que recuerda la entrada triunfal de Jesús en Jerusalen. Es semana de recojimiento i de oración; la piedad relijiosa debe superar a todos los sentimientos i el corazón debe hacerse—siquiera por estos días—digno del poema de dolor que lo redime.

Que no sea sólo el silencio, la privación de las fiestas, los cortinajes de luto que cubren los altares de la Iglesia lo que demuestre al mundo el reconocimiento del sacrificio; debemos también refrenar la naturaleza i sumerjir el espíritu en un recojimiento augusto, solemne, que no nos haga aparecer menos nobles, menos sensibles, ménos espirituales i ménos gratos que el corazón de la campana, cuyas voces parecen contajiarse con la vaga i profunda tristeza que esparce en el alma cristiana el recuerdo del Calvario.

Después vendrán las otras conmemoraciones relijiosas tradicionales: Miércoles, Jueves i Viernes Santo. El Miércoles nos evoca la imajen de Jesús orando en el Huerto de Jetsemaní; el Jueves es el crepúsculo de la tarde trájica del Viernes, en que las multitudes abren un paréntesis a sus deberes para que no sólo luces i flores, sino también corazones acompañen al Crucificado; que ellos sean testimonio de amor eterno en el instante que la consumación del sacrificio apaga

las llamas que el pecado legara al alma de la Humanidad. Acompañémoslo siquiera en su agonía, que si nuestros ojos ingratos le niegan una lágrima, halle en nuestros corazones la flor más preciada, la que arranca arpejios a la lira, la que con su presencia trueca en verjeles deliciosos los parajes yertos, la flor del amor.

El Sábado Santo es un día de júbilo desde el instante que el sacerdote canta el «Gloria in excelsis Deo», la resurrección gloriosa que nos presenta al Mártir de la Cruz como Redentor del Mundo.

El luto cesa, las campanas rasgan el aire con vibraciones de oro; respira el corazón la felicidad del esclavo liberto, i el alma se espande en un suspiro de esperanza, sendero que conduce a la única rejión en que se presenta la fe de un «más allá».

Consolando al triste.

6 de Abril.

Fresia ha vuelto triste. I es natural! Su padre, a quien tanto amaba, ha muerto en Semana Santa de un violento ataque de anjina. I ni siquiera ha tenido el consuelo de cuidarlo en sus últimos momentos.

¡Cuánto debe sufrir! Para distraerla, nunca la dejamos sola i nos peleamos su compañía. Ofelia ha ideado un plan; mantenerla más tiempo en la escuela que en el hogar. I para esto hemos convenido llegar a las ocho, imponiéndonos un pequeño sacrificio por amor a nuestra compañera.

Pero no estamos de ociosas. A Fresia le seduce la lectura i para hacerle amena la estada, entre nosotras, hemos empezado a leer «Corazón» el precioso libro de Amicis, que ella i muchas no conocían.

Le ha encantado, i su semblante nos demuestra mui bien que no hemos andado erradas al procurarle, tal consuelo.

Además, nos hemos beneficiado todas, porque hasta las más rehacias llegan temprano, interesadas por seguir el relato del diario de Enrique.

Cuán cierto es que una buena acción trae en sí su recompensa!

Maldad.

10 de Abril.

Ofelia sorprendió a Cristina ocupada en romper con un cortaplumas la suela del zapato.

Ofelia no es amiga de chismes, pero corrió a decírselo a la maestra, porque lo consideró una gran maldad. Cuando la interrogó, nuestra profesora, bajó hipócritamente la cabeza, simulando una vergüenza que no sentía.

Romper adrede el calzado! Sólo a Cristina pudo habérsele ocurrido.

Esta acción hace suponer que Cristina es hija de padres ricos i avarientos.

No hai tal.

El padre, que era conductor en la Empresa de Tranvías, murió trájicamente; la madre le sucedió en el puesto. Gana apenas lo indispensable para vivir i sin embargo, maneja a Cristina mui limpia i bien vestida.

Parece que cuanto gana es para su hija, lo que ha hecho a ésta, exijente i caprichosa.

Cuando no le gusta algo, no se lo pone; cuando le cansa, lo dispara lejos, i si es nuevo, lo rompe i deteriora.

Así paga a su pobre madre, envejecida por las privaciones, consumida por el trabajo.

¿Cómo no ha de comprenderlo ella que vive observándola, i que es la causa de todos sus desvelos?

¿Qué hija es ésta que tan indolente se muestra con su madre? Se necesita un corazón mui malo para llevar a cabo una acción semejante.

Parece que Cristina va a dar mui malos ratos a su madre.

Muerte al ocio.

13 de Abril.

Cumplidas nuestras obligaciones escolares, es nuestro deber aliviar en algo las tareas de nuestra madre o de las personas mayores con quienes vivimos.

Mas, por mui pesadas que ellas sean, siempre nos queda suficiente tiempo para el descanso.

¿Qué hacemos entonces? Obedecer a nuestras propias inclinaciones.

No ha pasado inadvertido este peligro para la maestra, i, a fin de que nuestros actos i pensamientos se mantengan siempre puros, ha ideado una manera intelijente de cultivar nuestras disposiciones naturales en la soledad del hogar.

Para ello ha investigado primero nuestras tendencias, nuestras inclinaciones favoritas. Nos conoce a fondo, sabe lo que sentimos i pensamos.

Hoi nos dijo:

«He leído con interés las respuestas dadas a mi pregunta de ayer. Ellas me satisfacen, porque veo que la aceptan con agrado.

Dedicaremos, pues, los ratos de ocio a un pasatiempo útil i agradable».

En seguida nos ha guiado en ideas, i no ha demora-

do en despertar nuestro entusiasmo, ni en contar con una veintena de saludables propósitos.

—Yo juntaré postales! espuso Auristela.

Lola espresó que se haría filatélica. El padre es comerciante i recibe muchas cartas.

Tiene, además de su familia en Bolivia, algunos parientes en Norte América; unos primos en Manchester i un hermano en Paris.

Rejina, que parece un diccionario enciclopédico, dijo que ella se formaría un gran libro con los recortes de los diarios; i que emprendería la colección de algunas revistas.

Ofelia, la rubita sentimental que tan bien recita, estaba contentísima, porque ahora podía entregarse más libremente a su arte favorito, la poesía,—cosa que su mamá no mira con buenos ojos.....—i coleccionará versos de autores recomendados.

Luisa, que es alumna del Conservatorio, dijo que para ella nada había tan hermoso como la música. Ante el piano se trasforma, deja su timidéz, i se vuelve audáz. Nadie puede creer que es ella la que sabe comunicar a los oyentes, tanto fuego i pasión. Gusta de la música clásica i es de oirla cuando interpreta a Paderewski, su autor predilecto.

Solamente una puede aventajarla, i es Floránjel. Luisa arrebata, pero Floránjel enternece. Qué sentimiento! I no tiene gran estudio. Toca más de oído; gusta también de los clásicos, pero aquellos de interpretación dulce y doliente, ama a Grieg i sobre todos a Chopin i Schubert.

Raquel gusta de la guitarra; sabe un sinnúmero de canciones populares, aprendidas al vuelo, mediante su portentoso oído.

Margarita i Olga se decidieron por el jardín, lo que me place, pues con sus flores pasará nuestra sala como florido Edén.

Lucía i Fresia son eximias dibujantes.

Otras han optado por cosas diferentes; i se han formado grupos: coleccionistas, artistas, jardineras...

Yo aun no sé cuál bando elejir.

Esfuerzo

15 de Abril.

Magdalena se ha venido a vivir cerca de mi casa.

Anoche, paseándome con Lucía i mamá por la vereda, pasamos frente a su casa. Había una ventana abierta. Al pasar, dí una ojeada: la madre, siempre cosiendo, junto a la lámpara; al frente, Magdalena, inclinada sobre un cuaderno.

—¡Pobre chiquilla!—dijo Lucía—; tanto que estudia!

—Hasta en la noche!—agregué. Por eso anda a menudo con la vista inflamada.

Es un poco dura de cabeza, como ella mismo lo dice, pero no ceja, hasta que aprende.

Llegábamos a la esquina. De vuelta me acerqué a los barrotes de la ventana i la saludé.

—Buenas noches, Magdalena!

Al reconocerme, vino hacia nosotras.

—¡Qué a tiempo! dijo. Estoi en un conflicto; quieren ayudarme?

—Con mucho gusto!—se anticipó Lucía.

La señora se adelantó a invitar a mi madre i todas entramos.

—Usted trabaja hasta de noche, señora! dijo mi mamá. No sería mejor aprovechar el alba? así no enfermarían de la vista.

—I qué hacerle! respondió; hai que vivir! No crea

Ud. que desperdicio el alba: a las cinco ya estoi en pie. Pero las fuerzas de una mujer no bastan para sostener un hogar.

Si tuviese a mi marido, otra cosa sería, pero, vea Ud! El, en la Casa de Orates.....

—Pues, qué... no es Ud. viuda?

—No, señora, i es un bien de Dios no habérmelo llevado. Está loco, pero nó muerto, i eso es una esperanza! Por eso estoi yo aquí, cose que cose para poder atenderlo, pagar el departamento en que vivimos, comer i vestir.

Me acuesto rendida. Vivo con una hermana; ella atiende a la cocina. De otro modo ¿cómo podría abarcar tanto?

—¿I qué dicen los médicos? Hai esperanzas de mejoría?

—Hasta el presente ninguna, porque su locura es pacífica. Lo atribuyen a un desarreglo nervioso, pues en todas partes cree estar viendo espinas. A veces cuesta vestirlo, porque el contacto de la ropa le arranca agudos gritos.

—¿I está bien cuidado?

—Así me lo figuro, pues lo tengo en el pensionado, a fin de que le tengan más consideración.

Que Dios me dé fuerzas para cuidar de él i de mi hija.....

Como la señora se había enternecido, mi madre varió el rumbo de la conversación:

—Pero es Ud. mui prolija, dijo, acercándose a observar la costura; esta ropa está hecha con primor...

—Pongo todo esmero en ella, repuso; siempre he tenido preferencia por esta clase de labor.

Me es fácil hacerla, pero ahora los ojos no me acompañan.

Trabajo para Gath i Chaves. Esta semana debo en-

tregar dos docenas de camisas. En la pasada entregué enaguas. Porque mi arte es la ropa blanca.

Antes era más hábil; cosía más lijero i alcanzaba a las tres docenas. Pero ahora es distinto; esta enfermedad que no me deja!

—Su hijita crecerá para ayudarla, le objetó mamá; se advierte estudiosa, i yo he oído a mis niñas que es siempre así.

—¡Pobre hija! suspiró la señora. Ya que Dios no ha querido darle intelijencia, le ha dado una tenacidad increible para el trabajo.

Es dura de cabeza, como ella misma lo dice; le cuesta el estudio, pero al fin lo entiende. En las lecciones de memoria, repite i repite incansable. Muchas veces aprendo yo primero que ella i le corrijo.

Te has equivocado, hijita, no es esa la fecha, es esta otra.

En los resúmenes, para qué decirle; llora! Pero como trae los puntos, i yo también he sido niña que he tenido la suerte de educarme, algo recuerdo, i la ayudo.

Ahora la veo mui feliz!

—¿Saliste de apuros, querida?— la interrogó.

Ahí estaba dándole vueltas i vueltas a un problema sin poder encontrar el nudo.

Agradece a la señorita; sin ella te habrían dado las once—porque más no la permito—i la intranquilidad te habría hecho dormir mal. Porque así pasa.

—No, señora, dijo Lucía; si ella tenía bien lo principal, el procedimiento. La falta era mui pequeña, un error de suma... i como se le había calentado la cabeza, pasaba sobre la falta sin verla.

—Sí, mamacita, afirmó Magdalena; una hormiguita con aspecto de elefante, como dice Ud. No tengo cómo agradecerle a Lucía!

Ahora sólo me falta la tarea de dibujo.

Perdone Ud. señora; pero no me queda tiempo! I buscando una hoja de papel, comenzó a esbozar uu motivo.

– ¿Por qué no la hace trabajar de día? dijo mi madre. Lo haría sin tanto esfuerzo.

Yo también lo quisiera, repuso la señora. Pero luego que sale de la escuela, se obscurece. I... ella tiene también su tarea... me ayuda a vivir. Como es prolija en el tejido, hace ajuares para guagua.

Cada semana entrega un ajuar. El producto ella lo destina para atender a su padre. De otro modo no nos alcanzaría .. i como eso requiere más fijeza i cuidado, lo hace cuando todavía hai luz.

No sabía yo ésto, i un sentimiento de admiración me conmovió. Sin pensar, me acerqué a Magdalena i la besé en la frente. Eres mui buena—la dije—i Dios te ha de bendecir.

—No soi tan buena—dijo; cómo Dios no me oye. Ruega tú porque sane mi padre.

Esto lo decía trabajando siempre.

Ya tenía hecha la red, i el primer motivo para la guarda. Recortó la hojita i la fué aplicando sucesivamente en los espacios, según su capricho. Después les dió el color. Hecho lo cual guardó sus tareas i libros.

No sé cómo—dijo—he andado tan lista hoi. Son las nueve i media solamente. Me sobró tiempo, mamacita, para ayudarla en algo.

Nosotras nos retiramos; mi madre puso algo en la mano de Magdalena. Esta cojió las violetas del florero i las repartió entre Lucía i yo.

Salimos de la casa cubiertas de bendiciones.

La mentira

17 de Abril.

Hai veces que la maestra dice:—«Levántense las que han traido su tarea».

Siempre se levantan todas. A no ser Zoila u Ofelia, raro es que quede alguna en el banco.

Pero hoi hubo algo bochornoso.

La maestra es hábil fisonosmita, i aun parece que tiene la virtud de leer en las conciencias, porque dijo con seriedad a Auristela:

—Tráigame su cuaderno.

Auristela lo pasó.

—Mui bien, pero ¿quién hizo la tarea?

—Yo, señorita—respondió la niña en voz firme.

—¿Está usted segura? Dígame la verdad i se ahorrará una verguenza.

Auristela porfió una i otra vez que ella la había hecho.

Pero la maestra dijo:

—Ud. trata de engañarme, valida de la semejanza en la letra; pero ni el cuaderno es suyo, ni es Ud. quién ha hecho la tarea. Levántese la dueña.

Nadie se levantó.

—¿Téndré que llamarla por su nombre?...

Aida se levantó, encendida como la amapola.

—¡Perdón, señorita!—esclamó, i se echó a llorar.

—Una mentira no merece perdón—dijo calmadamente la maestra—porque el que miente es capaz de las mayores faltas. I dirijiéndose a Auristela:

—¿Creía Ud. engañarme? Sus letras se parecen, pero no son confundibles para mí, que conozco perfectamente a todas Uds.

Al verse perdida, Auristela, inclinó la cabeza i se mordió los labios. Pero no formuló una disculpa. Porque tambien es soberbia.

—En el modo de mirar conocí que Ud. mentía, porque así como una nube basta para empañar el cielo, una falta basta para robarle al semblante su pureza. Si Ud. no hizo su tarea, debió haber sido franca en dar una esplicación. Pero, entre la verdad i la mentira, ha elejido Ud. esta última.

¿I qué ha recibido en cambio? Vergüenza i amargura, demasiado castigo para que yo intente añadir uno más.

Si Ud., humilde, como Aida, hubiera dicho, aunque tarde, la verdad, yo la habría perdonado. Pero es soberbia, i la soberbia es hija de Lucifer. Ya sabe Ud. quién es él.

Yo tengo alumnas bien dispuestas, i no quiero ser la maestra de la que se ha convertido en sierva de semejante amo.

Puede elejir.

Auristela no lloraba, pero se mordía los labios.

Si su ira no era consigo misma, ¿contra quién podía ser?

La promesa

19 de Abril.

¿Es hechicera la maestra? No puede ser de otro modo. Tan fácil le es conseguir la que desea como escudriñar nuestros más ocultos pensamientos.

Hoi nos ha arrancado la promesa de decir *siempre* la verdad, lo que equivale a *nunca* mentir.

No hai quién resista a su palabra insinuante i bondadosa... i nos hemos comprometido todas, voluntariamente, en un arranque espontáneo.

—El compromiso es sério—nos ha dicho—i no quiero aceptarlo sin que lo hayan reflexionado con calma. Hai que pensar en el castigo a que se harán acreedoras las que falten a la palabra empeñada.

Dejaré un documento escrito, revelador de la promesa, i estará siempre a la vista de todas, en el muro principal de la sala.

Si faltan a traición, ocultamente, las seguirá el re-

mordimiento que acompaña siempre a una acción innoble. I si el engaño es sorprendido, la vergüenza será terrible, pues tacharé el nombre de la alumna indigna con una gruesa línea roja.

Algunas, tímidas como Aida i Olga, no querían comprometerse; otras, mui mentirosas, se resistían; pero el ejemplo de las demás les ha infundido valor i han firmado.

Henos, pues, en guerra abierta contra el demonio, padre de la mentira. ¿Quién triunfará?

Bueña amiga

22 de Abril.

Anjélica no ha asistido a clase en toda la semana; debe estar enferma, porque últimamente la habíamos notado algo triste. Sofía sabe la causa, pero no quiere contar.

Algunas curiosas le han ofrecido dulces, a lo que es mui aficionada, i medallitas, porque es algo santurrona. Pero no ha sido posible arrancarle el secreto.

¡Qué buena amiga es Sofía!

Es siempre así; reservada. Su corazón es un pozo en el que todas van a vaciar sus penas! Ella sabe consolar i aconsejar.

Tiene quince años solamente, i parece que hubiera vivido treinta. Su vida es un enigma. Nadie sabe con quién vive, porque va i vuelve sola de la escuela. Habita en un segundo piso de la calle de Grajales Debe tener madre, porque anda siempre mui arregladita.

Es buena con todas, pero quiere más a Anjélica. Dice que le tiene lástima porque no está con sus padres, i los tíos son malos.

¡Pobre Anjélica! ¿Qué le habrá pasado? I Sofía sin querer hablar.

La falta

26 de Abril.

Anjélica ha estado gravemente enferma. Nuestra profesora lo supo por el tío que vino a escusar su inasistencia. I, sin decirnos la causa, nos espuso el deseo de que fuésemos a visitarla.

Una visita—dijo—es un recuerdo, una manifestación de cariño que el enfermo agradece.

Hace olvidar dolores i huir penas. Acompaña en la soledad odiosa a que se está sujeto.

¿Quién se ofrece?

Ocho, diez, quince voces, esclamamos:

—¡Yo!

Pero no fuimos todas. Se nombró una comisión de cuatro: Sofía, Floránjel, Adriana i yo.

En el trayecto dijimos a Sofía:—Cuéntanos cómo es que se ha enfermado Anjélica.

—No sé, respondió.

—No mientas, tú sabes.

—No sé.

—¿No? Pues entonces sé más que tú que eres su amiga, repuso Adriana. Sacudía la oficina cuando vino el tío de Anjélica i percibí algo. Parece que...

Sofía la miró intranquila.—No cuentes! le interrumpió.

—Sí cuento. Parece que ha robado.

Sofía se puso pálida.—¡Nó! esclamó. No la insultes. Uds. saben que la pobre chiquilla es loca por la pintura i que la enamoran las bellezas naturales. Su co-

lección de paisajes no se enriquece sino cuando alguna de nosotras le da algo. En su casa no la quieren. I el álbum vá a menos con el desfalco de los primos.

Para tentación suya, vió en días pasados, unos paisajes encantadores en las vidrieras de la Librería Tornero. Pasaba largo rato contemplándolos; bien sabía ella que no los tendría, porque nunca le dan un cinco.

Hurtó a su tía para comprarlos, en un momento de locura. Pero como es honrada, la ha perseguido en tal forma la conciencia, que ha perdido tranquilidad i sueño. Le ha sobrevenido fiebre. Ha delirado i se ha vendido.

Realizado su deseo, la posesión de lo que era su codicia, no ha servido sino para recordarle más vivamente la gravedad de la falta cometida.

El relato de Sofía nos había conmovido, i, a una, esclamamos: —¡Pobre Anjélica!

I no hablamos más en todo el camino.

De visita

27 de Abril.

A poco llegamos a casa de Anjélica. El tío—un español que tiene en ancho lo que le falta de alto—estaba en la tienda leyendo un periódico.

Nos acercamos a él.

—Veníamos a ver a Anjélica, dijimos. Pero no levantó cabeza.

—¿Será sordo? formulé mui quedo.

Floránjel repitió la pregunta.

Afirmóse los anteojos i nos miró por encima de los vidrios. Su mirar adusto nos quitó bríos.

Está enferma, dijo secamente.

—Lo sabíamos, señor, respondióle Adriana.

Pero somos sus compañeras. Veníamos a visitarla a nombre de la sección. Es nuestra maestra quien nos enseña la unión.

—¡Ah! la sección, la maestra; sí, como no, dijo. I, entreabriendo una puerta, llamó, impriendo a algunas letras un sonido exajerado.

—¿Conchita? Lleva a estas niñas donde Anjélica.

Una chiquilla bastante tiesa—la prima—se presentó, i, sin hablarnos palabras, nos condujo por un largo corredor hasta las piezas últimas.

Llegamos a un cuartito semi-oscuro: era la pieza de Anjélica. Estaba sola. Entramos i acallamos su sorpresa con muchos besos.

Ante nuestro cariño, desapareció su temor.—¡Tan buenas! dijo. Pero..... ¿saben por qué me he enfermado?...

—Floránjel se adelantó:—Sí, hija, una mojada, un resfriado; hai que cuidarse!

I, para desviar la conversación, le entregó su obsequio: un sobre, conteniendo algunas postales, desprendidas de su colección para ella.

Nosotras la imitamos; llevábamosle flores, juncos i copihues, a los que es muy adicta.

¡El gusto la embargaba!

Cuando le entregamos el regalo de la maestra,—una docena de escojidos paisajes—nos miró con los ojos mui abiertos, sin hallar qué decir. Al fin rompió a llorar.

Ante su jenerosidad, creyó un deber abrirnos su corazón.—No soi digna—sollozó.—no merezco vuestras bondades... pero díganle... a ella... a mi maestra, que no supe... lo que hice... Que estoi arrepentida!...

—No llores, querida, la consolamos. Si lo sabíamos, pero nadie recuerda, ya la falta: la has espiado dema-

siadoi Ahora piensa solamente en que te queremos mucho. Solo deseamos que te mejores pronto para que vuelvas al colejio.

Tenemos un paseo en perspectiva; pero rogaremos a nuestra profesora que no lo realice hasta que tú puedas acompañarnos.

Era mui tarde cuando nos retiramos. Anjélica quedó tranquila i de buen semblante.

Creo que nuestra visita ha sido el más acertado i el mejor de los remedios.

No murmures

29 de Abril.

A Zoila le gusta todo lo que es ruin e innoble. No es raro, entonces, que le guste murmurar. Fresia, que es la rectitud misma, ha querido darle una lección, escribiendo en nuestro periodiquito un artículo bien elocuente. Se pasa de tonta si no comprende i se pasa de pícara si no se enmienda.

El artículo de Fresia dice así:

«¿Quién soi yo? Una hojita (hace hablar al periódico) i, por lo mismo, una insignificancia. No llamo la atención de nadie i esto me permite observar muchas cosas. Lanzada a la vida, muchas me cojieron con interés i me doblaron cuidadosamente; pero no faltó quién me hiciera un mohín de desprecio, ni quién me arrojara con disgusto lejos de sí.

«Pero esas cosas no me enfatúan ni me enfadan. Sólo pienso en la mejor manera de corresponder a la amistad de mis lectorcitas i creo que me oirán con

gusto si les narro las observaciones hechas en mi último viaje.

«Las niñas también saben conversar i algunas lo hacen mejor que las grandes; pero observo con pena que, aunque son tan chiquillas, ya saben *murmurar*, es decir, saben buscar como tema de conversación los defectos de las personas que forman su pequeña sociedad.

«Si te presentan un ramo de violetas, fresco, hermoso ¿vas a decir, por dos o tres florecillas marchitas que en él se encuentren, que el ramo es feo? ¿Irás a arrojarlo por esto?

«Igual cosa sucede en la vida. El alma de tu compañera, de tu amiguita, de tu maestra, es un ramo de hermosas flores: pureza, verdad, ternura, lucen bellas allí. ¿Por qué entonces, elijes la flor mustia, seca, es decir, el *defecto* para criticar su fealdad? ¿Por qué, al contrario, no eres jenerosa, induljente, i tratas de ocultar a los demás, lo que tu rectitud rechaza, llamando la atención hacia las bellas flores que puede albergar su alma? ¿Por qué ha de ser el *defecto* tu tema de conversación i no la *virtud* que realza?

«Piensa cuántas flores mustias tienes túl I en la pena que te causaría el que alguien las elijiese como blanco de duras críticas...

«Hazte el propósito de observar el alma de los que te rodean para descubrir cuál es su flor más hermosa. I así, en lugar de decir que Fulanita es peleadora, mentirosa, injusta, saca a relucir sus bellas cualidades i dí que es caritativa, obediente, abnegada...

«¡No hables mal de nadie, no murmures!

«Así serás justa i caritativa; así agradarás a los que te escuchan i no te rechazarán en el fondo del corazón.

«No murmures! para que nadie vea en tí al insecto que envenena, sino a la flor que atrae por su inocente perfume»·

Tarde alegre

30 de Abril.

Lo inesperado es lo que más impresiona. Nada nos había hecho vislumbrar que para la tarde de hoi se nos esperaba la agradable sorpresa de un paseo.

Iríamos al Santa Lucia, obedeciendo a la jentil invitación de nuestra Directora.

A las dos de la tarde, hora máxima, ninguna faltaba. Formáronse las filas i nos pusimos en marcha hacia la Estación para que el tranvía, desocupado allí, nos pudiera contener.

Una bandada de palomas i una lluvia, de frescas rosas no habría derramado más contento en el interior del carro que aquella nube de chiquillas felices.

Las profesoras cuidaban de instalar cómodamente a las más pequeñas. Como la mía quedara de pie, ofrecíla mi asiento i busqué colocación entre las pequeñitas del Kindergarten.

Iban al lado de su maestra i reían abiertamente. Ella nò iba tranquila: Luchito, no saques la cabeza! Jermán, sujeta el sombrero!

I los chicos retozaban. Jacobo con su cabecita rubia i hermosa, cuajada de bucles, los miraba con sonrisa triste ¿Qué tendrá ese pequeño?

Se le ve siempre así: no juega como los otros niños i prefiere estar con su maestra a la que adora; cuando de ella se aleja es para buscar a su hermanito, el pequeño Simón, su reverso; es loco, ríe como si le hicieran cosquillas; es pequeño, gordito, i a lo mejor se da vuelta, al correr. Es todavía una guagüita i ya va al Kindergarten. Jacobo lo busca, lo abraza i le hace cariños. La maestra le dice:—«Simón, un abrazo!» I Simón corre hacia ella con los bracitos abiertos i la boquita risueña.....

En el trayecto interrogaban todo:—¿Cómo se llama esta calle? ¿I esta otra? ¿Qué lleva ese hombre? ¿Cómo se llama eso?.....i esto?...

¡Oh! cuánta paciencia se quiere para enseñarlos!

La maestra que los quiere mucho, les compró alfeñiques i pasó el cartucho a uno para que sirviera a los demás. Pero los alfeñiques estaban frescos y se resistían a la fuerza de los dedos de los penecas. Luchito cojió uno, con mucho cumplimiento, pero no salió; lo tomó entonces con todos los deditos, pero tampoco salió; disgustado con la porfía, aseguró el cartucho con ambas manos, i lo llevó a la boca, dándole feroz mordisco.

Aquí fué el reír, porque el alfeñique, latigudo, dejó un largo hilo. Se untaron la cara, las manos i quedaron divertidos....

Pronto llegamos al Cerro. Plenas de alborozo, ascendimos por las amplias escalinatas, bañadas de sol.

Varias buscamos la compañía de nuestra profesora. Olga iba a su lado, admirándose de todo, con su hablar suave i regalón. Me pareció menos tímida i menos triste. Era la primera vez que visitaba el Sta. Lucía, pues su madre está en el campo i sus apoderados no la quieren bien.

Nosotras, deseosas de que no le quedase maravilla por observar ni vericueto por conocer, llevábamosla de aquí para allá i de allá para acá

—Mira, Olga, estos jardines, qué hermosos!

—Están repletos de savia ¿ves como derrochan el aroma?

—¡Fíjate, qué árboles más corpulentos!.....

—Porque son del tiempo de la colonia, contestaba Adriana.

—Esa no es razón, refutaba Luisa; los eucaliptos crecen mui lijero i bien puede que sean más jóvenes.....

¡Vengan! ¡Qué vista más hermosa!

—Qué caminito más suave i espacioso!..... ¿corramos?... I corríamos hasta perdernos de las demás.

La bocina de un auto asustó a Olga.

—¡Pero aquí no se está segura! dijo.

Nos reímos. Pero, niña, si es el camino de los carruajes.. ...

—Qué artística subidita! ¿Sigamos por ahí?...

—¡Ya! I trepábamos la escalerita de piedra, tallada en la misma roca.

Las más ájiles se perdían pronto, porque la escalerita serpenteaba entre un mar ascendente de verdura; pero luego reaparecían en un alto, con los rostros, encendidos, atisbándonos, por entre el vigor de las enredaderas.

I nos gritaban: ¡María! Ofelia!... Aída! Anjélica! .. vengan!! Qué vista más hermosa!

Una lagartija pasó corriendo junto a nosotras. Leontina, dió un grito.

Cristina le lanzó una piedra pero no dió en el blanco. La lagartija se detuvo i levantó la cabecita.

—Te hace burla, dijo Graciela.

—I qué hermosa es! verde i azul; como una flor, repuso Ofelia. No la dañes, Cristina! ¿Qué te hace? Mírala, parece que hai tristeza en sus ojitos de oscuro terciopelo.....

—No la dejo, repuso Cristina; estos bichos deben matarse. ¡Ya verás! I lanzó con rabia una segunda pedrada.

Pero, ya fuera por la violencia del empuje, o porque la detuvo Ofelia, perdió el equilibrio i se fué de espaldas.

Si yo no la sujeto se rompe la cabeza en las piedras.

—¿Ves? dijo Ofelia; es el castigo a tu mala intención. Si supiera mi maestra qué corazón tienes!...

— Mírala, dijo Sofía, allá está.

—Con Lucía i Olga que no se le despintan, murmuró Leontina.

¿Por donde habrían dado la vuelta que estaban encima de nosotras?

Corrimos hasta alcanzarlas. Cristina iba un tanto mal humorada.

—Las observábamos, dijo Lucía; íbamos a gritar a Cristina que no privara de la vida a ese animalito, pero la señorita no quiso.

—Sí, afirmó ella; no quise porque sé que Cristina es de buen corazón e incapaz de una crueldad.

Todos los seres tienen derecho a la vida; todos trabajan en beneficio del hombre, i si no hai una causa justa, para qué privarlos de la existencia a que tienen derecho? I para qué estropearlos i hacerlos sufrir?

Cristina, un tanto avergonzada, caminaba en silencio.

¿Qué resolución habría hecho en su alma el reproche indirecto de la maestra?

En la plaza nos sentamos un instante a descansar, i continuamos nuestra jira.

—¡Una iglesia! I tan chiquita! por qué? esclamaba Olga admirada.

Yo te esplicaré, repuso Gabriela. I en tono solemne agregó:

—Aquí yacen los restos del «Cantor de las glorias chilenas»; del que cubrió la desnudez del Cerro con las magníficas bellezas que hoi causan tu admiración.....

Loor a él! Inclinémonos ante su tumba!...

Quisimos reír ante la gravedad de la Chela, pero nos contuvo la proximidad al recinto sagrado.

Sofía, que es mui religiosa, propuso rezarle; i de nuestras almas sinceras i henchidas de fé, brotó espontánea una oración que se elevó a los cielos.

Lucía insinuó: —Cantémosle algo?

—¡Sí! sí! respondimos en coro. I nos alejamos cantando.

Habíamos llegado a la laguna. Nos agrupamos ante dos jóvenes que copiaban un paisaje natural.

—¡Qué encanto! esclamaban Fresia i Lucía, admiradoras ardientes del arte.

¡Qué colores más puros! Qué hermosa caída de agua.....

Quedáronse algunas observando los progresos del pincel i las demás nos alejamos para mostrar a Olga el monumento a Valdivia.

—Los españoles no me gustan, dijo Leontina. I éste tan encumbrado.....

—Eres mal agradecida contestóle Raquel,—que a pesar de loca tiene ideas juiciosas.—Este es un valiente, un bravo, un adalid! Si a él no se le ocurre venir a Chile, cuántos años más habríamos permanecido ignorados?

—Sí, dijo Gabriela: a cada uno lo que merece: al valiente se le honra i al cobarde se le hunde.

¡Ai!... Pedrito... si yo paso los Andes quedaré más encumbrada que tú.

I sin hacer caso de nuestras risas añadió:

— Por eso, a éste lo tenemos en sitio de honor i al otro... sin poder escaparse del caballo del héroe....

Nos habíamos puesto en camino hacia el mirador.

—Sujétate Olga decíamos!

Pero Olga parece que estaba acostumbrada a trepar porque nos ganaba la delantera.

Ya en la cumbre esclamamos:

—Qué vista mas espléndida!

Olga observaba en alta voz:

—¡Qué inmenso es Santiago!...I qué pequeñitas se ven las casas!... Las calles no se distinguen... I aquella faja verde qué será?... Ah!... ya sé! es la Alameda!

La perspectiva, en efecto, era hermosísima.

El ruido de los carruajes i el vocerío de los vendedores ascendía en eco amplio i confuso.

Las casas de la ciudad aparecían cual juguetes de niños, sobresaliendo las torres de los templos i las oscuras espirales de las fábricas.

Tras las campiñas lejanas, formando barrera al horizonte, estendíanse ondulantes, caprichosas, azules i nevadas cordilleras.

Copos albos i algodonosos dibujaban en el cielo fantásticas figuras.

El sol se alejaba lento, incendiando, a su paso, las nubes...

Habíamos quedado en silencio: cada cual saboreaba a su manera, la belleza espléndida que nos conmovía.

Despecho

1.o de Mayo.

Ya sabíamos que Lucía, obtendría la primera libreta. ¡Qué intelijencia! Es la primera en todo. I tan buena que a todas gusta.

La Directora la felicita con frecuencia, pero ella no se envanece.

El segundo puesto lo esperaba Leontina, i estaba lista para ir en busca de su libreta. Pero se nombró a Gabriela, su rival en matemáticas.

Una oleada le encendió el rostro, pero nada dijo.

El tercer puesto lo obtuvo Magdalena. Todas aplaudimos delirantes. Bien lo merecía la pobrecita. Tan empeñosa i tan atenta.

Se roba los corazones.

Ante el chasco, la presuntuosa Leontina no pudo

ocultar el despecho que la dominaba i desahogó su ira con una fuerte pisada en el suelo. Felizmente no se oyó con el vocerío de los aplausos. Pero la maestra—a quien no se le escapó su odiosa manifestación—separó una libreta.

Era la de Leontina.

A pesar de tener altas notas no fué leida en castigo a su carácter iracundo i envidioso.

La maestra se la dió en la sala, i le dijo:

—Ud. ha dado una prueba de ser inferior no sólo a Magdalena, sino a todas las compañeras que han merecido la nota de *bueno*. Por esa razón su libreta no fué leida.

Ha sido su castigo.

Leontina tenía una actitud más bien de reto i se mordía los labios Se advertía que le costaba trabajo contenerse. Pero al llegar a su puesto, estalló su ira i rompió la libreta en dos pedazos. El silencio que reinaba fué su delator.

La maestra ordenó:

—Salga Ud. fuera! su conducta deshonra la sección.

En seguida pidió la libreta que había sido arrojada al suelo, i dijo a Leontina:

—Acompáñeme Ud. a la oficina.

Cuando salimos a recreo, Leontina, de pie en el centro del hall, lloraba o finjía llorar la vergüenza de su mala acción.

Ingratitud

3 de Mayo.

El despecho i la soberbia han podido más en el corazón de Leontina que la gratitud.

En presencia de niñas de otros cursos, habló mal de nuestra profesora.

—Es fea—dijo—i añadió un epíteto insultante.

Las chiquillas soltaron a reir.

Olga protestó:

—Tu maestra no es fea, i aunque lo fuera, no eres tú la llamada a ridiculizar sus defectos.

Te pones en el caso del mendigo que insulta la mano jenerosa que le tiende una limosna.

—Pero es injusta, objetó Leontina.

—Bien sabes tú que no lo es. Dá a cada una lo que que merece.

—¡Sí, sí!—afirmó Ofelia. Ella odia el mal, rechaza las faltas, pero nó a las alumnas.

Porque a todas quiere. Si fuera injusta, no la querríamos, i ya ves tú que la adoramos.

Somos sus hijas. Ella es nuestra segunda madre. Levantar la mano contra ella, insultarla en su ausencia, es lo mismo que insultar a nuestra madre. La misma pena sentirían ambas, la misma herida abriría tu ingratitud.

—¡Sí! afirmó la compañera boliviana; nadie como ella!

—Para eso le pagan ¡insistió aún!

—¡Leontina! esclamó entonces Fresia.

¿Cómo te atreves a insultarla así?

Hasta donde te empujan tus perversos sentimientos?

Todo el oro del mundo que le pagasen no bastaría a equilibrar la vida que le quitamos. Es su profesión, como no, i está para enseñarnos; pero quién la obliga a imponerse mil molestias?

¿Quién la obliga a dedicarnos otras horas que no sean las del trabajo?

¿Quién le manda a pensar siempre en nosotras, quién a correjir nuestras costumbres viciosas?

Ah! no es por el dinero que ella trabaja, nó. ¡Es por amor!

Basta solo mirar cuál es su alegría cuando nos ve estudiosas, siempre que nota en nosotras un paso avanzado en el bien.

Fresia hablaba con entusiasmo.

Todas estábamos de su parte, porque la veíamos inspirada por la razón i la gratitud.

Leontina estaba derrotada.

De pronto, un suspiro a nuestra espalda hizo que nos volviésemos.

Hubo un silencio de muerte.

Quedamos cortadas! Junto a nosotras estaba la maestra muy pálida i algo triste.

—«La ingratitud es casi siempre la recompensa del maestro, dijo.

Pero ella se olvida ante el recuerdo feliz del bien sembrado».

Luego avanzó hacia su defensora, la noble Fresia; dióle un beso en la frente i le dijo:

—«¡Gracias, hija mía!»

Nuestro Ateneo

7 de Mayo.

Mi querida prima:

¿Sabes tú lo que es un Ateneo? Es una reunión en la que se leen trabajos mui bien escritos, i que pueden versar sobre diferentes temas. Todo ello armonizado con un poco de música.

En la Universidad hai siempre Ateneos, en los que figuran escritores i artistas de nota.

Nosotras no podemos, en manera alguna, tener veladas como aquellas, pero cada uno en su esfera. Para

la edad i conocimiento de las alumnas, ellos son prueba de progreso, i revelan en cierto modo, el entusiasmo del profesorado.

Para el efecto, no se suprimen clases al horario, ni se hace alteración alguna. Cada sección presenta lo que ha aprovechado en el intervalo de dos meses, i es un medio para hacer una comparación entre las secciones i para ver el adelanto individual.

Es un verdadero estímulo. Cada sección trabaja por sobresalir i es de notar la alegría de todas cuando merecen un elojio de la Directora.

Hoi tocó al V año «B». Las alumnas, de pie en contorno al hall, vueltas hacia el centro, arregladas por secciones. Al frontis, el profesorado. La Directora al medio; frente a ella una mesita, alegrada por un jarrón con violetas i juncos.

Poco antes de abrirse la sesión, las niñas del V repartieron flores i programas Este se desarrolló con toda corrección, figurando en él, números de música, canto i recitación.

Se lucieron. Se nota que son niñas que trabajan en mayoría. Ahí escasean las flojas, porque todas, casi, tenían algo que desempeñar.

Hermosa la recitación de Inés. Como sé cuánto te gustan las poesías, la he conseguido para tí. El autor es un poeta mejicano, José María Vijil. Lástima que no sea chileno, pero ello no quiere decir que entre nosotros no existan inspirados vates.

Titúlase la poesía «Consejos a un niño» i dice así:

Si sufres, que mis consejos
en tu pecho se conserven;
nunca adules al dichoso,
nunca al infeliz desprecies;
a la virtud i a la infancia
inclina sólo la frente,

Trabaja, que esa es del hombre
sobre la tierra la suerte,
i no hai un pan mas sabroso
que el que el sudor humedece.
Del magnate los favores,
hijo mío, nunca anheles;
ni pidas al poderoso,
ni al desventurado niegues.
No cambies tu independencia
por éfímeros placeres,
que sólo dejan hastío,
desesperación i muerte.
En el silencio, en la calma
del estudio unicamente
hallarás los dulces goces
que la exístencia embellecen.
Cada verdad que conquistes,
es una joya esplendente,
que ni el tiempo deteriora,
ni el mundo robarte puede.
Si la fortuna enemiga,
acaso tu frente hiere,
a sus golpes inhumanos
nunca, jamás te doblegues.
Jamás bajo la desgracia
te abatas ni desesperes,
tu dignidad humillando,
o no haciendo lo que debes;
que es el bien sumo del hombre
estar bien consigo siempre,
presentándose ante el mundo
sin que nada le avergüence.
Conserva en tu corazón,
hijo, mis palabras fieles,
evocando mi recuerdo
cuando del mundo me aleje,

porque no anhelo más dicha,
más riqueza, más laureles,
que hijos que honren mi memoria,
i un nombre sin mancha lleven.

Verdad, prima, que son hermosos los pensamientos que esta poesía encierra?

A papá le ha encantado, i a menudo, ya de sobremesa, me dice: ¿quiéres recitar, hijita?

Yo accedo con gusto i él me paga con un beso. ¡Qué feliz me consideraría si pudiera complacer así tan fácilmente todos sus deseos!

Bueno, pues, querida Estela; saluda con cariño a mis tíos i piensa que siempre te recuerda tu prima

MARIA.

Dos acciones

10 de Mayo.

Auristela ha continuado con su mal carácter, i, lo que es peor, ha echado a perder con su amistad a Ofelia i Luisa, dos buenas chiquillas.

«Una manzana podrida echa a perder las demás, si están juntas»,—nos dice la maestra—i es verdad.

Siempre se burla de Margarita, la hija de la lavandera, porque es pobre i su madre lava; como si fuera una afrenta el trabajo honrado.

Pero hoi ha sido indigna su conducta. Estábamos en clase cuando llegó Margarita. Venía algo pálida i traía los ojos hinchados de llorar, talvez. Dió una es-

plicación cortés por su atraso, i se fué al puesto; pero al pasar junto a Auristela, tropezó i estuvo a punto de caer. Nadie supo si el caso había sido intencional, pero vimos a la maestra dirijir una severa mirada a Auristela.

Momentos después ésta por lo bajo, i con precaución, pasaba un cuaderno a Ofelia y a Luisa; las tres sonrieron i se miraron con intención burlesca. Sus movimientos me habían distraido i, aunque no soi curiosa, deseé saber el contenido del papel.

Como Luisa estaba en el banco delantero del mío, me empiné sobre su hombro.

El papel contenía una caricatura con algo escrito que no pude leer; pero leí, en cambio, toda la bajeza de alma que revelaba el dibujo. Era una caricatura i representaba a Margarita con su aire tímido i encojido, i con unos pies jigantescos, metidos en unos zapatos que reían abiertamente. Miré el calzado de Margot, i, en efecto, sus zapatos, dentellados reían!...

¿Es, acaso, ésto, motivo para burlas?—pensé, i sentí pena por la infeliz Margot.

Pero no sólo yo observaba esta mala acción de una compañera, sino también Anjélica, que a fuer de loca, es sincera i jenerosa.

Al ver el dibujo rió primero; mas, al comprender su real significado, tuvo un arranque hidalgo, i cojiendo el cuadernillo lo rompió en pedazos.

Ví que Auristela cambiaba de color, pero no adiviné la causa de sus emociones sino cuando en la segunda hora, en clase de Lectura, dijo la maestra:

—Lea su resumen, Auristela.

—No lo tengo, señorita: me lo han despedazado.

—¿Quién? ¿Por qué? No es creible. Si fué un hecho casual, debió haber procedido más atentamente. Ud. no ha dado una escusa... ni ha confesado la verdad.

—Lo habría hecho, pero no me han dejado tiempo ha sido intencional...

—¿Quién...? Nómbrela Ud!

Pero como Auristela no la nombrase i permanecie ra con el rostro oculto, finjiendo llorar, Anjélica se levantó i dijo:

—Fuí yo, señorita, quien rompió el cuadernillo. Pero no ha sido intencional.

I no fué posible hacerla hablar más.

Comprendí, entonces, toda la grandeza de su corazón. Preferría sacrificarse, antes de denunciar a su compañera.

¿Es por Auristela? pensé. No lo merece!

Es, sin duda, por respeto a Margarita. La pondría en ridículo... i luego ofendería sus sentimientos, ofendería su pobreza.

¡Sí, Anjélica! ¡Cuánto vales! ¡Qué noble eres!

Pensando así, me encontré al lado de la maestra, i, en pocas palabras, dichas en voz mui baja, le conté lo sucedido. La maestra, con suma prudencia, guardó reserva, pero, en su deber, tomó rápida medida.

Ordenó bajar el cuadro de la promesa e hizo desaparecer un nombre bajo gruesa línea roja.

—Esta alumna—acentuó—no es digna de figurar al lado de sus compañeras.

—I Ud. mi buena alumna—dijo a Anjélica—ha cumplido con un deber.

Su acción de hoi le conquista mi cariño i una elevada nota en conducta. Era su deber, es cierto, pero no todas tienen la valentía de cumplirlo. Ud. les ha dado un hermoso ejemplo.

I, cojiendo un manojo de frescas violetas, se lo ofreció, diciéndole:

—Acéptelo: ánjeles i flores bien se merecen.

Todas aplaudimos. Las tres culpables estaban confundidas y avergonzadas.

Complot

14 de Mayo.

Como de costumbre, nos habíamos reunido hoi a las ocho de la mañana.

Margarita leía «El pequeño escribiente florentino», Todas oíamos con interés. Estábamos enternecidas, i la figura del pequeño Julio se agrandaba a nosotras como la de un héroe.

Terminada la lectura, se siguió un silencio que rompió Floránjel:

—¡Pobrecito!—dijo—cuánto debió sufrir en esos tres meses, recibiendo por recompensa la mirada adusta del padre!

—I, qué voluntad para vencer el sueño i el frío! esclamó Raquel. Yo no habría llegado a la tercera noche....

—¡Yo menos!—interrumpió Zoila. Baste *dicir* que no habría hecho la *preba, absolutamente*!

—Porque no eres abnegada, repuse. Yo aplaudo al pequeño Julio, i como él sabré imponerme los mayores sacrificios si, por desgracia, mi padre llega a encontrarse en parecida situación.

—¡Qué cuentos más preciosos sabía el profesor de Enrique!—dijo Anjélica. ¿Roguemos a la señorita que nos cuente alguno?

—¡Sí, sí! verdad—repusimos. No la dejaremos en paz... Pero... ¿quién tomará la palabra?

—Todas—insinuó la pequeña Luisa. Iremos donde ella, le arrancaremos primero la promesa de acceder a nuestro deseo i en seguida se lo espondremos. ¿Qué les parece?

—¡Magnífico! I nos lanzamos en busca de la maestra.

No nos fué difícil encontrarla, porque sabíamos estaba de turno; de otro modo habría estado con nosotras

La rodeamos suplicándole:

—Diga que sí, Srta.! Diga que sí!

—¿Pero de qué se trata?—nos decía. ¿Qué complot es éste? No puedo comprometerme tan a oscuras...

Por fin hubimos de manifestarle:

—El profesor de Enrique sabía lindos cuentos para sus alumnos...

—¡Ah! ya!... Pero su maestra no sabría contarles nada hermoso! Para belleza y sentimiento tienen demás con los incomparables trozos de Amicis.

—¡Nó nó!—esclamamos. Un cuento, un cuento!

I tan aflijida se vió que tuvo al fin que ceder.

—Haré lo posible—dijo—para satisfacer a Uds. No les prometeré un cuento, porque bien puede no resultarme; pero sí, les leeré algo que las entretenga.

Era mucho alcanzar, i palmoteamos de alegría, felices por el éxito de nuestro complot.

Desbandada

17 de Mayo.

Desde principios de año se susurraba que abrirían un curso preparatorio en una de las Normales. Y resultó verdad

Gabriela, Olga i Rejina, que aspiran al majisterio, se presentaron a exámen; sólo fueron aceptadas las dos últimas.

La madre de Gabriela que es viuda i con muchos hijos, ha querido hacerla aprovechar el año en un aprendizaje más corto.

I la ha matriculado en la Escuela Profesional de Santa Teresa.

Al mismo tiempo coincidió una vacante en el Internado Normal, la que fué ocupada por Fresia.

El desbande de compañeras nos ha dejado tristes. Solo Leontina se muestra complacida: Gabriela le ha dejado el campo libre i ya no tendrá rival en matemáticas.

Rejina nos hará gran falta. Pensadora i de gran voluntad, sabía siempre defendernos i sacarnos bien en las dificultades. Anjélica, especialmente, la echará mucho de menos.

A Olga la hemos sentido bastante. Su carácter suave i regalón la hará simpática donde quiera que vaya. Pero creo que difícilmente se podrá acostumbrar sin la maestra. La adoral I con razón. Le ha servido de madre, de apoyo, de gran consuelo! La pobre chiquilla sufría tanto en casa de las apoderadas. La trataban mal, no la alimentaban bien, i lo quitaban en mandados el tiempo que necesitaba para estudiar. A veces llegaba a las diez i sin desayunarse. Ella no le decía, porque, calladita i humilde, se había vuelto tímida; pero lo notábamos en su semblante ojeroso i pálido. La maestra la llamaba en los recreos i le daba barritas de chocolate, reservadas sólo para ella.

Ha sido una verdadera suerte que haya quedado en la Normal. La madre ha resuelto venirse a Santiago para atenderla i cuidarla. Es su hija mayor y promete ser más tarde el sostén de sus hermanos.

A Fresia la he sentido más, porque es mi amiga: Tiene quince años. Es altita, morena, de ojos sombríos i mui simpática. Se parece a mi prima en el carácter i sobrepasa a Ofelia en lo sensible.

Tiene hermosa letra i gran disposición para el dibujo. Asistió un tiempo a Bellas Artes i soñaba ser artista; pero la muerte de su padre ha venido a derribar sus hermosas fantasías, i sus aspiraciones de alto vue-

lo han ido a encerrarse en el marco de una escuela dogmática.

Fresia es, como Lucía, enamorada ardiente de la literatura i de la música. Lleva un diario de su vida, en el que anota los hechos que más la impresionan. Me lo ha dado a leer i no he podido menos de admirarla. ¡Qué chiquilla! Es toda sentimiento! Por insignificancias goza i por insignificancias sufre.

Almas así sufren mucho en la vida, i temo tal suerte para esta pobre sensitiva.

Sorpresa

20 de Mayo.

Anteayer nos reunimos diez de las compañeras i fuimos a llevar un socorro a una pobre viejecita octojenaria que vive en la calle de Padura.

Cómo lo sabría la maestra que hoi nos dijo:

—La buena acción de Uds. en favor de la anciana que vive en Padura, me ha llenado el alma de gozo, porque veo que mis consejos no son estériles. Nada hai tan grande como la caridad, i nada más fácil de practicar; pero la salud i el bienestar nos hacen egoistas. Rara vez nos acordamos del que sufre i casi nunca imitamos al buen Jesús, océano inmenso de caridad i misericordia.

Para premiar a mis buenas alumnas, he querido adelantar el cumplimiento de mi palabra, recreándolas hoi con un modesto cuentecito.

I desentendiéndose de nuestro entusiasmo, empezó:

En el jardin

Llegó una vez a un prado una linda mariposita, trajeada del más puro azul. Posábase aquí i allá, ora en

un pétalo ahuecado que la ofrendaba con rocío, ora en un ancho cáliz, de donde salía bañada del oro de su polen. Hasta el sol parecía adorarla, porque nunca resplandeció más bello i ardoroso que en presencia de tan linda mujercita.

Los no me-olvides unían sus cabecitas azules para contemplarla mejor; los besitos, ruborizándose, plegaban sus lanceolados pétalos; las rosas escondían sus espinas i le clamaban: «Mariposita, vente aquí». Pero a ella nunca la atrajeron las más pintorrajeadas flores i después de hacerse envidiar por muchas, después de revoletear sin descanso, iba al fin a reposar sobre las violetas o los lirios. Estos la amaban locamente i aquellas guardaban su más delicado perfume para ofrendárselo a la bella mariposita amiga.

Un día, estando ella sobre el cáliz del lirio, donde tres pétalos blancos i temblorosos se elevaban como para protejerla del apasionamiento del sol, oyóse una voz que dijo:

—«I así hai quien cante a la pureza del lirio!»...

Su candor, teñido por el sonrojo, apareció más puro ante la injuria; pero no respondió, como si estuviese convencido de que hasta su alma de flor era imposible que pudiese alcanzar la ofensa de una planta rastrera.

Viéndose despreciado el pensamiento —que no era otro el envidioso — no pudo reprimir su cólera, i su rostro cuadrado que antes se elevaba al lirio con insolencia, desvióse en dirección opuesta, enrojeciendo hasta la púrpura.

Las demas flores presentes ante la muda escena, temblaron sobre su tallo, i aunque amaban al lirio melancólico, no querían crearse un enemigo en el pérfido pensamiento.

La mariposita seguía escudada en el palio de la flor i sólo cuando el sol declinaba pudo dejarse oir:

«Mi existencia, bellas flores que me escucháis, tiene un horizonte mucho más estenso que el que a vosotras es dable percibir. Yo puedo volar juntamente con mi deseo, puedo escuchar las quejas del viento, las canciones del bosque, los rumores de la fuente, las promesas de los astros, la caricia de los cielos, i también puedo descubrir los sentimientos de las flores. Jugando un día con la brisa, que aseguraba aventajarme en velocidad, me detuve en este verjel hermoso. Erais muchas e infinitos vuestros hechizos;—sin embargo, no sabia decidirme por ninguna Pero cierta mañana, sobre un esbelto lirio, apareció un botón. Acto contínuo, dos voces inconfundibles susurraron en el silencio algo fatídico, i la flor que aun no nacía a la vida debería ser decapitada!

«La impresión había paralizado mis facultades; pero entónces, del centro de unas hojitas en forma de corazón, i que no había descubierto, surjieron innumerables cabecitas lilas, cuyas voces rompían en parecidas quejas:

—«Nó, caracol; no te prestes como arma infame! I tú, pensamiento, no envilezcas tu alma con la envidia! Deja que el lirio reine sobre nosotras con la encantadora pureza que le diera el Creador»!

«Esto dijeron las perfumadas florecitas i tornaron a ocultarse bajo el corazón de sus hojas.

«A la mañana siguiente, el alba fué la primera en descubrir mi amor inspirado por la flor más bella del jardín: era ésta el lirio inmaculado, nacido del botón que la envidia había querido tronchar».

El pensamiento había ennegrecido, presa de horrible confusión.

La mariposita hablaba con firmeza i estaba pronta a lavar la injuria hecha a la pureza del lirio, cuando, alzándose tímida una vocecita, dijo:

«Tú, mariposa, cuya amistad nos alegra i procura

mil horas felices, prometiste cumplir nuestros más irrealizables deseos como gracia al ideal que te conserváramos. Jamás lo hubiéramos intentado si no existiera la palabra perdón. Perdona a ese desgraciado que ya tiene bastante con el reproche de su conciencia i no divulgues su nombre ante el jardín que sin piedad lo desterraría».

La nobleza de las florecillas, sus amigas, no era novedad, que ya les comprendía un alma tan pura como el perfume que las aureolaba, i dijo:

—«Sea, violetas queridas; caiga sobre el innoble el perdón que vuestra jenerosidad sólo es capaz de arrancarme».

I rozó, volando, sus cálices, murmurando, ante la admiración de las demás flores:

—«Sea para vosotras el beso de la gratitud, violetas anjelicales, i para tí, el beso del amor, lirio míol»

Desgracia

27 de Mayo.

Hacía media hora que habían tocado a clase, i la maestra aún no llegaba.

¿Qué habría pasado? Sólo un incidente muy grave podía haberla retrasado, a ella, tan puntual siempre.

Estuviese o no de turno, era la primera en llegar i, por mui temprano que viniésemos, ya estaba en su puesto, devolviéndonos con semblante amable nuestro saludo.

—Yo la noté algo pálida ayer—observó la pequeña Luisa.

—¿Si se habrá enfermado?—asintió Cristina.

—Sí, pues, saltó Anjélica, o creen Uds. que ella no puede enfermarse?

En esto aparece Raquel, pálida, llorosa, i dice a boca de jarro:

—¡La señorita se muere!

Un garrotazo no nos habría dolido tanto como la noticia de Raquel, i, en un segundo, estuvo rodeada de todas nosotras que, ansiosas, le interrogábamos:

—Dí, cuenta, Raquel!

—¡Habla! luego, luego!

—Sí,—repuso, dejando escapar alborotadamente las palabras—estaba el Santísimo en su casa! Yo me fuí allá como un rayo i quise hablar con el papá; pero el buen señor está hecho un desconsuelo.

Por las vecinas supe que había sufrido un accidente en la calle, ayer, por ir en busca de unas pinturas que le habías encargado tú. (I mostró a Sofía). Al bajarse del carro, el maquinista anduvo sin que le diesen la partida; ella dió un paso en falso i se golpeó el cerebro. Por fortuna andaba con la señorita Olga, la maestra del Kindergarten. Estuvo sin conocimiento toda la tarde, pero se agravó al anochecer. El doctor dice que no hay esperanzas!...»

Imposible pintar lo que sufrimos; todas quedamos en silencio i nos dispersamos llorando. A poco entró la Directora i al vernos cual Magdalenas nos dirijió algunas frases de aliento.

¡Cuánto bien nos hicieron sus palabras de consuelo!

En vista de nuestra pena, nos dispensó de clases, en la mañana, i, comisionó a dos para que fuesen a ver cómo seguía.

Queríamos ir todas!

Se elijió a Floránjel i Lucía por más serias.

El momento que tardaron en volver nos pareció de siglos.

Era cierto cuanto nos había dicho Raquel; pero al

recibir la Santa Estremaunción, había tenido una reacción favorable.

¡Ya había esperanzas!

La burla

29 de Mayo.

Yendo por la calle de Vergara nos encontramos con dos cieguecitos.

Tenían los ojos hundidos i el semblante color de cera. Parecían hermanos. El mayor tocaba el violín i el más pequeño tendía el platillo a los transeuntes.

Atraidas por la música, nos detuvimos junto a ellos. Con qué sentimiento tocaba!

Zoila depositó algo en el platillo que estendía el pequeño i nadie reparó, creyéndolo una limosna; pero no pudimos contener un movimiento de asombro al descubrirla: era una piedra!

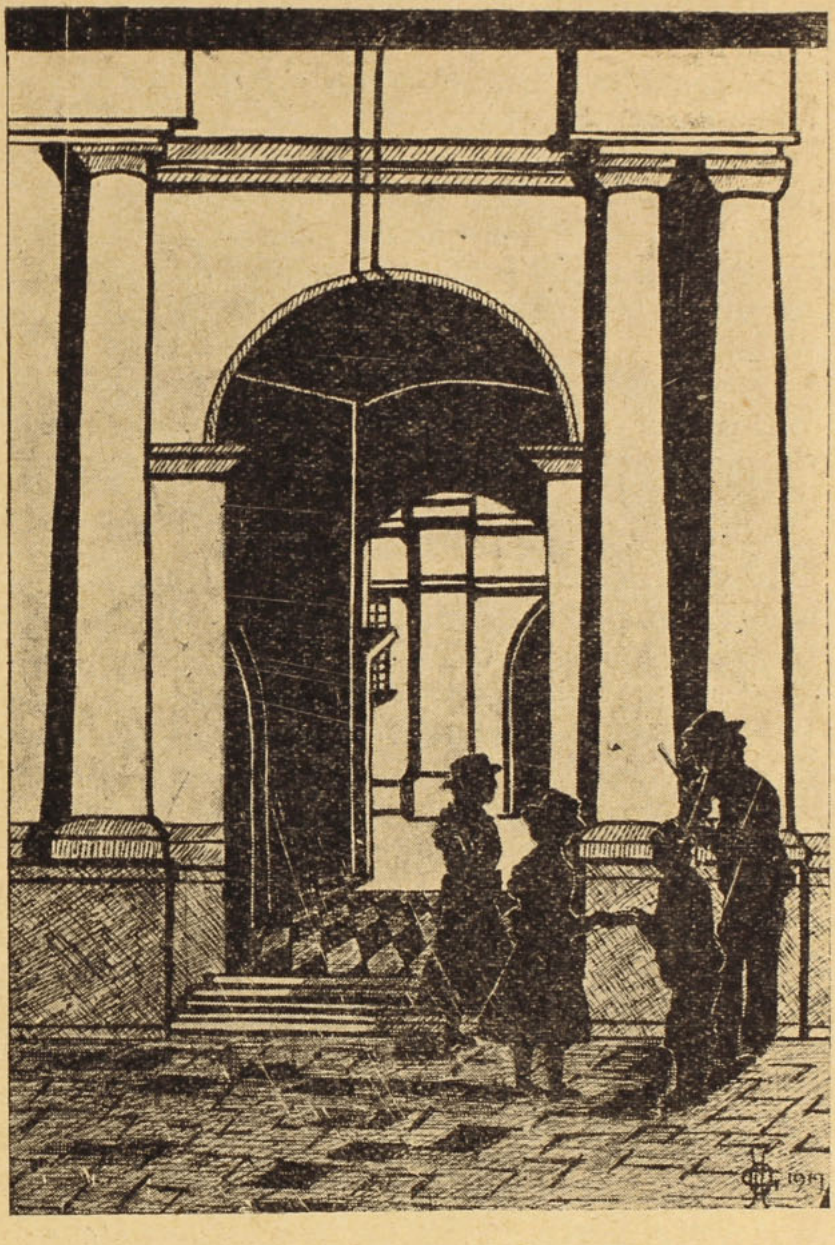
Todas cambiamos de color, e instintivamente miramos en torno nuestro: nadie nos había visto!

El acto de Zoila hizo que la mirásemos con un vivo impulso de horror. La conocíamos astuta, intrigante, hipócrita y murmuradora, pero nunca la hubiéramos creido capaz de acción tan vil.

El cieguecito, en tanto, al reconocer por medio de su tacto maravilloso la burla hecha a su infortunio, sonrió amargamente, pero sin enojo, i la llevó a su bolsillo.

El grande tendió la mano; el chico estrajo con ra pidez algo de la cartera i lo colocó en el platillo: era una medalla.

¡Hermoso corazón que con un inocente engaño ahorraba a su padre el dolor de una burla!)



TODAS TENÍAN ALGO, UN CINCO, UN DIEZ...

El grande tomóla, palpóla, llevóla a sus labios i nada dijo.

El pequeño murmuró en un suspiro: pobre padre¡ no ha desayunado hoi!

Nosotras permanecíamos clavadas en nuestro sitio; nadie se atrevía a hablar ni a moverse.

Zoila, un tanto mortificada, sonreía forzadamente.

Floránjel fué la primera en dar el ejemplo. Abrió su estuche i encontró una moneda de veinte centavos.

La imitamos; todas tenían algo, un cinco, un diez. Magdalena que es pobrecita estaba apesadumbrada, porque nada podía dar, pero de pronto alegrósele el rostro: Lucía acababa de cederle su moneda.

—I tú?... la interrogamos

Llevóse ella la mano al cuello y desprendió de él una cadenita de plata con una pequeña efijie de la Santísima Virgen.

Se acercó al ciego y le dijo:

—¿Cambiemos? Deme Ud. la medallita, yo le daré ésta (Se hizo el cambio).—Vale lo mismo—añadió. La usaré en un cordoncito. Me quedará el alma alegre i me servirá de recuerdo.

Nos retiramos.

Todas esquivaron juntarse con Zoila.

Ibamos mui lejos, i todavía nos acariciaba el oido la música sentimental de los ciegos.

La médica

30 de Mayo

No es mal querida Zoila, pero yo no sé por qué no la puedo pasar.

Prefiero a Au·istela, que es tan soberbia y a Leontina, que es tan caprichosa.

No sé qué de raro i repulsivo le encuentro, con esa frente estrecha i esa mirada por lo bajo.

Porque nunca mira de frente. Nunca, tampoco, ríe con franqueza, i jamás aplaude a ninguna de las compañeras.

Parece que las alegrías i triunfos de otros la mortifican, i que en esa frente estrecha no hai cabida para ningún pensamiento noble.

Tiene maneras estudiadas i se frunce mucho para hablar; pero siempre cambia las letras: dice *zorzar* por zorzal, i pone *s* a las palabras que no lo necesitan.

Es estudiosa, pero torpe; es la última en entender.

Nuestra maestra agotaba su paciencia en ella, i la profesora reemplazante—que no dice las cosas sino una vez—debe haberla borrado de su lista, porque jamás la interroga.

Es, para colmo, fantástica.

Vive en la casa de un ingeniero, a quien llama tío, i a veces viene en su busca una señora humilde, ya anciana, que le trae los libros.

Ella dice con desprecio que es «la doméstica», i debe serlo, porque nunca la hemos visto atravesar palabra con la mujer. Camina siempre delante de ella, con aires de gran señora.

Dice que sus padres están en el Norte, i que ella va a entrar al Liceo N.° 2 para recibirse i seguir una carrera.

—¿Cuál?--le hemos preguntado.

—Medicina, pues—nos ha dicho.

De ahí que todas la llamemos «la médica». Al principio se sulfuraba, pero ahora está conforme i hasta parece que no le disgusta el calificativo.

Rectitud

3 de Junio

Auristela ha hecho una de las suyas. Se ha burlado de Margarita, porque su madre es lavandera. I aun ha dicho algunas groserías.

Pero Cristina que la oyó, lo ha contado a todas. La Directora lo supo i ha hecho llamar a su padre.

Auristela es hija de un militar retirado y gasta siempre mucho orgullo. Viste con elegancia. Aunque no es bonita, lo parece, con su porte airoso i lleno de gracia.

No vive en paz con nadie, todos quedan pequeñitos en su presencia.

Es sola con su padre. El la adora, pero no oculta el sentimiento que le causa el carácter altanero de su hija. Conocedor de ésto, es enérgico en correjirla i ha dado a la maestra amplias facultades para castigarla.

Es un señor alto i venerable. Habla con calma i como pensando mui bien lo que dice. Su trato amable i deferente atrae las voluntades en su favor.

Hoi vino al llamado de la Directora, i conversaron largamente en la oficina. Después se dirijieron a nuestra sala.

Miramos a Auristela, i la mui cínica sonreía. Magdalena le dijo algo en voz baja, más ella hizo una mueca desdeñosa.

El anciano traía el semblante descompuesto i los ojos enrojecidos.

Nosotras nos levantamos.

El habló tembloroso:

—«Disculpad, queridas niñas, que interrumpa vuestra labor. Pero una causa grave me obliga a ello. En vuestra presencia se ha ofendido a la más modesta de

vosotras, pero también a la más digna i honrada. Justo es, entonces, que se repare la ofensa públicamente como ha sido inferida.

Soi un viejo militar, guardián severo del honor, i nunca permitiré que mis hijos insulten al hijo humilde de su misma patria.

¿Elejimos nuestra cuna al nacer?

¡Nó, Auristela! I si tu compañera hubiese sido hija de un rico, como lo es del pueblo, de seguro que no la habrías ofendido.

Sin embargo, estudiosa i humilde, vale más que tú.

Vé i abrázala, es tu deber para que, generosa, te perdone».

Pero la orgullosa chiquilla no hizo el menor intento de obediencia. ¿Estaba arrepentida? ¿Sentía cólera? ¿Se libraba alguna batalla en su alma?

Reinó un silencio profundo que Margarita rompió:

—«Señor—dijo tímidamente—me duele el corazón de haberos hecho sufrir.

Sin mi llanto nada se habría sabido. Pero me fué imposible contenerlo... se insultaba a mi madre... a mi santa i abnegada madre!

Perdónela Ud, buen señor, ya no volverá a ofender mi pobreza!»

Apenas pudo concluir; los sollozos la ahogaban.

Acercóse hacia Auristela, para abrazarla, más, este acto generoso, ensoberbeció más a la rebelde niña que empujó lejos de sí a Margot.

El caballero temblaba.

Miró a la maestra i dijo: es indispensable. I a la niña:

—Ya que en tu corazón no hai ternura, es preciso matar de un golpe tu soberbia i necia vanidad. Sé que lastimaré mi amor propio publicando un hecho oculto, pero eres tú, Auristela, quien lo exijes.

Has encarnecido a tu compañera porque su madre trabaja pobremente para vivir.

Has permanecido insensible a mi enojo.

Has desobedecido a tu padre i, empecinada en tu soberbia, has rechazado el perdón generoso que se te ofrecía.

¿I por qué?

Porque en tu vanidad de hija rica, consideras humillante rogar a la hija de una lavandera.

¡Ai! ¡pobre Auristela! Nunca olvidarás este instante, cuyo recuerdo has de llorar con lágrimas amargas.

Tú insultando a la hija de una lavandera. I sabes, acaso, quién era tu madre?

Oyelo bien! Tu madre era también lavandera!

Dicho esto, se irguió con noble majestad, i se retiró de la sala.

Un murmullo ahogado sintióse de súbito. Las mejillas de Auristela tornáronse rojas como el carmín. Palideció súbitamente i, hundiendo el rostro en el banco, rompió a llorar.

El scout

6 de Junio.

El reloj dió las 12½ i aun Ricardo no llegaba. No es esa su costumbre, i estábamos intranquilos. Papá iba en su busca, pero a ese tiempo un muchachito le entregó un telegrama. Lo abrió y leyó:

«No tengan cuidado por mí. A la tarde los abrazará —Ricardo».

La tranquilidad volvió a los ánimos. Ricardo estaba bien i no había para qué alarmarse.

De noche ya, llegó nuestro hermano i, mui emocionado, nos dió un abrazo a todos.

Supusimos que habría estado en peligro de muerte i, en efecto, no errábamos.

Casi no los había visto más, nos dijo. He estado a punto de perecer.

Venía leyendo para acortar la distancia. Caminaba automáticamente, pues parece que en fuerza de la costumbre los pies conocen el camino i marchan solitos, sin que uno los dirija. Pero no saben ver los obstáculos, ni huir de los peligros. De ahí que me hicieran atravesar la calle al mismo tiempo que corría por ella un caballo desbocado. Me habría despedazado!

¡Que se quite! Quítenlo! Atájenlo! gritaba la jente.

Pero una fuerza poderosa, mantuvo al animal por las bridas desviándolo al lado contrario del que yo seguía.

Relinchó estrepitosamente el bruto, dando brincos. Pero el scout firme.

¡Viva el valiente!

¡Viva el scout! Viva! clamaban los niños i curiosos que se habían reunido.

Llegó el guardián. Yo me abalancé sobre mi salvador descubriéndome ante él.

—¡Está herido! esclamó un caballero. I, en efecto, iba tornándose lívido.

—¿Qué habrá sido?

—¡Nada! dijo él, un golpecito aquí, e indicó la pierna. No podía moverse. En sus brincos el caballo lo había herido.

—¡Pronto, pronto, a la botica! dije, i lo tomé en mis brazos. Pero a ese tiempo llegó la asistencia pública. La pérdida de sangre le había hecho desfallecer. Le estancaron la hemorrajia i le vendaron la pierna. Un cordial lo reanimó en seguida.

Yo me fuí a dar aviso a la familia que dispuso llevarlo a la casa.

Mientras Ricardo hablaba, disminuía nuestra inquietud. Por fin pudimos respirar.

Todos hemos quedado profundamente agradecidos de la conducta heroica del scout.

Las maestras

10 de Junio.

Hoi ha venido una nueva maestra. Parece mui joven. Viste de luto i Cristina, que todo lo sabe, dice que es titulada en la Escuela Normal de Concepción.

Aun no le han idicado sala; pero es de suponer que venga para el II año. Es una sección mui numerosa. Cuando están en fila, abarcan el ancho del patio. Son mui locas i la profesora está llamándolas continuamente al órden.

Es mui buena moza la maestra del II año. I viste con elegancia. Es mui viva i nerviosa. Cuando las niñas no hacen bien los ejercicios de jimnasia, se acalora, golpea fuerte las manos i da violentas pisaditas en el suelo. Pero es mui buena, i las chiquillas la quieren, porque siempre le tienen el pupitre cubierto de flores. Se llama Jermana Barrios.

Las maestras del IV año son hermanas, pero no se parecen. La del curso «A» es pequeñita, pisa que no se la siente i lleva siempre la cabeza mui echada atrás Habla mui alto i con cierto desdén. Tiene hermosa pronunciación.

Es mui lijera de carácter; todo le infiere sospechas, todo la enoja, pero es razonable, pasada la efervescencia, i se conoce que lucha contra su carácter violento. Sus alumnas la respetan i progresan.

Su hermana, la señorita Irene Gálvez, lleva el curso paralelo i, al contrario, es alta, apacible. No se ríe nunca. Cuando algo le disgusta, se pone seria, mui seria, i pliega el entrecejo. Está siempre preocupada de sus alumnas; las estudia de mil maneras, i cuando alguna observa mala conducta, la coje de un brazo i, sin decirle palabra, la deja de pie en el lugar más visible.

Mucho me gusta la maestra del III «A». Nunca grita a las niñas, ni tampoco se enfada. Es mui seria i demuestra gran esperiencia.

Es abnegada; no gusta al principio, pero a poco que la trate, se la quiere.

Siente especial predilección por las más pobrecitas i en los paseos las regala con frutas o dulces.

La profesora del Kindergarten es mui jovencita, parece una chiquilla, i tiene paciencia de santa para cuidar a sus penecas. Que uno se ríe a toda fuerza, que el otro se levanta, que éste se cayó de la silla, que aquel se ha escapado de la sala...

Pero ella a todos los vé, a todos los atiende. Luchito, vente aquí, Panchito no te subas a la mesa, Emita no te pongas el dedo en la boca.

I Luchito i Panchito i Emita obedecen por un instante, pero luego están moviéndose en otro sentido.

Son un encanto los pequeños! No cuentan más de cinco años; son gorditos, sanos, vivaces; cuando no ríen, lloran; nunca están quietos i parecen florcitas andantes.

En la clase se sientan en sillitas diminutas, al rededor de mesitas apropiadas para sus minúsculas personitas.

La maestra los adora

En el recreo no los deja un momento solos, i anda siempre con pastillas para ellos, que a su vez la imitan i no pueden comer nada sin convidarle a su maestra.

Ayer llegó Simoncito corriendo a abrazarla. Saboreaba un dulce i, como no tenía otro, sacándolo de su boquita, buscaba la de su maestra para dárselo.

Es un reír con ellos; tienen ocurrencias tan peregrinas i revelan tanta inocencia.

Cantan divinamente con su lengua a medio hacer. I también recitan llevando a la acción lo que dicen:

«Estrella, estrellita,
la noche ya viene,
se mueve la llama
porque sueño tiene.
La vaca i la oveja,
i el lindo ternero;
el tímido pollo,
i el gallo, el cordero
duermen dulcemente
en noche callada.

Encantadoras son también las chicas del I «A». Parecen miniaturas i ya saben pensar i conducirse mejor que algunas grandes. Lo que habla en favor de su maestra; admiro su paciencia ¿Qué secreto tendrá para obtener éxito? Para convertir a esas muñequitas frágiles en mujercitas reflexivas?

Ella dice que su larga práctica, pues cuenta con más de diez años de servicio; pero yo creo que lo que habla en ella no es tanto la práctica como su acendrada vocación.

Como éstas son todas las maestras de mi escuela.

Todas son trabajadoras; todas desempeñan con nobleza su misión i nunca tendremos la suficiente gratitud para compensar sus desvelos.

Equilibrándonos

12 de Junio.

Dos alumnas nuevas han venido a reemplazar a las queridas compañeras que se fueron. Son intelijentes i vivaces. Llámanse Emilia Casanova y Delia Castillo.

Emilia nos era conocida, porque cursó el V en sección paralela. Ha vuelto mui crecida. Tiene quince años solamente i es tan larga que hemos dado en llamarla Tio Sam. Ella no se enoja, porque es mui jovial. Nos hace reir a todas i queda mui seria... Es negrita, pero tiene unos dientes preciosos. ¿Sabrá la

pícara i por eso ríe siempre? Es por demás simpática, i en sus ojitos pequeños, ojitos de uva, negrísimos i brillantes, juegan los rayos de oro de la más sana alegría.

Aprende sin esfuerzo i escribe con la misma naturalidad con que habla. Ha leido mucho; tiene su linda biblioteca, i anda siempre con algún libro, revista o recortes de diario. Escribe a menudo en nuestro periodiquito i es entusiasta colaboradora de «El Peneca».

Delia Castillo nos era desconocida. Es un año mayor que Emilia, pero más baja de estatura. Gusta mirarla, porque es de una belleza nada común. Tiene la fascinación de una Venus i la suavidad de una Virgen.

Es mui franca i alegre. Todo lo que le parece lo dice en voz alta i clara. Muchas veces ofende, pero sin intención, i cuando ha reflexionado es tarde, porque las palabras no tienen vuelta. Está hablando siempre, es un torrente que se ha desbordado desde el primer día de su llegada.

Tiene, en cambio, excelentes partidas. Defiende lo suyo i lo ajeno. Es sencilla, caritativa i de buenos sentimientos. En clase es de las primeras; no da una respuesta sin haber reflexionado. Ha estudiado en buenos colejios, i siempre de interna, porque el padre viajaba con frecuencia.

Ahora se ha radicado definitivamente en Santiago i un día, pasando frente a nuestra escuela, decidió colocarla en ella.

I ha llegado como a lo suyo. Es aseadísima i nuestra sección brilla desde que ella está. Pasa con el plumero en la mano; no puede ver una hilacha en el suelo. I no gusta de Yolanda, porque es desaliñada.

Tenemos, pues, a nuestra profesora la noticia de dos buenas alumnas.

Nuestra sección va equilibrándose al lado mejor.

Incidentes

14 de Junio.

Desde hace cierto tiempo Adriana está un tanto cambiada. Ya no estudia; tampoco juega. En la clase es cero, se taima a diario, i yo diría que era otra, si no le quedara algo de su natural bondadoso.

Ultimamente ha dado por empolvarse tanto que mueve a risa.

Hoi, cuando asomó a la mampara, Raquel se adelantó a recibirla.

—¿Cres que estamos en Carnaval?—le dijo.

—¿Por qué?—repuso Adriana.

—Pues, como vienes con máscara...

Todas echamos a reir.

Adriana, irritada, no contestó al pronto, pero se adivinaba en ella sordo rencor.

Después escribió un papelito i se lo mandó a Raquel. El papelito decía: «¡Me la has de pagar!»

Esto sucedió en la mañana. En la tarde Adriana faltó a clases, pero Raquel llegó contando que la había visto con «el figurin», como llaman por lo vanidosa a una niña del IV «C».

Nos pareció mui posible, porque es la nueva amiga de Adriana. La prefiere a todas nosotras i, lo que es peor, va en vías de imitarle sus malas cualidades. I no tiene quien la aconseje, porque a nadie escucha.

La señorita suplente poco nos conoce i nada nos quiere. ¿Cuándo volverá nuestra profesora? Sin ella estamos faltas de cariño i de dirección.

El día Domingo

20 de Junio.

Mi querida prima:

Hoi puedo escribirte, porque es Domingo. Nunca permite mi madre que trabajemos en él.

—«Dios —nos dice—trabajó seis días i descansó el sétimo. Debemos, pues, imitarle».

En este día nos levantamos mui temprano, a fin de tener la casa en orden antes del desayuno. Tú sabes que es nuestra costumbre desayunarnos a las ocho.

Vamos a misa en grupos para que la casa no quede sola, a merced de algún ratero hábil.

Yo voi con mamá a misa de nueve. Ella gusta de ir a esa hora por aprovechar el sermón.

Con nosotros van también Lucía i Ricardo. Papá va a las diez con mis hermanos pequeños.

Pero esto no es siempre; a veces papá quiere ir en nuestra compañía, i, entonces, vamos todos juntos. Es hermoso vernos. La gente nos observa; se conoce que admiran nuestra unión.

Tú dices que no gustas de las misas sermoneadas. No soi de tu parecer. Siempre se aprende algo, o se recuerda algo olvidado. Luego el cura no abusa de sus feligreses: habla claro i corto.

Hoi nos habló de la excelencia de la oración. La oración es al alma—dijo—como el riego a la planta. El agua la vigoriza i hace crecer. Así la oración robustece nuestra fe i nos hace crecer en sabiduría i verdad. Pero hai que orar como se debe. Yo a veces falto por pereza. Vence tanto el sueño! Hai, pues, que vencerlo por medio de una atención constante. Hai que pensar que al orar hablamos con Dios. I si somos respetuosas con nuestros padres en la tierra, mayor

respeto debemos guardarle al que está en el cielo. El es, a la vez, nuestro Padre i Señor.

Nuestra oración debe ser *humilde*, de otro modo nuestra petición no será oida Imitaríamos al fariseo. Pero nuestra humildad debe ir acompañada de *confianza*. Ella revela fe.

I ahora que recuerdo, tus oraciones adolecen de confianza, querida prima, por eso, sin duda, no mejora aun tu hermano.

Siempre dices: «A mí no me oye la Virjen, a mí no me quiere!»

Si antes de solicitar el favor le dirijes una ofensa, ¿obtendrá algún fruto tu oración? Mucho lo dudo!

Porque es Padre de todos: de buenos i de malos. I tan dispuesto está a prodigar su misericordia al piadoso como al impío. ¿No es prueba de ello el martirio de la cruz?

Pero nuestra confianza no basta. El a veces nos prueba. De ahí la necesidad de *perseverar*, de orar sin cansarse. De pedir hoi i mañana i siempre hasta que seamos oidas. I si nunca nos oye, no importa. No todo lo que pedimos es bueno, o si lo es, no todo resarciría en virtud.

De ahí que debemos *resignarnos* si, al orar, como se debe, no obtenemos lo que pedimos.

Este fué el tema. La peroración agradable por lo bien espresada; i de mucho efecto, porque cuántas como yo i tú orarán a medias, i cuantas quizás, estarán dejando perecer el alma por falta de riego.

En misa ví a Cristina. Como siempre, distraida, miraba continuamente a todos lados; después empezó con sonrisas i señas, no supe con quién. Iba con su abuelo, un señor viejito que le llamaba la atención a cada instante. Cristina le hacía un mohín, se tranquilizaba un segundo, i volvía a las mismas. Ella estaba entre el altar i yo, de manera que, sin querer me dis-

traía. ¿Cómo podrá agradar a Dios ese corazón tan frívolo? No obedece a su segundo padre ni respeta el templo.

También ví a Magdalena. Como siempre recatadita i humilde. Comulgó al final de la misa i con sus manos juntas oraba con tal fervor que parecía un ánjel, prosternado ante Dios. No sé qué encanto había en su faz.

A la salida me tiraron del vestido. Era Anjélica, la sobrina del español, la que tiene a su madre en España. Me guiñó un ojo i me brindó una sonrisita picaresca. Iba con una señora rolliza i de ceño duro. La tía quizás. La miré con asombro i pena. Nunca la llevan a misa. ¿Qué milagro sería ése?

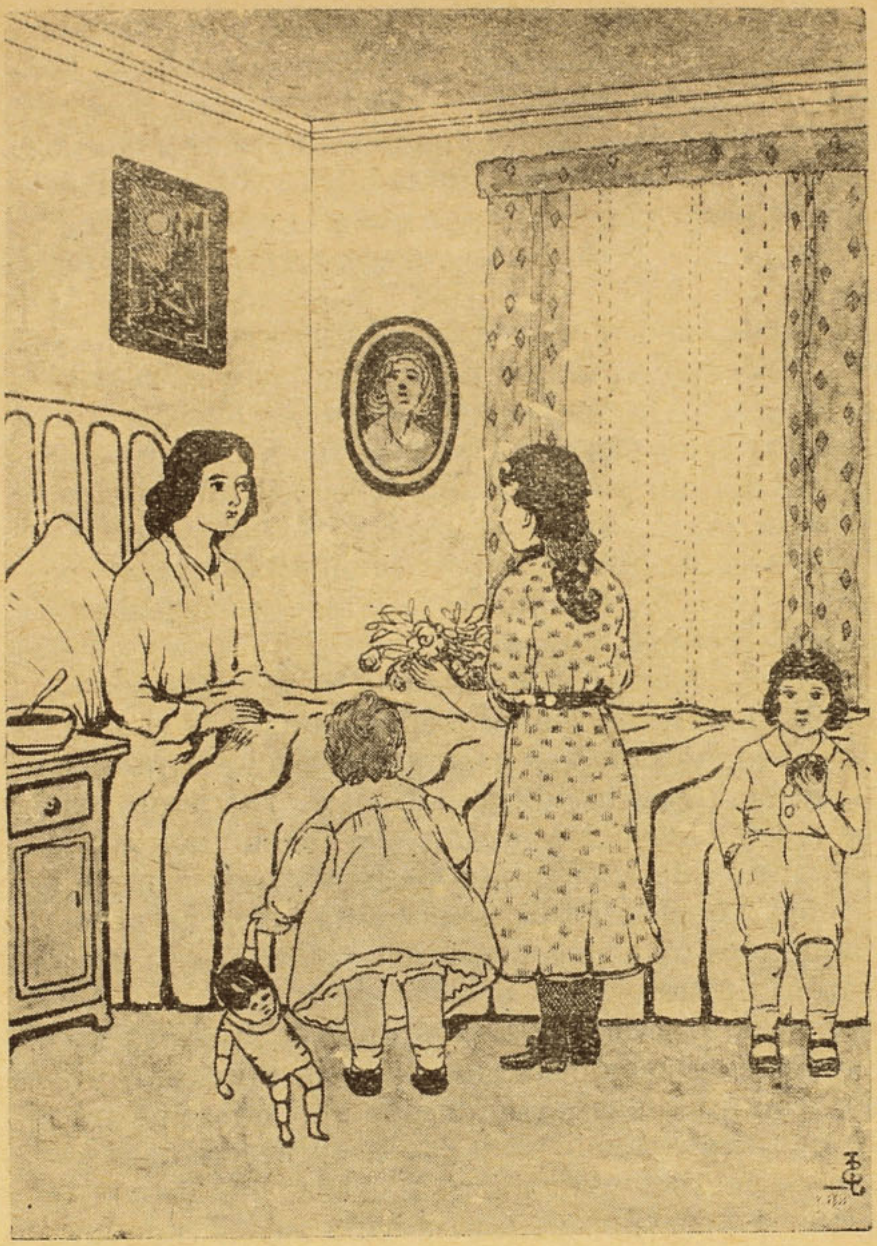
El resto de la mañana lo paso en el jardín o en el estudio de Ricardo, leyendo el diario a mis padres. Después de almuerzo me entretengo en tocar algo de música, con Lucía. Una hora más o menos. Después acudimos al costurero de mi madre, quien nos cuenta allí escenas bíblicas o nos narra preciosas historias del Cristianismo. ¡Qué tristes son! Cuánto sufrieron los primeros cristianos! Con razón se les llama mártires!

Mamá dice que el Domingo pertenece por completo al Señor i que no basta oir la Santa Misa. Es necesario que nuestros pensamientos sean de Dios, i con ese fin nos ilustra.

Otras veces nos dá a leer historias de Santos. ¡Es tan loca la imaginación! No puede estar libre, porque resbala. Hai que tenerla atadita i de ahí que nuestra madre nos inspire amor hacia las lecturas cristianas.

Pero ella no se contenta con ésto. Dios ha de exijirme más—dice—porque me ha dado más. Tengo mi esposo, mis padres vivos aún; estoi rodeada de hijos i no carezco de comodidad. ¿Cómo no agradecerle tanto bien?

Cuántas infelices madres hai que viven en la mise-



La pieza, oscura i triste, quedó perfumada....

ria i en la aflicción! Qué martirio será el de ellas si no pueden educar a sus hijas i darles las comodidades que quisieran. Cuántas en peor situación carecen hasta de vestido i alimento!

No viviría tranquila ni estaría en reposo mi conciencia si no pudiera, al menos en este día, partir con ellos, de alguna manera, la felicidad de que disfruto. I así mis hijos, educados en mi ejemplo, comprenderán mejor la vida, i si yo les falto, sabrán imitarme.

E to dice mamá. I tiene razón. Cuántas miserias hai en la vida i también cuánto egoismo! Sin embargo, no faltan ánjeles que, como mi madre, saben endulzar penas i calmar llantos.

Hoi estuvimos en un conventillo. Mamá entregó a la madre—mujer joven todavía—un socorro de dinero.

Yo i Lucía alguna ropita vieja i Olga i Pepe, galletas i flores que ellos mismos colocaron en la habitación.

La pieza, oscura i triste, quedó perfumada i llena de luz. Los rostros macilentos tornáronse serenos i agradecidos.

¡Oh qué hermoso es hacer el bien! En las noches, vamos con papá al biógrafo, si hai alguna película interesante; en caso contrario nos vamos a la Alameda, en donde los chicos juegan hasta rendirse; mientras nosotros gozamos mirándolos i aspirando el aire puro.

Regresamos a las diez, sanas de alma i de cuerpo; con el espíritu alegre i la conciencia tranquila, no tardamos en dormirnos profundamente.

La cimarra

26 de Junio.

Raquel no había mentido. Adriana, influida por su

mala amiga, ha cometido la odiosa falta de engañar a sus padres i maestros.

Porque faltar a la escuela sin su autorización es un engaño.

I esta vez las ha sorprendido la misma Directora, yendo en viaje a la Tesorería.

Estaban en la Alameda ofreciendo en venta libros usados a los transeuntes.

Las delincuentes, sorprendidas i avergonzadas, fueron enviadas con un guardián a la escuela, i recluidas en la oficina.

La Directora volvió a poco i las sometió a un severo interrogatorio.

Como habían sido pilladas infraganti, no pudieron negar; pero fué imposible sacarles una palabra más.

¿Para qué desearían dinero? La señora de la librería que hai en el Portal Granello, dijo que ya eran conocidas por su orijinalidad. Siempre vendían algo; después se iban al «zeppelin» o pasaban a la dulcería; compraban pastillas i pasteles i doblaban por Echaurren en dirección al Parque.

El «figurín» negó todo i dijo que la calumniaban.

Adriana lloraba a sollozos, i con tanto arrepentimiento i desconsuelo que inspiraba lástima.

Nosotras, agolpadas a las puertas, le decíamos por la hendidura:

—Dí la verdad, Adriana, díla.

Buena en el fondo, no quiso mentir i contó la verdad; luego cayó de rodillas junto a la Directora implorando perdón.

La otra, roja, blanqueada, perdida la vergüenza por la costumbre, tenía una postura insolente i despreciativa.

A nuestra salida estaban las dos madres de las niñas en la oficina.

La del figurín nos admiró por lo insolente. En lugar

de agradecer la medida adoptada i correjir a su hija, le daba la razón, disculpándola.

—«I estas son madres! Con razón hai hijas que no las respetan!» esclamó la Directora.

La muchacha fué espulsada.

La madre de Adriana, por el contrario, digna i delicada, confundida por el dolor i la vergüenza, prometió imponer a su hija un severo castigo.

Contraste

1.º de Julio.

En la primera hora de la mañana de hoi hemos tenido bien diferentes emociones.

Coincidió la fiesta del Ateneo con la repartición de libretas i ¡aquí fué lo buenol

Se leyó la libreta a las alumnas más distinguidas de cada sección, i era de notar que en los cursos superiores el aprovechamiento disminuía. ¿Habrá mucha induljencia para las chicas i mucha estrictez para las grandes?...

Se hicieron admirar las niñitas Undurraga. Son tres, están en distintas secciones, i obtuvieron los primeros puestos.

Son rubias i mui simpáticas. Peinan i visten con sencillez, i andan siempre mui limpias. Nunca andan solas; siempre viene la madre o el padre a buscarlas.

Todas las aplaudimos con entusiasmo, i la Directora las señaló como a modelos.

Nosotras, las de VI año, estábamos avergonzadas. La seccion superior i... casi como la inferior.

La única perseverante siempre fué Lucía. Delia aventajó a Leontina. Esta sabe tanto como mi prima,

pero es dura de carácter; la mira con cierta envidia i si no es ella quien da las primeras contestaciones, se taima. Lástima, que sea así una niña tan intelijente.

Las demás no se han hecho notar, i no sé por qué. Parece que antes estudiábamos más.

Al entrar a clase veníamos en profundo silencio, temerosas de la reprensión que se nos esperaba. La maestra venía tan seria que nos inspiraba miedo. Temblábamos.

En efecto, nos reprendió tan duramente, que levantó protestas, i de todos los bancos partían murmuraciones o sollozos contenidos.

Había disminuido nuestra aplicación, es cierto, pero nó para que se nos tratara así.

Nuestros corazones oprimidos, habrían deseado llorar a gritos.

¡Oh! cuánto hemos deseado ahora a nuestra maestra i cómo comprendemos su severa bondad!

¡Maestra querida, cuánto tardas en volver!

La carta

6 de Julio.

El día de hoi nos reservaba una inmensa alegría. La Directora se presentó a nuestra sala con una carta en la mano i dijo:

—«Tengo la satisfacción de anunciarles que su maestra, la Sta. Urzúa está bastante restablecida. Hoi me ha escrito i junto con mi carta ha llegado ésta para Uds».

De todos los pechos brotó una esclamación de júbilo, al mismo tiempo que nos abalanzábamos a recibir la grata mensajera.

Todas querían leerla a la vez. Fué necesario que la Directora interviniese:

—Calma, calma, recomendó. Venga, Lucía, i lea Ud. en alta voz.

Lucía leyó:

—Mis queridas niñas:

He vencido por esta vez a la muerte. Sé que el triunfo lo debo a Uds. porque Dios oye la plegaria fervorosa i sincera. Por eso he querido —tan pronto como me ha sido posible— manifestarles mi profundo agradecimiento.

Los médicos me han tenido sometida a un réjimen severo, pero ya estoi de alta. I mi primer recuerdo es para Uds.

Me queda aún algún tiempo de licencia para atender al restablecimiento de mi salud; pero si ella, con el aire fortificante de esta playa, se robusteciera i afirmara antes, marcharía inmediatamente a reanudar mi labor.

Sé que a la mayoría nada tengo que reprochar; sé que en mi ausencia han sabido conducirse como deben, i por ello las felicito. Sé que puedo estar tranquila i confiar en mis alumnas.

Mas, para ser buenas, no basta cumplir con sus deberes que, en Uds. se reducen a ser excelente alumna i excelente hija.

Es necesario mirar más alto, e imponerse algún sacrificio, si es que lo sea.

Me refiero a las buenas acciones, no marcadas por el deber i que tanta paz dejan al corazón.

Quiero verlas no solamente respetuosas i agradecidas, sino también, como el Maestro, caritativas, preocupadas en buscar una pena que aliviar i una lágrima que enjugar.

Basta haber hecho una vez acción semejante para que su conciencia se perfume de ella para toda la vida. Es porque la caridad es del cielo. Dios la trajo al mundo. El repartía el bien a manos llenas.

Jesús era la caridad misma, i por eso, quien la acoje, lleva en sí al mismo Dios.

Sentirá placidez celeste. Recojerá bendiciones, pero también ingratitudes, mas, qué son éstas ante la dicha inmensa que se siente al hacer el bien?

Mis alumnas saben que el campo es vastísimo. La obra más insignificante puede ser grande, según la intención, según el espíritu de amor i sacrificio que las guíe, así como también la obra más grande puede perder su mérito si es hija de la vanidad, del interés, o de un espíritu mezquino.

Por eso les dejo ámplia libertad: Complázcame la que pueda i quiera, i haga la buena obra que su corazón le dicte.

Les ruego, sí, pensar sobre esto, i espero que a mi vuelta cada una ha de contarme el bien que ha hecho.

Que la Sma. Virgen las ilumine i Jesús las bendiga.

Esto no es una imposición. Es sólo un deseo de su maestra que las recuerda i las quiere.

VIRGINIA URZUA.

P. D.

Aunque es cualidad esencial de una buena obra no esperar recompensa, yo ofrezco un premio para la que, a juicio de todas, se estime más noble acción. El les servirá de estímulo i de recuerdo.

Se nos permitió observarla desde las ventanas...

Nevando

9 de Julio.

Nunca se había ofrecido a mis ojos un espectáculo tan hermoso como el de hoi. Solamente lo había soñado al leer las obras de Julio Verne i lo había presentido al admirar un paisaje de la rejión polar.

No había sol; pero cuánto más hermoso que él me pareció la lluvia de copos blancos que lenta i silenciosamente desparramaba el cielo!

Las chiquillas se volvieron locas de contento i la autoridad de la maestra difícilmente bastó a contenerlas.

¡Que nieva! Que nieva! esclamaban, i se perdió por completo el respeto a la clase.

Como estos son fenómenos raros, su venida es causa jeneral de entusiasmo. I como a nuestro piadoso clima poco llega la viajera cruel de las montañas, se nos permitió observarla desde las ventanas de nuestra sala.

Pero no éramos nosotras únicamente las felices. Habíase tocado a recreo i una nube de chiquillas agolpábase en los corredores.

Algunas mui pequeñas del curso inferior, miraban con inocente asombro aquella lluvia de flores divinas que la tierra absorbía sedienta; otras palmoteaban de contento i las más audaces tendían sus manecitas para cojerlas, riendo de alborozo si alguna de las blandas plumillas se deshacía en sus palmitas sonrosadas.

Una locuela cruzó el patio como exhalación, recibiendo un bautismo de nieve.

¡Mírenla! Elena! Corre! gritaban las chiquillas. Muchas corrieron a su encuentro i barrían con sus dedos la nieve amontonada sobre el traje.

Por instantes crecía nuestro asombro, al ver cómo el suelo los árboles i los techos de las casas iban desapareciendo bajo la nieve

No parecía sino que una hada traviesa se hubiera divertido en metamorfosear las cosas a nuestra vista. Nos considerábamos trasladadas a aquellos paises de inviernos canosos en que el suelo es hielo, los vehículos trineos i los juegos de los niños errabundo patinaje.

Cansado el cielo de arrojarnos nieve al rostro, suspendió su juego, disipó las brumas, tiñóse de azul i sonrió en luz, como diciendo:

—¿Te gustan mis caprichos?

Mi hermano profesor

10 de Julio.

Al atardecer aun quedaban huellas de la nevada.

Mi hermano Ricardo desprendió de un árbol un hermoso copo de nieve i nos invitó a contemplar su delicado albor i maravillosa hechura.

Martita, que todo lo averigua, no nos dejaba en paz preguntándonos *cómo* i *por qué* i *de dónde* botaban tanta nieve.

Olga i Pepe que no sabían más que ella, diéronle una respuesta injénua; i rogaron a nuestro hermano les esplicara en virtud de qué milagro había podido enviarnos el cielo aquel trozo de nieve tan puro e inimitable. Ya sabían ellos algo de su historia, nebulosamente aprendida i olvidada, porque nunca les había interesado tanto como hoi.

Lucía arrojó contra el suelo el copo de nieve i saltaron chispitas a millares. Cojimos algunos de esos

granitos minúsculos i se los llevamos a Ricardo que los puso en el vidriecito del microscopio.

Olga i Pepe los miraron con asombro: Son estrellitas, decían; estrellitas de nieve!

Observamos atentamente con Lucía i, aunque el dibujo variaba, notábase perfectamente que estaban en un bloc exagonal. ¡Qué pasmosa exactitud! Nuestros exágonos, construidos a regla i compás, no son tan perfectamente regulares como cada una de esas par tecitas pequeñísimas.

Es una historia curiosa la de la nieve!

Las nieves de todo el mundo están formadas así: por exágonos microscópicos de formas mui variadas, unidos entre sí. Es lo que llamamos cristales de nieve.

Después cojió Ricardo un trozo de nieve i lo fundió, proyectando su sombra sobre una pantalla. Era de ver cómo se deslizaban los cristales uno tras otros, admirándonos no ya su forma perfecta, sino otra, idealmente caprichosa. No eran estrellas, ni exágonos, sino verdaderas y hermosas flores de nieve.

Mis hermanos estaban asombrados, i no se cansaban de repetir que jamás habían soñado con tan fantástica realidad.

—¡Qué cosas tan hermosas hace Dios! dijo Lucía.

—Sí, afirmó Pepe; i desde ahora voi a ser amigo entusiasta de las ciencias.

—I de los sabios que nos descubren las maravillas distribuidas con prodigalidad por el Creador, acentuó Ricardo. I añadió:

—Pero, si misterioso es el cuerpecito de la nieve, no es ménos interesante saber cómo se forma.

La pureza de su color está diciendo que nace mui cerca del cielo. Sólo es preciso que la atmósfera tenga toda entera, la misma temperatura, nunca superior a 0°.

Se entiende que debe haber nubes; el agua de éstas

opera el milagro, porque a 0° no hai agua líquida si no sólida.

En tales ocasiones es cuando nieva.

¿Verdad que todo esto es misterioso? Si pudiéramos siempre palpar así la hermosura de las cosas, i los secretos de Dios, no habría ninguna alumna floja.

Lo somos por ignorancia.

No nos atrae la belleza, simplemente porque no la conocemos; pero yo prometo, desde hoi, poner mis fuerzas a la altura de mi capacidad, que debe ser la de la misión para que he sido creada.

Fenómeno

13 de Julio.

Qué bien hacía en desconfiar de Zoila! Si parece que no hai mejor inspirador que el corazón! El alejamiento que sentíamos hacia ella se ha convertido en horror!

I no es para ménos. Negar a su madre! En qué alma cabe semejante ingratitud?

Ella que decía ser sobrina del injeniero! Que hablaba de su padre en el norte... La futura bachiller... la futura médica... La que miraba con menosprecio a la mujer que venía humildemente a buscarla, ha resultado un ser como no los hai, un fenómeno hijo de la misma infeliz por quien manifestaba altanero orgullo.

La noticia ha causado gran estupor:

Todas las creían más bien tonta i presuntuosa, pero nó infame. Porque esa es una infamia:

Negar a la madre que le diera el ser, a la madre que no ha sabido más dulzuras que atenderla i cuidarla... I sin cuya madre habría muerto o habría crecido defectuosa, enfermiza, raquítica.

Negar a la santa mujer, porque vive en el medio en que Dios la colocara; porque para vivir tiene que servir; porque es pobre i humilde.

¡Necia! cómo cree ser más?

¿No comprende que el menosprecio que infiere a su madre se lo infiere a sí misma?

¿No comprende que ella no es la causa de que en lugar de hija haya alumbrado una víbora?, criado un ser sin entrañas, sin afectos, un fenómeno?

Ni los animales, porque ellos quieren a su madre, el instinto se los avisa.

Pero, cómo se supo ésto?

Hoi vino a buscarla, como siempre; mas no se quedó afuera, como acostumbra, sino que entró hasta la mampara, i pudo oir perfectamente la voz de Zoila, que decía, desde la sala, su frase habitual:

—«¿Quién me busca?... la sirviente?...»

¡Ah! ya voi!...

La mujer lo oyó i debe haber sentido herida honda.

Entonces avanzó hasta el vestíbulo i dijo:

—¿A quién llamas sirviente? No soi yo tu madre? Si yo llevo ese nombre, no lo tienes también tú, por ser mi hija, i por ayudarme en el servicio?

I tomándola fuertemente por un brazo le decía:

—Me oyes? Quién soi yo? Tu sirviente o tu madre?

I remeciéndola más fuertemente la condujo afuera. Las que presenciábamos el hecho, estábamos de tal manera sorprendidas, que no acertábamos a hablar palabra

La Directora meneando la cabeza, dijo:

—La juventud de hoi! En mi larga carrera de maestra no había visto un caso igual!

Pobre madre! cuánto debe sufrir!

Al llegar a casa, no pude contener un noble impulso i me arrojé llorando en brazos de mi madre,

Noche de invierno

16 de Julio.

Nuestro punto de reunión en las noches interminables de invierno, es el estudio de Ricardo.

Mi hermano es un buen muchacho. No tiene otra pasión que la pintura. I mientras él bosqueja i da vida a las multiples creaciones de su imaginación fecunda, papá se entretiene con los chicos i mi madre teje junto al brasero.

Lucía i yo andamos de grupo en grupo, reteniéndonos, casi siempre, la dulce charla de mi madre.

Hoi nos habíamos reunido como de costumbre. Solo faltaba mi padre que se había recojido temprano. Su ausencia robó la alegría a Olga i Pepe, que concluyeron por dormirse juntitos en un sillón. Martita buscó a mi madre i en su regazo tibio i blando durmióse profundamente.

Levantóse ella para acostar a los chicos i quedamos solos Ricardo, Lucía i yo. Nos acercamos al caballete de mi hermano, que bosquejaba una cabeza de niña.

—¡Qué noche más triste!... dije. ¿Será porque llueve, Lucía?

No me repuso. Ella, sin duda, no la encontraba triste...

—Nos hace falta la alegría esplosiva de los chicos, dijo al fin, i por eso estrañas.

Luego agregó, pensativa:

—Hai noches mui tristes...

Ricardo callaba. De pronto dijo:

—No estoi triste yo tampoco. La lluvia da golpecitos alegres en mi corazón. Falta mi padre, faltan los nenes; pero yo sé que están a corta distancia, buenos i sanos...

—Con el favor de Dios, terminé. Pero anoche no pensabas igual.

Me miró interrogativo.

—Anoche, pues! I la única que faltaba era Lucía...

Se sonrojó como una joven.

—Verdad—repuso—mirando a mi prima.

Faltaba Ud., Lucía... ¿Será su presencia la que alegra?

—¡Tonto! dijo mi prima, enrojeciendo, i dando a la palabra un timbre de armoniosa dulzura.

Mamá volvía en ese instante i al verlos tan ruborizados, me miró i sonrió.

Tuve piedad i dije, torciendo el rumbo de la conversación:

—¿Verdad que Enrique se presenta este año al Salón?

—Verdad, i con dos cuadros solamente. Se cree que serán aceptados.

—Ese muchacho será una gran cosa, vaticinó mi madre. Es estudioso i tenaz.

—E inteligente, agregué. Pero, por qué tan pocos cuadros?

—Porque se le ha puesto. Tiene labor demás. Si Uds. entraran a su cuarto quedarían admiradas. Los muros desaparecen bajo las telas más admirables: manchas, paisajes, marinas, nocturnos... ¡Asombroso! Es un pincel privilejiado el de Enrique.

—I así presenta dos cuadros solamente?

—Nada más, pero soberbios! Todos dicen que obtendrá medalla.

—¿Con cual? pregunté curiosa.

—El tema es mui sencillo. Una casita blanca. Pero si Uds. la miran adivinan que en esa casita semi-oculta en la espesura del jardín hai vida i amor.

No se ven personajes, pero se adivinan. Hay fluído de alma vagando en el ambiente.

El otro cuadro es más severo. «Ideal» es una cabecita admirable con un par de ojos grandes i garzos, de mirada honda i dulcísima, tan dulce i tan honda que me hacen recordar tus ojos, María...

—¿Por qué me ruborizó tanto la galantería de Ricardo?... ¡Qué tonta soi! No pueden, acaso, mis ojos parecerse a los del ideal de Enrique?

Mi madre sonrió por segunda vez i preguntó a Ricardo:

—¿Terminaste las manchitas?

—Sí, mamá... las dos!

—Pero tan egoista, reclamó Lucía; nunca ha querido mostrarlas...

—Mejor así, dijo Ricardo. La aprobación de mi madre trae suerte i...

—I la de nosotros la aleja, es claro, interrumpimos sentidas.

—Nó, dijo mamá; no hagan sufrir a mi hijo. Soi yo quien le ha rogado no mostrarlas. El ha dado prueba de sumisión i obediencia, i por lo mismo han de tener suerte.

A todo ésto Ricardo no había cesado de trabajar. El bosquejo había desaparecido i sus dedos ájiles habían hecho brotar la vida i la gracia en la cabeza infantil que esbozaba.

Alegría

18 de Julio.

Desde ayer a que estamos de nuevo con nuestra profesora.

Ha vuelto alegre i de buen semblante.

Ha regresado cuando menos lo imajinábamos, pues le quedaban aún diez días de licencia.

—Me siento bien—nos ha dicho—i mi deber me llama al lado de Uds. las enfermedades son caprichosas i no se les puede fijar un plazo determinado. Puede haber quedado gozando del permiso, pero no he querido marchar en desacuerdo con mi conciencia. I ella me ha dicho:

—«¿Cómo te sientes? ¿Bien? Entonces, véte; tu puesto está allá....»

«Yo he obedecido, i aquí me tienen».

Con su regreso ha vuelto nuestra alegría, nuestra aplicación, i se ha llenado el vacío que su ausencia dejara.

Era de vernos a su llegada. Todas la rodeábamos preguntándole ésto i aquéllo. Nuestras preguntas la agobiaban.

Cuando nos hubo complacido, tocóle a ella el turno. Las que nos habíamos conducido bien en su ausencia, éramos las más felices. Leontina i Auristela, siempre incorrejibles, miraban a hurtadillas, desde lejos; su conciencia les impedía acercarse.

El plazo señalado para llevar a cabo una grande acción está próximo a cumplirse, i yo no llevo señales de éxito. Sin embargo, tengo una gran idea. Se la he confiado a Lucía quien la ha aplaudido.

¿La aplaudirá también mi maestra?

A propósito de la fiesta del libro

20 de Julio.

Hermosa resultó la fiesta del libro.

La salita de la biblioteca, arreglada con arte, señalaba mui bien el objeto a que había sido destinada.

Al centro una mesita cubierta de libros, i en semi-

círculo una serie de bancos con capacidad para treinta alumnas.

Nuestra biblioteca no tiene aún comodidades, ni siquiera un armario, falta que han suplido los estantes murales. No favorecen mucho la estética, pero pronto se irán subsanando estas dificultades. Lo principal es tener libros, i libros buenos, que recreen, instruyan i eduquen.

La colección más valiosa ha sido regalada por el señor Inspector de Instrucción Primaria.

La Directora ha cedido también numerosos libros, i en seguida vienen los traidos por profesoras y alumnas.

Hoi daba gusto ver el entusiasmo que a todas dominaba Hasta las pequeñitas entregaron un libro a la biblioteca en el momento de la fiesta. Algunas que no tenían libros trajeron cuadernillos con ilustraciones, ya de uno o de otro reino de la naturaleza.

Lucía i yo llevamos varios volúmenes cedidos por Ricardo i una colección de paisajes chilenos, obsequiados por la prima Estela.

Emilia, que se ha leido tres veces «Quo Vadis?» i se sabe de memoria los cuentos de Andersen, no ha tenido inconveniente en regalarlos a nuestra biblioteca.

—¿Qué otros libros traes? le dijimos hoi al divisarla.

—Varios—nos repuso. «María», «Cuentos de una reina» i este orijinalísimo del Dante.

—¿Cómo se titula? pregunté.

—«La Divina Comedia».

—I es bonita la comedia? dijo Anjélica.

—La comedia es italiana, repuso Yolanda, en actitud de tomar el libro. Mi papá lo tiene en casa, pero yo no he querido leerlo.

—Se conoce, afirmó Emilia, evadiendo entregárselo.

—¡Nó, nó, Emilia! interrumpió Delia. No hagas tal. I dirijiéndose a Yolanda: ¿Tienes bien limpias tus manos?... Inspiran horror los libros desaseados...

Yolanda iba a estallar, pero Emilia se adelantó. El Dante narra aquí su viaje a través del Infierno, del Purgatorio i del Cielo. Demás está decir que hai casos espeluznantes...

—¿I cómo es el infierno? preguntó Raquel.

¿I el Purgatorio?

—¡Terrible! Hai suplicios para todas las faltas... Los golosos son cruelmente castigados. Tienen siempre a su vista olorosas frutas, ricos manjares que aguijonean su apetito. Pero no los pueden probar, aunque están muertos de hambre i de sed.

—Yo—reflexionó—es mui posible que tenga que ir allá... Son tan ricos los pasteles i los postrecitos que guarda la mamá en la despensa...

—¿I las envidiosas?... preguntó Delia, mirando a Leontina.

—Las habladoras, dí mejor, repuso ésta, devolviendo ofensa por ofensa.

—Quietitas, quietitas, que para todas hai... Las envidiosas llevan los ojos cosidos con alambre i hechos una llaga viva; las habladoras... no recuerdo; pero es mui posible que haya diablillos encargados de pincharles la lengua...

Delia rió abiertamente.

—Sabes que me interesa tu libro? dijo. Yo no me desharía de él.

—No me gustaría sufrir el martirio que se da a los egoistas! Lo estimo, por eso lo regalo a la biblioteca de la escuela. Aquí lo volveré a leer cuantas veces me plazca, i me quedará la satisfacción de haber contribuido en su favor con algo útil.

La conversación no siguió adelante, pues todas nos dispersamos a la voz imperiosa de la campana.

Una maestra

21 de Julio.

La iniciadora de la fiesta del libro en nuestra escuela ha sido la señorita Hortensia Merino. Es una maestra muy activa. Gusta que las cosas se hagan pronto y bien, i cuando no lo consigue se enoja: habla recio, fuerte, a lo que le ayuda su complexión robusta i enérgica.

Es querida del profesorado por su carácter alegre i su desprendimiento. Siempre está dispuesta a hacer un favor i es capaz de desprenderse hasta de lo indispensable si sabe que hai alguien que lo necesita. Es el hombre de su casa. Es el sostén. Tiene una madre enferma a quien atender i una infinidad de hermanos que educar. Para satisfacer tantos gastos dá clases particulares, i es profesora de una escuela nocturna.

No tiene un momento de descanso, i aunque es tan desarrollada, pasa siempre enferma. Pero es tal su amor al trabajo que el dolor no la abate i, aunque corran lágrimas por sus mejillas, ella sale avante con la tarea que se ha impuesto.

El tesoro oculto

26 de Julio.

Ayer espiró al último día del plazo señalado por nuestra profesora para llevar a cabo una acción generosa.

A las 8 A. M. de hoi debíamos reunirnos en la escuela, a fin de confiarle la buena acción realizada, en

cumplimiento de uno de sus siempre hermosos deseos. Pero nuestro entusiasmo nos llevó antes de la hora fijada.

No faltó ninguna; hasta la terrible Auristela estaba allí. Todas nos sorprendimos al verla, porque nadie la creía capaz de un sacrificio. ¿Qué hermosa acción habría hecho?

Bogaba esta pregunta general:

—¿Qué has hecho tú?

—¿I tú?

—...Ya sabrás. Una sonrisa por respuesta.

I era todo. Nuestra reserva partía de un convenio tácito, lo que es estraño. Obedeceríamos a un dejo de modestia o a un exceso de egoísmo?

Ne sé qué tendrían las chiquillas; pero las hallé bonitas. Había cierta animación en los semblantes i tanta luz en el mirar! Cuán cierto es que los ojos son el espejo del alma.

Yo debía estar lo mismo. De tal manera, nos había embellecido el *tesoro oculto* que llevábamos!

La maestra se mostraba enternecida i cada hecho nos arrancaba los más francos aplausos.

Auristela nos asombró:

—Yo no he hecho todavía acción alguna buena—dijo—no he podido... Pero es mejor que la haga en su presencia, señorita, i en la de todas mis compañeras.

Tendrá más mérito.

Y diciendo así, cayó de rodillas junto a Margarita, la hija de la lavandera, rogándole la perdonase. Esta, sorprendida, no hallaba qué decir. Levantó a Auristela i las dos se confundieron en un abrazo.

Aída, la compañera de ojos verdes i mirada fría, que vive con la madrastra en casa de una familia italiana, no se atrevía a hablar. Por fin, ruborizándose, dijo:

—«Hurté un veinte a mi madrastra, i no teniendo cómo devolverlo, acusé mi falta. Me pegó i me encerró, pero no me defendí, ni encolericé. Tenía mucho miedo, porque era de noche; en medio de mi pena me acordé de Ud. señorita, i parece que había sentido consuelo. I se me ocurrió que me decía:

—«Bien, Aída, yo estoi contenta de Ud; pero más lo está la Sma. Virgen que ama a las niñitas humildes».—En esto se me ocurrió rezar por mi madrastra, porque fuera feliz i me quisiera I tanto recé que me dormí».

Después tocó el turno a otras.

Lolita, Raquel i Anjélica habían dado limosna a viejitos mendigos!

Luisa i Ofelia se habían privado de los postres que habían traído a las niñitas pobrecitas del colejio.

Yolanda no había dicho en todo el tiempo una mentira, a la que es mui aficionada i Adriana era un verdadero portento en obediencia.

I así, todas: quién había retenido un movimiento de ira, quién de envidia, quién de pereza.

Lucía i yo estábamos avergonzadas. Todas nuestras compañeras, cual más, cual menos, habían hecho algo. Muchas habían alcanzado verdaderos triunfos.

Sentía temor de que mi maestra me interrogase. Por fin me atreví:

—Aún no he hecho nada, pero confío hacerlo. En la próxima semana, papá ha de festejarme. Yo tendré dinero. Hai muchos pobrecitos que no lo tienen. Hai que están enfermos. En ellos he pensado.

Al idear dónde encontrarlos, me he acordado del hospital. Preguntaré por los que no tienen hijos ni parientes. Les llevaré galletas de chuño, un ramillete de violetas, i conversaré con ellos.

Todas habíamos hablado, sólo quedaba Lucía.

—Mi obra ha sido mui pequeña, dijo. He dado mi

muñeca a una niñita que sufre i que nunca ha tenido un juguete. Pero abrigo una idea que puede llamarse grande. Me costará realizarla Es casi superior a mis fuerzas. Será una obra larga; pero si triunfo, no me importan los sacrificios. Se trata de una compañera, la única que falta en esta reunión.

Todas nos miramos. Laura! dijeron algunas.

Yo no lo había advertido. ..

—Sí, Laura, afirmó mi prima. Laura sufre mucho. Tiene padres, pero es lo mismo que si no los tuviera. Ella es desarreglada, de mal jenio, i nunca se preocupa de su hija. El es un desgraciado que no dura en ninguna ocupación. Se embriaga a menudo i entonces golpea a su mujer i a su hija. Van para la miseria. I yo he pensado, señorita, que entre todas podemos impedirles la caída.

Todas aprobamos! La maestra se quedó pensativa i felicitó a mi prima. Esta continuó:

—Mi plan es éste:

Hacerme amiga de Laura, atraerme a la madre. Conseguir que asista a la Escuela Nocturna, i a su clase, señorita. Ud. despertaría sus hábitos descuidados. Sería una mujer distinta. Ella redimiría a su marido. El amaría el hogar, a su hija, i prefiriría su compañía a la sucia del garito.

Como se ve, la obra de Lucía, era verdaderamente magna Todas la admiraban sin envidia, i todas revelaban el deseo vehemente de ayudarla a triunfar.

Las felicito, nos dijo, entre otras cosas, nuestra profesora. El éxito ha sido mui superior a lo que yo pensaba. Ha habido obras estraordinarias por el esfuerzo que revelan. Veo que han trabajado sin ningún interés; por el solo afecto que me profesan i, por el placer que les ha inspirado una buena acción. ¿Verdad que no hai nada tan dulce como la paz, la alegría, que sentimos después de haber hecho el bien, después

de haber vencido un mal impulso, de haber correjido un defecto, de haber practicado una virtud? ¡Qué contrastre tan grande hai entre el bien i el mal!

El mal es zozobra; el bien es calma. El mal es remordimiento; el bien es consuelo. El mal es intranquilidad; el bien es paz. El mal es vergüenza; el bien es satisfacción. El mal nos trae castigo, falta de cariño, pérdida de amistades, de estimación; el bien, por el contrario, nos hace queridas, i sólo nos trae felicidad».

Después se procedió a adjudicar el premio.

—Lucía, Lucía lo merece! decían todas. Pero mi prima se levantó i dijo que ella aun nada había conseguido i por lo tanto nada merecía.

La maestra dió la razón a entrambas:

—No esperaba yo una acción como la de Lucía, i aunque su solo deseo es acreedor a la más alta recompensa, respetaremos su modestia hasta ver finalizada con éxito su empresa.

El premio no sé quién lo merece; tanta nobleza hai en ésta, como en aquélla, i como en todas. Tan meritoria es una virtud como otra; pero la acción más difícil i, por lo tanto, la de mayor mérito es aquella que vence el amor propio, la que se humilla, la que después de sorda lucha, no sale vencida; la que es capaz de arrojar de su corazón el demonio de la soberbia que envanece.

Se dió el premio, un hermoso crucifijo, ejemplo de humildad i amor, a Auristela.

I todas quedamos contentas.

Sin embargo, fué necesario un segundo premio; éste se dió a Aída por su valentía en confesar su falta, por su arrepentimiento, i por su jenerosidad en bendecir la mano que la castigaba. I este premio consistió en una vista hermosísima de la playa en que nuestra maestra encontró su radical mejoría.

A las demás nos obsequió con dulces.

Mi idea fué aplaudida por mi maestra i manifestó el deseo de que el viaje lo hiciera en su compañía i en la de las demás compañeras que desearan unirse.

El entusiasmo fué jeneral: iríamos todas!

I se fijó el viaje para el primer jueves de Agosto

Cuento

29 de Julio.

Mi querida prima:

Dicen que no hai hadas mensajeras del bien; yo afirmo que las hai.

Si tengo razon o nó, lo sabrás luego que hayas oido el caso curioso que me acaba de acontecer.

Bien sabes cuánto me gustan los cuentos; pero tampoco ignoras cuánto me cuesta inventarlos.

Imajínete la impresión que me causaría esta tarea de mi maestra: «Inventar un cuento con las palabras eco, estalactitas, cúmulos, serpiente, rocío, neblina, rayo i relámpagos».

Una verdadera tempestad, primita.

Los términos no me eran desconocidos, porque los habíamos estudiado en diversos ramos; pero cómo unirlos de manera que resultara el cuento?

Copiaré de los libros—me dije—i si es necesario, plajiaré.

Fuíme, pues, a la biblioteca de Ricardo, i hojeé cien libros; pero sólo conseguí rendirme, sin que nada pudiera asemejarse a la difícil tarea impuesta.

Rendida, me dormí. Tuve un ensueño horrible:

Anochecía. La tempestad estaba próxima a estallar i yo me encontraba en una selva oscura.

Empecé a gritar i me respondió un silbido. Luego otro i otro más cercano. Salí a su encuentro i me detuve espantada: una serpiente inmensa avanzaba hacia mí, traidora i amenazante. Estaba perdida! Un segundo... i el reptil asqueroso concluiría con mi existencia.

De pronto el bosque entero retembló: culebrearon miles de relámpagos i ensordeciéronme los truenos. El monstruo se detuvo inquieto Pero la chispa eléctrica que inflamaba el espacio dió en tierra--calcinando al reptil que en un momento más me tragaría—i se escurrió, en forma de hermosa bola brillante, hasta mis pies. Fuí a cojerla i se difundió en aureola, de la que emerjió la mas encantadora aparición.

—No me toques, dijo. Soi la Verdad, i he llegado a tiempo. Ya está libre tu alma de la mortal ponzoña. Yo te enseñaré a cumplir con tus deberes sin recurrir al medio vergonzoso del engaño

Sígueme, observa, piensa i discurre.

Salimos del bosque a un espacioso llano. Amanecía. El oriente irradiaba hermosa claridad i nuestros pies se hundían en los tréboles perfumados i húmedos por el rocío. Sobre nuestras cabezas, a una altura inmensa, flotaban los cúmulos, dibujando figuras fantásticas.

A medida que avanzábamos, percibíase más distinto i claro el rujido de las olas que llevaba la marea. Llegamos a una gran caverna. El mal lamía sus bordes, con cariño; pero en su interior se advertían las huellas de su furor. Penetramos en la guarida, i me sobrecojió muda admiración; era aquel un templo de varias naves i pendían del techo numerosas estalactitas pulidas i brillantes

Un rayo oblícuo de sol naciente penetraba por una cavidad de la roca, fundiendo a su antojo los vivos colores del espectro.

Al salir de la caverna, dimos en un laberinto de montañas i hondonadas.

La hermosa aparición me dijo:—«Elabora tu cuento con lo que has observado».

«Amame! Soi hermosa! Soi la Verdad!»

Y desapareció.

Ví un rayo de luz mui brillante, nada más. Pero las montañas siguieron repitiendo en ecos múltiples: «Amáme! Soi hermosa! Soi la Verdad!»

El último eco fué tan débil como un secreto dicho al oido i desperté.....

La tarea estaba hecha Alguien me la había sujerido en un ensueño.

Qué dices a ésto, primita? Me ayudarás a creer en la existencia de hadas benéficas?

Convénzate el ejemplo palpable que has oído a tu

MARÍA.

Escapada

31 de Julio.

Por leer «La Divina Comedia», que tuve la suerte de encontrar en la biblioteca de mi hermano, descuidé ayer mis tareas para hoi. Por fortuna eran pocas, i me levanté al alba para poder cumplir. Cuando las hube terminado, respiré contenta; parece que me habían librado de un enorme peso; desapareció el mal humor, consecuencia de mi falta, i quedé más animosa i alegre que de costumbre.

Linda vergüenza me habría llevado si no despierto tan al alba! La Directora asistió a clase de Gramática, i pidió a mi maestra que yo leyese la tarea.

¿Qué habría hecho sin ella? Pedir una disculpa; pero... ¿con qué pretesto? No había estado enferma; no había tenido ningún inconveniente. I mentir, me

horroriza! Habría tenido que confesar la verdad i entonces, adiós libritos...

Mi madre no nos prohibe leer, porque sabe que nada leemos sin consultarla, i nunca sin haber cumplido primero con todos nuestros deberes.

Mi profesora, se había estrañado i la Directora se habría llevado de mí una idea falsa, porque ahora no soi desobediente ni floja ¡Qué escapada!

Si parece que me han lanzado del círculo más terrible del Purgatorio, al Paraíso del Dante.

En el hospital

5 de Agosto.

El tiempo quiso favorecernos en nuestra piadosa obra, porque el día de hoi amaneció espléndido.

A las diez pasamos por San Francisco.

Ibamos a San Borja, a derramar alegría en la casa del dolor.

Muchas de nosotras nunca habíamos visitado un hospital, uno de esos establecimientos sostenidos por la caridad de un gobierno que rinde culto a las leyes de Cristo.

Siendo asilo del dolor, imajinábamelo triste, lúgubre; inspirábame al mismo tiempo cierto repulsivo temor.

Fuimos recibidas por la Madre Superiora que indicó al portero la sala que buscábamos. Jiró la puerta de fierro i entramos a un patio estenso, bañado de sol i repleto de jardines cuidados con primor.

Seguimos por un corredor interminable; nuestras pisadas resonaban bulliciosas en la profundidad del silencio.

A nuestra izquierda, flores vistosas; rozagantes de vida y color; a la derecha amplias salas, llenas de camitas blancas, en que consumían su tristeza desgraciada florecitas humanas.

Muchas padecían enfermedades incurables, espantosas... i sin embargo, todos los semblantes revelaban santidad, resignación.

En los rostros, palidez de muerte.

Guiadas por una monja, penetramos a la Sala del Carmen.

Había allí muchas viejecitas; pero de tantas, sólo algunas tenían deudos; las demás decían tener hermanos, sobrinos; pero quién sabía de ellos?...

Otras suspiraban y se negaban a contestar.

Las chiquillas cayeron como alegres golondrinas en aquel cielo de invierno; a su presencia las nubes negras de sus penas se deshacían en sonrisa i en llanto.

– Toma, abuelita, come; me conoces? Te traigo galletas...

Otras, con respetuosa alegría, desparramaban flores en el lecho, o bien las arreglaban con arte sobre sus veladores.

Las enfermas habían olvidado su padecer por un instante, i conversaban según le permitían sus fuerzas. Algunas estaban prohibidas de hablar; pero sus miradas ¡ai! cuánta ternura revelaban!

Una señaló un altarcito a la Virgen del Carmen.

—Sí, le contestamos; ella nos envía a decirle que tenga paciencia, que hai que sufrir un poquito para ganarse el cielo.

Supimos que muchas de esas infelices no tenían a nadie en el mundo.

Algunas habían sido llevadas por la Asistencia Pública, sin que jamás nadie hubiese ido a preguntar por ellas. Otras habían llegado por sus pies, en miserable

estado, haciendo acopio de fuerzas para llegar hasta el asilo en que la caridad alberga. Pobrecitas!

Una dijo fatigosamente a Luisa.

—Pobre... mi hijita!... Quién te ha .. traido?... Donde... estabas?...

I cayó en fatiga. Vuelta en sí, como no podía moverse, la colmaba de cariños con las manos.

La pequeña no hallaba qué decir.

—Te ha confundido, le dijimos.

La monja miró a Luisa.

—Verdad! Esta anciana fué encontrada en la vía pública.

La acompañaba una niñita, su nieta, talvez; ambas gravemente heridas; pero la pobrecita murió a las tres horas después: había recibido una lesión grave en el cerebro.

Esta señorita se le parece, es verdad, i la ha confundido.

Pobre viejecita! Si vuelve en sí, es obra de caridad engañarla, alimentarle su ilusión.

Luisa estaba dispuesta a quedarse.

«Mi chacha», decía; soi la enfermera de mi chacha! recordando el caso de Jaime, en la hermosa relación de Amicis.

Pero la viejecita no volvió...

.....

Regresamos tarde. Traíamos el alma oprimida por las miserias que habíamos presenciado; pero al mismo tiempo dulcemente tranquila por el consuelo que habíamos derramado.

La plantación

6 de Agosto.

Hoi se celebró en nuestra escuela la fiesta del árbol. El último número del programa fué la plantación.

Las secciones se dispersaron con sus respectivas maestras. Las de V i VI obtuvimos lotería. Se nos dió el patio. Los demás cursos hubieron de contentarse con los balcones de sus salas. Allí plantaron sus matitas en maceteros preparados para el efecto.

Al V le correspondió una faja de terreno, al oriente del patio. Al VI, los árboles.

El patio no es estenso; pero cuenta con una veintena de árboles, dispuestos en cuatro filas. Nosotras somos veinte también, i cada una recibió un árbol para su cuidado. En el acto sacamos nuestros aperos i empezamos a cavar la tierra del pie, a limpiarla de priedrecillas i a abonarla convenientemente.

Hecha la taza para su riego, dibujamos a nuestro albedrío, estrellas, polígonos i cuanta figura nos ideó la fantasía.

Reinaba jeneral entusiasmo i todas nos preguntábamos quién iría a merecer el premio ofrecido por la Directora.

Margarita dejó precioso su jardincito; le dibujo una estrella i ribeteó los bordes con conchilla; en el interior plantó un almácigo de primaveras.

Leontina le arregló un círculo; sembró linaza al rededor i distribuyó sectores con no-meolvides.

Algunas llevaron calas, amapolas, hortensias i plantas vistosas i crecidas; pero otras plantaron modestas patillas.

Mi jardin no quedó mui feo. Marqué los bordes con boj i abrí surcos concéntricos en los que planté margaritas i fresias.

Entre ellas quedó un ganchito de pobre aspecto, regalo de Sofía. Me ha dicho que es clemátide. I debe ser así.

Confío en la primavera. Su poder ha de serle benéfico!

Los árboles

8 de Agosto.

Hermoso día el de hoi! Los árboles deben estar contentos del amor que les profesamos. I no lo merecen, acaso? No están siempre allí, cual centinelas mudos, elaborando en secreto la malla de nuestra vida?

Ahora hai muchos convertidos en espectro. Están sin hojas, sin flores, sin nada que los presente a nuestra vista con encanto. Pero porque es invierno. Bien sabemos que el invierno i el otoño son vándalos despiadados; a su presencia la savia se esconde; palidece una hoja, i el contajio se estiende a toda la planta. Sus harapos de oro caen i se reparten a todos los vientos...

Pero esta obra, destructiva en apariencia, es la jeneradora de nueva vida. La tierra, fecundada por el humus, obra en primavera la más hermosa transformación, i las ramas, desnudas i escuálidas, se cubren de lujoso atavío.

Hai, acaso, algo comparable a los durazneros i almendros en flor? Hai nada más ideal que la inflorescencia ruborosa del manzano?

Pasa la Primavera, derrochando flores, pero el Verano, sesudo i grave, las hace fértiles.

Muere la flor, i de ella nace el más delicioso fruto. Los cerezos se cubren de sonrojadas drupas; de los perales cuelgan sabrosos pomos, i los viñedos, aparragaditos en los surcos, apenas soportan el peso de sus racimos, repletos de uvas negras i brillantes como los ojos picarezcos de las muchachas.

En este jiro constante, el árbol es siempre nuestro mejor amigo: ya nos procure un apoyo o un descanso; ya nos abanique con su sombra o nos caldee con sus llamas.

I es un amigo irreemplazable, ¿qué otro sufriría mutilación i muerte por causarnos alegría, placer, descanso i alivio?

Ninguno, tampoco, más fiel. Cuando la muerte nos llama a mejor vida, él se lleva nuestros despojos, i, en la soledad de la tumba, es testigo único de su destrucción.

Convenzámonos de que no hai otro amigo como él, i correspondamos a sus beneficios, tratándolos con cariño.

La olla del pobre

12 de Agosto.

Este año, con motivo de la suspensión de trabajos en las salitreras, se ha visto asediada nuestra capital de un jentío sin hogar i que carece, por lo tanto, de pan i asilo.

Se han acojido a las comisarías, a los conventos i asilos particulares; pero siempre quedan muchas de esas infelices familias pereciendo de todo, mientras encuentran ocupación.

Con el fin de atenderlas, nuestra Directora ha abierto en nuestra Escuela una «Olla del pobre». La ayudan cuantas pueden: Una trae un pan, otra una cebolla, una papa, lo que, reunido, da para el día. Se les prepara un almuerzo sencillo i abundante. Nos turnamos, para el caso, en grupos de a seis: una por sección.

Inspira lástima verlas comer. Con qué apetito devoran su ración!

Andan siempre con un semillero de chiquillitos, i a veces se privan del pan por guardarlo para entretener la voracidad de sus pequeñuelos.

—«Miradlas—nos decía hoi la maestra.—A tal estremo podemos llegar el día menos pensado, cualquiera de nosotras! Una enfermedad, la pérdida de la ocupación, irán agotando uno a uno los ahorros, si es que los hai. Porque a menudo la salud nos hace derrochadoras i nunca nos presenta oscuro el porvenir. Es lo que le sucede a nuestra gente del pueblo, i es lo que de seguro, ha traido a esta miseria a tanto infeliz.

Son fuertes para el trabajo i ganan demasiado bien para vivir; pero todo lo gastan, todo se lo comen, todo lo beben. Para ellos no hai más que el presente. No se acuerdan que son padres de numerosos hijos; i si tal piensan lo componen diciendo:

—«Ya crecerán i nos ayudarán».

Pero la juventud i la robustez no son eternas; no siempre, tampoco, suceden las cosas a medida de nuestros deseos: ya lo veis! Que este ejemplo os sirva de lección. Que os dé más enerjía para el trabajo, a fin de aprovechar las fuerzas de la primavera de la vida.

I que os haga también ser precavidas i económicas. No gastar en lujos, ni derrochar aún en pequeño, lo que andando el tiempo sería un caudal que podríais utilizar.

Pero mejor que mis palabras, pueden hablaros esas mismas mujeres. Veréis que no ando errada en mis juicios. Busquemos a una de ellas e interrogué mosla».

La abuela

13 de Agosto.

Nos acercamos a una mujer alta i delgada que tenía entre sus brazos a una guagüita de pocos meses.

Cojidos a ella, había dos pequeñuelos. Todos tenían la misma espresión de su mirar sereno i triste.

Nuestra profesora la interrogó con bondad, i con mucho tacto para no herir sus sentimientos I ella correspondió con gratitud, descubriéndonos algo de su vida.

Era del norte. Se había casado mui joven. Hasta hace pocos años compartía su suerte con el hombre que la había elejido por esposa. El era minero i poco les bastaba para vivir. Pasaron cinco años, dejándoles el precioso recuerdo de cuatro hijos. Crecieron i, dudurante quince años, les fué la suerte propicia. Eran felices: tenían su casita bien establecida, sus hijos sanos i robustos, su capitalito junto. Pero la dicha se cansó de sonreirles, i por todo lo que había sido buena fué cruel.

Un día trajeron a su marido agonizante: había hecho esplosión una mina, i su esposo quedaba entre los caídos. Venía moribundo; pero sus súplicas deben haber entristecido al Señor, porque su Pancho volvió a la vida

Estaba ciego, sin embargo, i la vida se mostraba diversa ahora debería ella trabajar para él i para sus hijos. Vendió sus prendas i se fué más a la costa. Su trabajo de un mes equivalía a la décima parte de lo que su marido ganaba. Fué preciso ocupar a su Raúl, el mayorcito, i hechar manos de los ahorros que tanto le habían servido en su abandono. Así se pasaron cuatro años. La pena consumió a su Pancho, i murió. Murieron también sus dos hijitos menores. Quedó con Raúl i Toñita. Los dos se casaron, pero ella siguió a su hijo: Raúl era su ídolo, pero su desventura quiso que también muriese.

Esos pequeños eran, pues, sus nietos.

No tienen a nadie sino a ella, que todavía es fuerte i trabajará.

Su hijo, desde arriba, no ha de abandonarla. Tiene una gran fé; pero es preciso buscarse una ocupación. No tiene nada, todo lo ha gastado; pero es honrada i trabajadora. Dios ha de ayudarla.

Se conoce que es mujer buena. La Directora debe haberla comprendido. Se había acercado a nosotras i oído el relato de la mujer. Es madre, i se ha compadecido.

—«Váyase a mi casa,—le ha dicho.— Estoi sin cocinera, i si Ud. quiere, puede quedar a mi servicio».

La abuela no ha sabido cómo demostrar su alegría i le ha besado la mano, diciéndole:

—«¡Dios la bendiga, señora!»

Mala hija

14 de Agosto.

Hoi hemos oido la historia de otra mujer. Cuán distintos son los destinos de las criaturas! Ayer era una mujer que sufría resignada. Hoi, por el contrario, es una mujer que sufre, porque la atormenta su conciencia

Vivía con mis padres—nos dijo—en los alrededores de este mismo Santiago.

Yo no era fea; pero mui vanidosa.

En el colejio perdí lastimosamente el tiempo. Tenía mal carácter i siempre estaba pronta para dar una respuesta insolente o para burlarme de las compañeras modestas.

Les doi estos detelles para que vean cuantos males cercan a la niña que no sigue los consejos de sus padres. Dios las rechaza, les quita su gracia, su apoyo, i quedan entregadas al libre albedrío de sus pasiones.

Mi conducta llamativa atrajo a un joven de esos que buscan a la mujer solo para burlarse de ella i empañarles su honra. Pero yo, que no conocía al mundo, no lo creía malo.

Mi padre, bastante severo, me sorprendió cierto día conversando con Juan.

Se indignó. Protesté i dije que me casaría con él.

—Primero muerta,—repuso.— Ese es un tunante que te hará desgraciada.

Pero nada pudo en mí la terquedad de mi padre, ni los ruegos de mi madre.

I abandoné el hogar.

Después supe que mi buena madre había muerto de un ataque al corazón; que mi padre me acusaba de su muerte, i que había prohibido me nombrasen, porque ya no existía para él.

I entre tanto, cuál era mi vida? ¡Ai! Si los hijos son felices solamente cuando los acompaña la bendición de los que les han dado el ser! La hija que les amarga la existencia, que les acorta la vida i que no los respeta ni obedece, se atrae la cólera del cielo.

Juan huyó conmigo al norte; pero, como profetizó mi padre, era un tunante, i no podía hacerme sino desgraciada. Se dió al licor. I las escenas desagrables que por ello originábanse a lo lejos, fueron repitiéndose diariamente. Era, además, un gran jugador. Perdió cuanto tenía i al fin me abandonó. Quedé completamente sola; porque Dios no me había dado sino un hijo, i éste era sordo i mudo.

No quise trabajar para vivir i llevé mala vida. El niño murió. Tuve otro cuya educación descuidé. Creció como la mala yerba; las malas juntas lo hicieron bebedor. En ese estado me desconocía i golpeaba. Comprendí que era castigo de Dios i me asaltó gran remordimiento. Cambié de vida. Empecé a trabajar i ahorrar.

Vestida de hombre, trabajé en las salitreras. En tres años, durmiendo mal, i comiendo peor, reuní dos mil pesos. Quería regresar a Santiago, buscar a mi padre, llorarle perdón, establecer un negocito i trabajar para él. Pero, al ir en busca del dinero, no estaba. Llamé a mi hijo i no vino; lo busqué i no lo encontré: él me lo había robado!

Nada dije, porque comprendí que era un justo castigo.

Empecé a trabajar de nuevo; pero ya no me acompañaban las fuerzas. Vestí, pues, mi sexo, resignándome a trabajar mucho i a ganar poco.

Sé que he ofendido a Dios. Llevo una existencia maldita; los remordimientos me roen la conciencia; pero estoi arrepentida i trataré de remediar el mal sufriendo la vergüenza de contar mis faltas para que sirvan de ejemplo a las niñas presumidas i rebeldes a la santa autoridad de los padres.

Vean Uds. yo los abandoné, abandonada estoi. I ando errante de un lugar a otro, sin encontrar en nadie compasión.

Concluyó la mujer i nosotras nos retiramos pensando qué suerte le esperaría a la infeliz.

Pobrecita

18 de Agosto.

Cristina se ha correjido de algunos defectos, pero ha descubierto otros peores.

No hace mucho la vieron en el biógrafo, acompañada de un muchacho colorín que dijo ser hermano suyo; anteayer la vió Emilia, escribiendo una carta en el correo, i hoi le sorprendió la maestra una carta amorosa que Cristina se resistía a entregar.

Nuestra profesora no le hizo reconvención alguna; se limitó a entregarle una tarjetita para su madre Pero ha quedado triste. Se conoce que nuestros desvíos le afectan grandemente.

La conducta de Cristina nos tiene avergonzadas. De todas las secciones, la nuestra se distinguía por su seriedad i delicadeza. I ahora?... Ahora, es probable que por la mala cabeza de una se dude de la dignidad de todas.

La madre de Cristina no ha tardado en llegar; pero ésta ha de haberle inventado alguna linda historia cuando no se ha inmutado. I le ha dado en todo la razón a Cristina. «Esa carta no era para ella» afirma; i como no sabe leer, la palabra de la Directora no basta a convencerla.

Mas aún: «yo me casé mui joven—ha dicho; i ésta que no es fea, ya debería estar casada».

¿Quién iba a imajinarse que la madre de Cristina tuviera tal criterio? No es raro entonces que su hija tenga malos sentimientos; con tal ejemplo debería ser peor.

El tortillero

25 de Agosto.

Anoche me quedé con mi prima, entretenida en un bordado que preparamos para el día de la maestra.

I hubo algo curioso.

Al dar el reloj la última campanada de las diez, oyóse a lo lejos el grito del tortillero. Pasa todas las noches, invariablemente a la misma hora, i sus pasos lentos i pesados resuenan en el silencio de la noche.

Nos miramos e instigadas por el mismo deseo, salimos corriendo a su encuentro.

—¿I LAS VENDE TODAS?....

Pch! Pch! llamamos.

Llovía con fuerza. A la luz del farolillo nos inspiró compasión ese hombre, viejo ya, trabajando hasta esas horas de la noche, en un tiempo tan frío.

No llevaba paraguas, i un delantal blanco hecho de sacos harineros era todo su impermeable.

En una mano el farol, en la otra la canasta con tortillas, cubiertas por albo paño. Se adivinaban calientitas i sabrosas, esparciendo su aroma de trigo.

—¿I las vende todas? le preguntó Lucía.

—Sí, mi señorita, dijo con cansada voz; unas poquitas aquí, otras allá; pero siempre con suerte.

Dios nos ayuda, pues, mis señoritas; qué sería de este pobre viejo si, después de haber andado media noche, no reuniera para comer al día siguiente.

—¿Es solo? pregunté con interés.

—Casi solo; pero no me quejo de vivir así, porque más vale solo que mal acompañado.

Tengo una—i se corrijió—un nietecito que ahora me acompaña.

—¿Dónde quedaste, hijito? dijo, mirando hacia afuera.

Nos asomamos i, efectivamente había allí un niño con la misma indumentaria del viejo, i con un gorro metido hasta los ojos.

Una bufanda envolvíale el cuello tapándole boca i nariz.

Lo hicimos cobijarse en el interior de la puerta, pero lo hizo con timidez.

—Ahora trae ayudante, dijo Ricardo, que había seguido nuestros pasos.

—Es necesario, pues patroncito; yo voi estando viejo i me van faltando las fuerzas, casi no veo para trabajar en otra cosa, i mi nieto me dijo:

—«Está mui pesada la canasta para Ud., abuelito. I se va poniendo ciego. Es mejor que la aliviane. Yo

cargaré con el resto i el paseo nos será agradable yendo en compañía».

Vea Ud. no quise i me enojé; pero el chiquillo se puso triste, se enfermó i hubo que darle gusto.

I el remedio no anda mal; porque este mes nos quedó un sobrante que iremos ahorrando.

Ud. no sabe señor lo que cuesta la vida!

No quisimos detener más al pobre viejo, pero Lucía, siempre noble i caritativa, le dijo:

—Véndeme cuatro tortillas, niñito, ya que eres tan buen nieto.

El chico apoyó la canasta en el suelo i sacó las tortillas; pero con ese movimiento, el gorro, que era para una cabeza más grande, cayó al suelo. Aunque lo recojió con rapídez i aunque estaba oscuro, noté una cabeza de niña, con el pelo muy enrollado arriba.

Tuve recelo i la miré a los ojos que no habían quedado bien cubiertos: eran ellos, sí, grandes, azules i tristes, los ojos mismos de Sofía.

Lucía i yo nos miramos instintivamente. Despidióse el viejecito agradecido, i mui lejos ya, percibióse el estribillo de su voz cansada:

—Tortilli...tas calien...tes!

Las tortillitas bue...nas!...

Nobleza

26 de Agosto.

Ahora he comprendido mui bien la reserva de Sofía. La pobre lucha entre la miseria i el amor propio. Es pobre, mui pobre, i por eso nadie conoce el misterio que la rodea. Sin embargo, lo he descubierto. La verdad: no sé por qué me ha alegrado ese percance.

Sofía de tortillera! A saberlo Auristela, cómo se burlaría! Ya me parece verla, dibujándola vestida de niño i con un gran canasto de tortillas calientitas.

Es tan orgullosa doña Sofía que no la puedo pasar. No tiene más amiga que Anjélica; parece que a todas mirara en menos como si fuera una gran dama. Su orgullo la hace reservada, i si aconseja i consuela es por vanidad.

Sin embargo, mis compañeras la quieren: ¡vaya la trampa en que se han cojido!

Hoi estuve deseando verla llegar para observar que cara ponía. Pero no fué. Cómo sería su despecho!

Lucía había hecho el mismo descubrimiento.

Sé que confiar un secreto a mi prima no es divulgarlo, i se lo he confiado; pero ella me ha respondido:

—«¡Ya lo sabía!»

Nunca olvidaré la pena con que Lucía me habló:

—María ¡qué cosas piensas! Sofía no es mala, tiene un gran corazón, ¿no ves a los peligros que se espone por ayudar a su abuelo?

Lo haría una que fuese de alma dura? La pobre chiquilla ha sido criada con regalía i hasta con cierto lujo; de ahí que ahora la mortifique su estado, su atraso, i se disfrace con esa máscara de soberbia.

Pero en el fondo es buena!...

Tuve vergüenza de mi misma i oculté el rostro.

—¡Buena! sí! Tienes razón, Lucía. Ella es mejor que yo!

I luego, movida por espontáneo impulso, dije:

—¿Quiéres que nos convirtamos en amigas suyas?

—Sí, me respondió; yo también lo quisiera; pero es mejor que ni tú ni yo nos demos por advertidas del descubrimiento hecho. Sufriría una humillación constante, así como es su carácter.

Es mejor que nos guardemos para nosotras lo que ha pasado.

La noche estaba oscura i no tardará en convencerse de que no la hemos conocido.

¿Qué sacaría con nuestra amistad?

¿Consolarse? Quizás no. Al contrario, lo miraría por limosna i, en su carácter orgulloso, sufriría más.

Dejemos mejor, al tiempo, la ocasión de poder servirla.

El matrimonio

30 de Agosto.

Parece que no es Cristina solamente la que oculta pololeos. Hai varias que por ser grandecitas se creen con derecho para incurrir en tan afrentosa diversión.

La maestra lo ha advertido, porque hoi ocupó la hora de Relijión en darnos consejos saludables.

La misión de la mujer — nos dijo— es mui difícil; pero más aún la misión de madre. Yo no cumpliría con mi deber si dejara de aconsejar a Uds. sobre este punto tan difícil i tan pretendido por muchas. Hablaremos, pues, del matrimonio.

Uds. saben que el matrimonio fué instituído por Dios, que es un sacramento i que, por lo tanto, santifica, Yo agregaré que el matrimonio es un lazo atado por Dios i que ningún hombre puede desatar. Hai que pensar mucho antes de atarse, o lo que es lo mismo, antes de casarse.

La esposa tiene miles de deberes que cumplir i millones de peligros que evitar.

Debe estar segura de poder cumplir con Dios i de no dejarse vencer por el demonio. Lo que no es difícil conocer. En el primer caso las llevará el solo deseo de huir del pecado i de formar una familia honrada i virtuosa. Pero si es el demonio quien les dice «cásate» las guiará el interés o la vanidad.

Si después de haber pensado en lo anterior, ven que su matrimonio es obra de Dios, mui bien, cásense.

Como novias deben ser más delicadas i dignas que antes. No dében conversar con su novio sino en presencia de sus padres o personas de respeto. Nunca, nunca, a solas. Si las atormenta algún pensamiento impuro, deben rechazarlo con enerjía, porque no hai nada que Dios ame más que la pureza. Nos ha dado una gran pueba: nacer de una Virjen.

La virjinidad se pierde con el matrimonio; más la Santísima Virjen no la perdió. Los impíos se burlan de esto, pero es porque son impíos. Nosotras, como cristianas, debemos respetar los misterios de nuestra relijión. Dios que ha hecho las hermosas estrellas i las delicadas flores, hizo también, con su gran poder, el gran milagro de que María quedase pura después de nacer Jesús.

Otro deber tienen las novias: estudiar mui bien al que va a ser su marido. Si es vicioso, huyan de él! No se casen! Yo les voi a decir por qué: un hombre que tiene vicios es inmundo, repugnante i manchará con su cieno la pureza de sus corazoncitos. I no las ama! Es mentira que las ame! Lo blanco no puede ser negro a la vez. I si gusta del vicio, podrá respetar la virtud de Uds? Imposible! Huyan del hombre jugador, del bebedor, del tunante, porque les dará mal tratamiento a Uds. i mal ejemplo a los hijos; las hará sufrir i las precipitará en la miseria.

Desprecien! Lancen un puñado de tierra al rostro del hombre impuro que les falte al respeto con miradas, palabras o actos; si tal hace, es porque solo desea burlarlas, deshonrarlas! No se dejen ni siquiera tomar un dedo!

Lo más precioso en la mujer es la pureza i el pudor. Miéntras más las respete un hombre, más las quie-

re. I por lo mismo, no les pedirá jamás un beso, ni, las seguirá por la calle, ni las buscará nunca a solas ni evadirá la presencia de sus padres. El hombre malo hará todo lo contrario. Ya saben qué.

Otro cuidado que deberán tener es estudiar el carácter del futuro esposo, es decir, conocer sus defectos i buenas cualidades.

Hai hombres que parecen buenos i son unos bandidos. Parecen mui educados, mui finos, i tienen sentimientos crueles o carácter inaguantable. I si Uds. son también asi... ¡por Dios! ántes del año habrán peleado cien veces! la vida se les hará insoportable, i si viven en perpetua discordia, qué ejemplo van a dar a los hijos?

Entre los esposos debe reinar el amor; deben consolarse mútuamente i gozar juntos hasta que Dios les envíe la muerte. De otro modo la felicidad durará tanto como un fósforo encendido.

Otro consejo quiero darles: no sean coquetas. Los hombres buscan a las niñas coquetas para pasar el tiempo, i si pueden las deshonran. Para esposas buscan mujeres virtuosas, buscan perlas, i no niñas empolvadas ni pintadas que callejean a todos los vientos i que como los trapos de las tiendas están sucias.

I si se casan, deben guardarse fidelidad. Si faltan a la lealtad que deben a su marido, merece que se las eche de cabeza al infierno.

Como ven, mis chiquillas, en el matrimonio hai muchos estorbos para llegar al cielo. Las que estén en duda, abran el corazón a sus padres, i oren mucho, mucho.

Como tarea, deben decirme, por escrito, qué piensan sobre esto, i si seguirán mis consejos. Hai algunas; mui chiquitas pero no importa. Todas son mujeres, i deben saber conocer los peligros para que si por desgracia la mamá les falta, sepan cómo defenderse de los lazos de los hombres malos.

El secreto del águila

2 de Setiembre.

Tengo una amiguita que es un encanto. Se llama Libia. Es pequñita, frájil i delicada como una flor, en su rostro de inocente belleza juguetea siempre la risa, esa risa fresca i acariciadora que rebalsa de los corazoncitos no maculados aun por las penas. Así es Libia, i por eso su presencia es el rayo de luz que se enreda a mi alma en los días grises, i la nota más preciosa de las alboradas en que reluce el sol.

Ella —la hechicera—corrió esta mañana a mi encuentro, brillándole, como perlas, dos lágrimas en sus puros ojos, i me dijo con acento dulce y triste:

—¿Ves cómo murió?...

—Sí, mi encanto, le repuse, pero para volver a vivir.

En la luz de su mirar comprendí el esfuerzo de potencia intelectual que hacía para entenderme, i añadí besándola:

—Que no está la Virgen en los cielos?... Pues, para vivir con ella!...

*
* *

La noticia cruel que a los grandes estremeciera dolorosamente, había llegado hasta su sensible almita de flor, i como su fulgente intelijencia percibía con más claridad que otros niños de su edad, intenté consolarla con engaños, i atraer su pensamiento esquivo hacia otra cosa que no fuera ni la sombra de un pesar.

No sé por quién supo la fatal caída de los aviadores, esparcida no sé si por el aire mismo de uno a otro con fín de Chile.

I ella, que con tanto júbilo azotaba otras veces sus palmitas, mirando riente cruzar el cielo a esas aves negras, inmensas, cuyos graznidos remedaba tan bien

el aire, ahora miraba ese mismo cielo, i con cierta penosa insistencia repetía:

—«¿Ves cómo murió?»

No quiso juguetes ni caricias, instándome a que le contase la verdad. Inventé una mentira inocente; pero Libia, incrédula, no aceptó; se quedó pensando i luego, con injenuidad me dijo:

—Sí, te creo;... pero acaso me prometes que en el cuento de esta noche figurará Tucapel.

Si no la hubiese conocido, me habría admirado su astucia, su manera de obligarme a contarle la verdad. Atraje hacia mí su cabecita de sedosos bucles i la besé con cariño, afirmándole:

—Sí, mi querida, te lo prometo.

* * *

Mucho ántes de la hora en que acostnmbraba sentarse en mis rodillas para oir el cuento que, por lo jeneral, la adormía, estaba ya en mi falda, rodeando con un bracito mi cuello, apoyada su cabecita en la mía, i fijas en el estrellado azul sus envidiables pupilas. Se comprendía que iba a beber ansiosa mis palabras.

Yo empecé:

Erase un pais mui lindo, con un cielo azul tan puro como tus ojos, Libia, i con sus campos llenos de flores tan hermosas como tú. Dicho país no tenía rei, porque lo habitaban hombres mui valientes, mui audaces i orgullosos que habían peleado bravamente hasta romper los gruesos barrotes de la jaula que los mantenía esclavos.

Los pequeños jigantes vencieron i al ser libres no tardaron en crear el distintivo de las naciones soberanas: la bandera. Fué ésta, roja como el heroismo que inflamó los corazones, como la sangre que bautizó los campos; azul como el cielo que resplandeció al vencer

i alba como las nieves que allá en las cumbres consume el sol...

—¿Adivinaste, querida, cuál es el nombre del país de mi cuento?

I ella, olvidando su pena, me dijo con cierto orgullo:

—¿Verdad que es Chile, el hermoso, el valiente?

Premié con una caricia su alborozo i continué: Pues, en un jardín de este hermoso Chile, jugaba una vez una pequeña, mucho más linda que las rosas, infinitamente más pura que los lirios. El sol reverberaba, infundiendo calor i vida. I allá sobre la bruma azul de un monte, la blanca imajen cobraba vida para implorar:

—«Bendice, Hijo mío, el país que yo bendigo».

De repente, siluetas fujitivas cruzaron el espacio, ensombreciendo tenuemente el resplandor del día.

Miró la pequeñuela i, al descubrir las golondrinas, envióles un beso con sus yemitas de rosa i dijo:

«Linda, tú que puedes, llévaselo a la Virjen»...

Adivinas, querida, le pregunto, quién es la pequeña hermosa de mi cuento? I ella me responde:

—¿Quién, pues, sino yo?

Prosigo entonces:

Se fué la golondrina a cumplir la órden de la dulce flor que en el jardín había, i tras ella apareció en el cielo, graznando de contento, una cohorte de inmensas águilas; adelantóse una, la más gallarda, i pasando sobre el jardín i la pequeña, siguió la misma ruta de la golondrina, describiendo con sus alas poderosas una aureola en torno de la Virjen.

Arrobada la hermosa pequeñuela, suplicó:

—«El águila!... que venga!... la Virjen le ha dicho un secreto... yo quiero saberlo!»

I rompió a llorar. Para calmar su llanto, para cortar su fiebre, hubo que traer al águila. Cuando la vió navegar en el espacio, como otras tantas veces, i venir

hacia ella hasta posarse en tierra, prorrumaió en risas de cristal: era un juguete!... Pero luego, al ver que del juguete saltaba el aviador, corrió a su encuentro i abrazándose a él, le dijo:

—Tú eras el águila, no? Pues, dime ahora lo que te dijo la Virjen.

—Sonrió el aviador i le dijo:

—Que te diera un beso, encanto.

—¿Un beso? esclamó ella, batiendo sus manecitas; dámelo, que me devuelve con el águila el beso que le llevara la golondrina...»

I la infatigable águila del espacio, de alma franca i buena, como un niño, fué de la pequeña un sincero amigo.

—¿Lo conoces, tú, querida Libia? I la niña, con voz dulce i tierna murmuró a mi oído:

—Era Tucapel!... continúa!...

Creí que, como en otras noches, la pequeña estaría dormida a mitad del cuento, i que no alcanzaría a vislumbrar el fin. Pero, al revés de otras veces, los latidos impacientes de su corazoncito habían espantado el sueño, i su mirada, perfectamente en sí, posábase inquieta en las profundidades del cielo, desde donde, sin duda, la miraba Tucapel.

Como no supiera darle un final al cuento sin hacer sufrir sus precoces sentimientos, ocurrióme decir:

—¿Te gustan las estrellas?

—¡Preciosas! me respondió con vehemencia. Yo tuviera una...

—Pues, la tienes, querida, le repuse. Esa estrella brillante que promueve en tí dulce encanto; esa estrella rubia que te sonríe con bondad es el alma de Tucapel...

Azotóme el rostro con estraña mirada i ordenó:

—Esplícame!

Yo contuve los latidos de mi pecho, pidiendo al cie-

lo cómo acabar sin herir su delicada almita de sensitiva, i espliqué:

—Todos tenemos una estrella oculta en nosotros: esa estrella es el alma. Hai estrellas opacas, es decir, que no brillan, i eso es porque han querido bastarse a sí mismas i vivir sin Fé; sin la maga que enamora e ilumina con sus fuerzas; es porque esas almas no son como el águila que bebe en su alto vuelo toda la luz de lo creado, sino que se pierde, como el murciélago, en las tinieblas de la tierra, debilitando su poder ideal i desarrollando sus facultades voraces i crueles.

El alma de Tucapel, que supo remontarse más alto que el águila, brillaba con el fulgor que sus actos tras lucían. Por su bondad te quiso, i en tí, con lealtad a sus amigos; su espíritu brillante comprendió lo que en sí encerraba: el heroismo de su raza, el valor de los que con su sangre dieron el rojo a su bandera, i comprendió que podía igualarlos. Por eso, no titubeó en luchar con el viejo dominador de misterios, siempre oculto en la claridad del espacio. Obtuvo brillantes victorias contra su desconocido i traidor enemigo, pero—él también lo sabía—sus artimañas, mil veces más poderosas que las alas de fierro que lo elevaban, i que la voluntad atrevida que las dirijía, debían vencerlo... debía ofrendar su vida, sí era preciso, i tras él vendrían otros, que vencerían al fin, pues los hijos de Chile sólo han sabido vencer o morir.

Talvez no comprendas, dulce niña mis palabras, i te lo esplicaré mejor... Un día como ese en que tú estabas en el jardín, Tucapel volaba en su águila de fierro, confundiéndose con las nubes que curiosas lo miraban.

Estaba a mucha altura, mui léjos de la tierra i mui cerca del cielo. Entonces, Dios dijo: «Almas tan rectas, corazones tan leales, espíritus tan valientes como éste, no merecen quedarse en la tierra; i ya que andas es-

cudriñando el cielo, yo te atraigo para que desde aquí alumbres i tu recuerdo hermoso sea la estrella que guíe a los hijos de mi amado Chile».

I como su voluntad es única, cojió el alma i la incrustó en los cielos, i allí brilla, como hermosa estrella. Su cuerpo, falto de luz, cayó pesadamente para convertirse en polvo, que polvo era. Ante esos restos queridos nos inclinamos todos; pero su espíritu engrandecido por el sacrificio que a su patria hiciera, nos sonríe desde allá, i quién sabe si es la misma rubia estrella en que tú posas suavemente el alma.

Al terminar, miré a Libia i estaba dormida. Su semblante de inocente belleza sonreía en dulce sueño. Vería a Tucapel, sin duda, porque decía:

—Me habías engañado, no? Al fin supe lo que te dijo la Virjen...

Dile que me lleve... yo también quiero ser estrella!

Venganza

6 de Setiembre.

Auristela tiene mucha facilidad para el dibujo. I no le falta injenio. Sus cuadernos están adornados con preciosas ilustraciones, i en su borrador hai un verdadero enjambre de figuras que representan todo lo creado. Con unas cuantas líneas traza unas figuras i con otras les dá espresión.

Hoi nos mostró una caricatura en la que reconocimos a Leontina. Habíale exajerado sus defectillos, poniéndole piernas de piden, cabellos hirsutos, erizados, diverjentes i en zig-zag.

Le había puesto una redondilla al pié, reconociéndole su talento matemático.

Leontina lo vió, se enojó i descargó su ira en estas palabras: «me he de vengar».

Nadie le hizo caso; pero esta mañana, al regar mi jardín, noté marchito el de Auristela: las plantas más bonitas habían sido arrancadas de raíz.

— ¡Han destruído tu jardín, le dije, en cuanto llegó!

Corrió ella i quedó cortada. ¿Quién habría sido?

Leontina, desde el galpón, miraba de reojo.

— ¡Ah! dijo Auristela al verla, has sido tú!

—Sí, yo fuí. No te quedarán ganas de reirte de mí. I echó a correr.

Cojimos las matitas con sumo cuidado i las plantamos de nuevo. Por fortuna les favoreció el día. En la tarde, sus hojitas estaban más frescas. Parece que no morirán.

Nuestra profesora ha hecho que Leontina ceda sus sus plantas a Auristela, i la ha desterrado del jardín.

La cartera

8 de Setiembre.

Ofelia vive en San Miguel. Al pasar por la Gratitud, encontróse una cartera. Miró asustada, como si fuese a cometer un robo; la cojió i echó a correr hacia la escuela.

Nos contó el hallazgo.

—¡Qué suerte! decíamos.

—¿Qué hare? nos preguntó.

—¿Qué? repuso Cristina. Pues, ver lo que hai adentro.

Ofelia obedeció.

—Ah! billetitos! esclamó Yolanda:

Yolanda, es hija de un italiano: anda siempre con

dinero i es mal querida por su aspecto sucio i desaliñado.

Tienes para tí i para nosotras, agregó.

A ver, contemos.

I contaron: cinco... diez... quince... veinte pesitos. ¡Hola! aquí otros veinte!

Son cuarenta pesos justitos i cabales.

Miren!.. i un anillito.....

—Pruébatelo!

—Sabes que te queda bien? No es malo el regalo que te han hecho.....

—Eso no les pertenece, dijo Lucía.

—¿Que nó? Pues oye. Todo es de ella con tal de que a nosotras nos festeje con dulces i helados.

—I a mí con una postal para mi colección, dijo Anjélica.

—I a mí con un librito de cuentos..... interrumpió Leontina. ¡Claro! para qué fué tonta la dueña? Cuando se anda con plata se debe ser más lista!

Delia, Sofía i otras apoyamos a Lucía. Ese dinero no les pertenece!

Ofelia en lucha con su ambición no hallaba qué hacer. De pronto dijo: ¡ah!..... la señorita! i corrió en su busca.

Nosotras la seguimos.

La maestra sonrió contenta. «Así las quiero, dijo; honradas i de buenos sentimientos. Es un consuelo saber que no siembro en vano.

Eres honrada. Es tu deber! Pobre dueña! Así como puede ser una rica, puede ser una infeliz necesitada. I aunque fuera rica, no es suyo este dinero? Hai que devolverlo. Yo pondré un aviso en los diarios».

Puso el aviso, en efecto.

Se presentaron dos señoras, pero no coincidían las señas.

Aida, que no había venido el día anterior, llegó oje-

rosa. Se conocía que no había dormido, venía a entregar los libros i a despedirse. Se iban a cambiar a casa de una tía que vive en Recoleta; la dueña del departamento en que habitaban, las despedía porque su madre no pagaba. Había perdido la cartera con los cuarenta pesos de la pieza i un anillito que pensaba empeñar para completar los dos pesos que faltaban

La noticia cundió rápida.

¡Qué contento el de la chiquilla cuando supo que su cartera no estaba perdida! Quiso correr a llevársela a su madre.

Pero Lucía dijo:—Espera, hagamos una colecta. ¿Cuántas habemos?... Veinte! Nos toca de a diez centavos.. juntemos los dos pesos que faltan.

—Sí, sí, dijimos todas, saltando de gozo i buscando en los bolsillos, en los libros, en los estuches la moneda.

—Falta mi cuota, dijo la maestra. I puso una moneda de a peso.

Aida, trémula de alegría, corrió a llevar a su madre la feliz nueva.

Mostacho

10 de Setiembre.

La ida de Fresia no fué un motivo para suspender nuestra hora de lectura matinal. Quedaban Delia, Lucía, Emilia, Laura i otras, incansables para leer, i que siguen con verdadero interés el diario de Enrique.

Hoi estábamos reunidas como de costumbre. Floránjel leía el capítulo «La maestra enferma». Estábamos algo tristes, porque la maestra de la primera superior nos hacía recordar a la del III «B». Como aquella, está postrada hace ya largos meses, sufriendo de

la misma enfermedad. I no mejora. Parece que la sección va a tener que llorarla.

Ofelia entró de improviso i nos distrajo. Luisa que es mi compañera de banco, me dijo a media voz:

—Mira, Ofelia trae un gatito; le he divisado la colita...

Todas deben haber hecho la misma observación porque ya nadie atendió.

La maestra nos miró sonriente:—«Mis chiquillas son tan guagas todavía como lo eran doce años atrás», dijo.

I a Ofelia:

—¿Un alumno?...

Ofelia se levantó, alzando un monísimo gatito.

—No quise interrumpir la lectura, señorita, por eso no hablé antes. Me lo he traído, porque lloraba, perdido en la vía pública.

¡Pobrecito. ¡Lo habrían atropellado los carruajes!

Pregunté en toda la cuadra, casa por casa, i no encontré al dueño. Nadie tampoco quería recibirlo.

A todo esto nosotras habíamos cercado a Ofelia, deseosas de tomar el gatito. ¡Qué lindo era! Nuevito, chiquitín, gracioso, negro i felpudo, no tenía sino los mostachos blancos. I eran éstos tan largos i abundantes que daban a su carita diminuta un aspecto que movía a risa.

I parecía estar contento, porque enarcaba el lomo, roncaba i nos hacía arrumacos.

Raquel hizo una pelotita de papel i se la tiró. Al instante cambió de actitud; dilatáronsele las pupilas; un rayo de fuego pasó por sus ojos de esmeralda, i de pacífico i regalón, se trasformó en pequeña fierecita.

—Qué haré con él? dijo Ofelia. En mi casa hai un gato i mataría a éste porque es celoso.

—Yo me lo llevo, propuso Luisa, porque en mi casa no hai gatitos, i a mí me encantan.

I Luisa se lo llevó; pero a la tarde volvió con él; la mamá no había querido admitirlo.

Ofelia no puede ver sufrir a nadie; trata a los insectos con cariño, a los pájaros con dulzura i a los animales con mimo.

La vuelta de Mostacho (porque así hemos dado en llamarlo) pareció alegrarla. Una idea! dijo. Aquí no hai gatos i sobran ratones. Será de todas! I, terminado el año, lo llevaré conmigo.

La idea fué aceptada con entusiasmo. La maestra no se opuso. La Directora tampoco.

Henos, pues, con un inesperado pupilo.

El secreto

12 de Setiembre.

Tenía razón mi prima. Sofía no es mala. Hoi ha dado hermosa prueba de ello. Nos llamó a solas i nos dijo:

—Es inútil que demuestren no haberme conocido; yo les agradezco en el alma su jenerosidad, pero más les agradecería que me tendiesen francamente su mano amiga. Estén seguras de no herirme; al contrario, les quedaré agradecida. Yo no las conocía bien i creí que el hecho se iría a divulgar por toda la escuela. Pensando en ello me afiebré; pero ya han pasado quince días i nada se sabe. Debo, pues, darles las gracias.

Quiero también que conozcan mi historia:

Hace ocho meses que acompaño al viejecito en esa forma. No es mi abuelo, como Uds. creen i como yo también un tiempo lo creí. Es mi protector, mi amparo, mi todo en este mundo. Era una guagüita recién nacida cuando él me encontró en la acera, yendo a vender sus tortillas. Me recogió, me puso en la canasta i volvió a su casa.

Vivía entonces con su mujer y no tenían hijos. Me educaron con mimo i me han llenado de cariño para reemplazar el de los padres que no he conocido.

El está mui viejo i no puede trabajar. Yo que soi firme i resistente, no debo ayudarlo? Pero me reconozco débil, soi orgullosa i no puedo vencerme. Mi secreto me mata i el desprecio de los demás me exasperaría i volvería loca.

Todas no son como Uds. Me hacía falta una amiga, i ahora soi feliz, pudiendo confiar en dos.

A la pobre Sofía se le habían nublado los ojos. Nosotras estábamos lo mismo, i, en idéntico impulso, Lucía i yo la estrechamos en elocuente abrazo.

—Gracias! le dijimos; te querremos mucho! i todo nuestro cariño será poco para lo que tú mereces!

El día de la Patria

18 de Setiembre.

La ciudad despertó hoi al estampido de las salvas.

Las casas, remozadas i alegres, ostentaban en sus frontis el glorioso tricolor chileno; recorrían las calles bandas de músicos, entonando himnos marciales i seguidos por una turba de alborozado populacho

En nuestra escuela reinaba jeneral entusiasmo. Todas reían, esperando impacientes el comienzo de la fiesta. I cuando hubo empezado, cada número del programa arrancaba ensordecedores aplausos.

La Directora leyó en alta voz el nombre de las alumnas distinguidas e hizo entrega de los premios de honor: dos magníficas banderas de seda, regalo del Inspector de Instrucción Primaria a las secciones más aprovechadas i asistentes.

Berta Reyes, del II año, i Lucía, de nuestra sección se adelantaron a recibirlas, en medio de calurosas felicitaciones.

Adriana detuvo a Lucía, i exaltó el patriotismo, recitando con sin igual arrogancia «Al pié de la bandera», orijinal i hermosa poesía de don Victor Domingo Silva.

La maestra del V «B» concluyó por arrebatar nuestro entusiasmo al recordar, en lijeros rasgos, el conocido oríjen de nuestra emancipación, i al impulsarnos a engrandecer por algún medio la patria ideal que poseemos.

Seremos, pues, sinceras i estudiosas, amantes de la escuela i del hogar, para que los años nos rodeen de familia hidalga i noble, tan dispuesta a cumplir con la sagrada lei del trabajo i del deber, como a dar su vida, si lo exije el honor.

Arrepentimiento

19 de Setiembre.

Días de fiesta, en asueto, i yo enferma. ¿No es una burla? Pero bien merecido me lo tengo. Si no hubiera desobedecido, no estaría hoi sufriendo cuando todos gozan.

Mi mamá no puede ver que nos cambiemos de ropa cuando llegamos ajitadas; pero yo contradije sus órdenes; me resfrié, me afiebré, i aquí estoi con un dolor de cabeza insoportable i con los síntomas de la influenza.

Todos los de mi casa han salido; sólo mi madre i Lucía se han privado de paseos por cuidarme i acompañarme.

¡Ah, Lucía, cuán buena eres! I tú, madrecita mía, cuán jenerosa i abnegada! Premias con un acto de amor la desobediencia de una hija caprichosa!

La enfermedad no me duele; duéleme el dolor que te he causado, las penas que de mí ocultas, pero que traslucen a tu rostro bondadoso i triste. Si nó, por qué no me acaricias como antes? Por qué no me aduermes con tus besos? Estoi arrepentida! Perdona a tu María, i vuélvele tus besos de amor sin los cuales no puede vivir.

Absuelta

19 de Setiembre.

Ya estoi feliz! Mi madre me ha vuelto su ternura, i ella sola ha bastado para apurar la mejoría.

No pude resistir más, i me eché a sus brazos, rogándole el perdón. I mi madre ha llorado conmigo.

—«Tus desobediencias me clavan como espinas,—me ha dicho—pero tus lágrimas de arrepentimiento me saben a gloria. Ya no volverás a ofender a tu madre, que vive por tí.

«Olvidemos lo pasado i véte a gozar de la paz que procura a la conciencia de los hijos, el amor i veneración hacia sus padres».

Caridad

20 de Setiembre..

Hoi salí con Ricardo i mi prima para ver qué novedades presentaban las vidrieras de las grandes casas

comerciales. En el trayecto nos llamó la atención un auto repleto de caritas infantiles, risueñas, alborozadas; con la boquita sonriente i los ojos mui abiertos en continua interrogación.

—Son los huerfanitos, dijo Ricardo. El júbilo de las fiestas patrias jamás había llegado hasta ellos. Como si no tuviesen derecho a la alegría que inunda el corazón de todos los chilenos.

Un particular, un modesto chauffer, reparó este olvido, i ahí lo tienen Uds. en plena ejecución de su caritativa obra.

La idea no ha podido ser más noble! Pobrecitos! cómo traslucían su contento! Ellos que no tienen juguetes, ni hermanitos, ni conocen la ternura maternal! Si es grande la caridad con los necesitados, más grande es para con estas pobres criaturas, florecitas inocentes, condenadas a sufrir el abandono de padres sin corazón ni sentimientos.

¡Quién pudiera darles la felicidad de una madre como la mía; quién pudiera compartir con ellos la ternura de mi hogar!

Carta a mi prima

24 de Setiembre.

Mi dulce Estela:

No podías haberme alegrado con noticia mejor. Al fin ha resuelto tu papá lo que nosotros hemos deseado siempre! Para qué seguir viviendo en un lugar que les renueva un triste pasado i al que no le anudan lazos de familia ni exijencias comerciales? Porque no has de negar que Valparaiso les ha sido fatal. Viniéndose a ésta, tengo, el presentimiento de que todo ha de cambiar, pues recuperarán fortuna i salud.

Nos veremos a menudo, conocerás a Lucía i la querrás mucho, porque es verdaderamente encantadora por su intelijencia i bondad. Conocerás también a mi maestra por la que ya tienes tanta simpatía, i a muchas de las compañeras que conoces de nombre.

¿Recuerdas a Auristela la hija del militar retirado? Ha mejorado notablemente de carácter i desde aquel día de la «buena acción» se muestra mui bondadosa con Margot. Adriana está ahora mui amiga de Lola; aunque la amistad se rompe si ésta ofende a Chile. Adriana es mui patriota i mui buena hija, lo que hace pensar que sea excelente amiga.

Teje mui bien, i como no es egoista, tendría verdadero placer en facilitarme algunas muestras para tí, que tanto gustas de esas labores. Adriana fué la que dió la nota alta en las fiestas de Setiembre con su patriótica recitación. Ponía el alma en cada estrofa i la interrumpían para aplaudirla. La poesía te la he copiado gustosa. Es harto linda, no?

Vente, prima! aquí pasarás deliciosamente! I te lo ruego a tí, porque estoi cierta de que las decisiones tuyas son las de mis tíos.

Mis cariños para ellos i para tí de tu prima

María.

Al pié de la Bandera

(Víctor Domingo Silva)

¡Ciudadanos!
¿Qué nos une en este instante, quién nos llama,
encendidas las pupilas i frenéticas las manos?
¿A qué viene ese clamor que por el aire se derrama
i retumba en el confin?

No es el trueno del cañón,
no es el canto del clarín,
es el épico estandarte, es la espléndida oriflama,
es el patrio pabellón
que halla en cada ciudadano un paladín.

¡Oh, bandera,
la querida, la sin mancha, la primera
entre todas las que he visto! Cómo siento resonar
no en mi oido, sino dentro de mi ardiente corazón,
tu murmullo
que es alerta i es arrullo,
tu murmullo que es consejo en la tertulia del hogar
i que en medio de las balas es rujido de león!

¡Cómo siento que fulgura, con qué ardores,
la gloriosa conjunción de tus colores,
flor de majia, hecha de fuego, de heroismo, de ideal.
¡La bandera! La soñamos inmortal
con su blanco, con su rojo, i con su azul en que des-
[cuella,
perla viva i colosal,—
esa estrella
arrancada para ella
al océano de luz del cielo austral!

La hemos visto desde niños, la queremos
como amamos a la novia, con supremos
arrebatos, con ternura, con unción.
Ella vive palpitante en las visiones familiares
de los días escolares
i al mirarla hecha jirones nos parece
que ella grita al desgarrarse, porque mece
lo que aun queda en nuestras almas de esperanza i de
[ilusión!

¡Todo pasa! Viento trájico i siniestro
nos arranca lo que amamos, lo que es nuestro,
padre noble, dulce madre, tibio hogar.
Somos huérfanos; erramos, dolorosos peregrinos,
por insólitos caminos
i al azar...
¡Sólo tú, bandera, quedas; sólo tú, que nunca mueres,
porque tú eres
toda el alma de la patria, bajo el cielo o sobre el mar!

¡La bandera! ¿Quién olvida
que ella ha sido como un hada para nuestra edad flo-
[rida?
¿Quién al verla que, a pleno aire, se levanta
no la advierte como un alma enamorada de la vida?
¿De qué trémula garganta,
en los grandes dias patrios, se escapó una nota sola,
a que no haya respondido
como el eco más sentido
la bandera que tremola
en lo alto de un madero carcomido
de la escuela, de la iglesia o del torreón?...
¿Qué muchacho, entre la gresca vocinglera
de Setiembre, malamente disfrazado
de soldado,
no ha jurado
convertirse en héroe patrio i defender de su bandera
hasta el último jirón?

¡Oh, bandera! ¡Trapo santo!
Hai ingratos que te niegan, que se burlan del encanto
con que envuelves i fascinas, que no entienden el len-
[guaje
de tu risa i de tu llanto.
Mientras tanto
yo sé bien que no hai ninguno que nostáljico te mire,

i no tiemble i no suspire
i no llore en tu homenaje.

Yo sé bien que a más de un pobre desterrado
toda el alma en un sollozo has arrancado,
cual se arranca el duro hierro de una herida,
cuando errante por naciones estranjeras
con su fardo de dolor,
ha observado que entre un bosque de banderas
sólo falta la que amó toda la vida
¡la bandera tricolor!
Yo sé bien lo que se siente cuando a solas
desde un barco, mar afuera, entre las olas
se percibe la silueta de un peñón
i sobre él, a todo viento, la bandera,
la bandera que saluda cariñosa,
la bandera que es la madre, que es la esposa,
el hogar, la patria entera,
que va oculta en nuestro propio corazón!

Yo no sé cuándo es más grande la bandera:
si en el campo de batalla,
inflamada por relámpagos de cólera guerrera
i deshecha por el plomo i la metralla,
o en el alto tijeral del edificio
que levanta en plena urbe su armazón
i donde es como un heraldo de alegría,
porque no se ha consumado el sacrificio
del que rije, con heroica bizarría
el compás de su martillo por el ritmo del pulmón.

¡Ciudadanos!
Que no sea la bandera en nuestras manos
ni un ridículo juguete, ni una estúpida amenaza,
ni un hipócrita fetiche, ni una insignia baladí.
Veneremos la bandera

como al símbolo divino de la raza:
adorémosla con ansia, con pasión, con frenesí,
i no ataje nuestro paso, mina, foso ni trinchera,
cuando oigamos que nos dice la bandera:
«Hijos míos! Defendedme! Estoi aquí!»

La conciencia

27 de Setiembre.

Nuestra profesora trajo hoi una novedad. No es raro que así sea, porque siempre está pensando en la manera de hacernos amar i practicar la virtud.

En cada puesto había una libretita con este título: «La conciencia». Luego nos llamó la atención hacia dos ramos: ámbos eran de botones de rosa, pero uno se observaba fresco, hermoso, fragante; el otro, seco, feo, i el agua del tiesto en que estaba colocado, exhalaba olor nauseabundo.

—Aquí tienen—dijo, mostrando el ramo hermoso—la conciencia de una niña buena. Acá, la conciencia de una niña mala.

Toda acción noble, todo deber cumplido, todo mal deseo rechazado se convierte en flor fresca i fragante.

Toda acción innoble, toda pereza en el cumplimiento de nuestros deberes, todo mal deseo consentido, se convierte en flor seca i repugnante.

Noche a noche, antes de entregarnos al sueño, debemos hacer un balance de nuestras obras diarias. Si la balanza se inclina hacia el mal, tendremos el alma tan fea i fétida como estas flores. I no debemos quedar contentas hasta que la balanza se incline hacia el bien.

HAI POEMITAS PRECIOSOS DENTRO DEL GRAN POEMA.

Esta libretita representará, pues, la conciencia. En ella harán el balance diario de sus actos, que yo revisaré día a día. Además, anotarán en ella acciones extraordinarias que yo les indicaré semanalmente.

Nos hemos reído; pero ella hablaba en serio. Delia ha dicho que nos quiere confesar i Cristina la ha juzgado de curiosa. Ignorante! Cómo puede atreverse a ofenderla ¿cuando no hai acción suya que no vaya encaminada a nuestro bien?

¡Cuántas habrá que, a punto de cometer una acción fea, se detendrán por el sólo rubor que las encendería al confesarla?

Les quedaría un escape: la mentira; pero creo que ninguna, ni la misma Cristina, sería capaz de engañar a nuestra querida profesora.

I todas, a una voz, hemos prometido cumplir dignamente su deseo.

Condescendencia

30 de Setiembre.

Emilia está leyendo «La Araucana», el inmortal poema de Ercilla.

—¿I lo entiendes?—le hemos preguntado.

—Sí,—nos ha respondido. Tiene algunos cantos difíciles, pero esos me los leo dos i tres veces. No me gusta saltarme nada. Hai poemitas preciosos dentro del gran poema. Historias tiernísimas que dan ganas de llorar...

—¿Recuerdas alguna?

—Sí, la de Tegualda, Fresolano, Galvarino...

—Esta la conocemos—dijo Lucía—cuéntanos la de Tegualda, mejor.

—Esa es mui sentida.—dijo la maestra, acercándose al grupo.

—Cuénteselas usted, señorita—rogó Emilia. Yo no lo sabría hacer tan bien.

—Sí, sí—dijimos todas. Emilia narra mui bien, pero nosotras queremos oirla de usted.

—En lugar del cuento que nos debe—arguyó Raquel. ¿Cree que lo hemos olvidado? Ya está. ¡Comprometida!

—Sí, sí,—clamamos todas.

—Sea—condescendió al fin. I cumplió mui bien su palabra, pues al día siguiente nos leyó la historia de Tegualda según como ella tuvo oportunidad de conocerla en un viaje a Carahue.

I sin mayor comentario, la transcribo a continuación.

TEGUALDA

Aquí en la hermosa Chile hai una raza, la raza del valor i de las grandes heroicidades, la raza del que jamás se rindió vasallo, la raza de la cual descendemos, i de la que, sin embargo, no queda más vestijio que unos cuantos indios, a la civilización rebeldes, i parapetados a lo largo de los caminos de la frontera, o entre las espesas lejanías de una selva a donde sin piedad se les rechaza.

Al mirarlos cruzar las calles, envueltos en su chamal, llevando las mujeres sus hijos a la espalda con el mismo abandono con que cargan sobre su pecho una joya de plata, i sobre sus sienes la chaquira de brillantes cuentas, diríase que son los mismos, que no han variado; pero al observarlos fijamente, se descubre en ellos un dejo de abatimiento, la herencia de una tristeza infinita, o mejor, la nostaljia de una patria.

Yo no sé qué me empujaba irresistiblemente hacia

esas mujeres que iban descalzas, aplastando la arena con su planta firme, curtida por los vientos i la tierra de incansables peregrinaciones.

Un día se detuvieron a reposar bajo la sombra de las acacias que bordeaban la avenida cercana a mi hogar. Iban vestidas como siempre, pero con un traje más corto, algo verdoso i desaliñado; en sus ojos, la misma ternura; en su espresión, la misma cantada suavidad. Grandes collares al pecho, i monedas de plata, pendientes del mismo metal, ceñían sus cabezas a la altura de las sienes.

Una india bastante hermosa me atrajo, i obedeciendo a la simpatía que me inspiraba, la interrogué:

—¿Tu nombre?...

Pero ella no contestó: tal vez no supo ni quiso comprenderme...

Dejéla hilvanar su respuesta i entre tanto la observé: tenía unos ojos grandes, negros i tristes. Su pelo de hebras doradas, abundantes i sedosas, revelaba su oríjen boreano; llevábalo trenzado en dos guirnaldas que ceñían su frente, sin otro adorno que un haz de rayos armonizando con el oro de sus trenzas. Sus mejillas eran pálidas, sus labios ardientes, sus ojeras profundas. Seguí su mirada i la ví fijarse en mí con desprecio, con indiferencia en la avenida de acacias, con desesperación sobre la selva lejana, i luego con amor sobre una criatura que a su lado dormía.

—¿Tuya?—la dije—acariciando impensadamente esa carita no menos hermosa en su inocente sueño.

La secreta adoración que me inspiran los nenes debe haberse dibujado entera en mi rostro, porque al mirar de nuevo a la india, encontré en su semblante cierta amarga dulzura, i en sus ojos vapores de lágrimas: su amor maternal la vencía!... I con voz suave, casi tierna, me dijo: «eres buena, hai verdad en tu caricia!»

El hielo estaba roto: una prueba de amor al fruto de su alma, había bastado para convertir esa altivez esquiva en una bondad perfecta.

Ella misma fué entonces quien se adelantó a abrirme su corazón.

Mis preguntas la hicieron sonreir mil veces, pero otras... ¡cómo lo recuerdo! hicieron bajar hasta su rostro las nubecillas aisladas que flotaban sobre el cielo i no volvió a sonreir.

Me confesó su descendencia noble, su nostaljia por la selva que ya no volvería a poseer, su odio por la jeneración que se la arrebataba, i su desesperación por las humillaciones que sólo el amor o esa criatura la hacían soportar.

Pero su nombre, que yo no sé por qué atracción deseaba saber, me lo ocultó hasta el último, tal vez por una de esas revoluciones altivas de su sangre; mi insistencia la venció al fin:

—¿La misma perseverancia—díjome—tienen, niña, todos tus sentimientos? Infeliz de tu corazón, entonces, si llega a amar sin esperanzas!...

Mi nombre es Tegualda, como lo ha sido el de las primojénitas de esta familia desgraciada en su largo ramaje, hasta que asciende al tronco de la primera Tegualda, en tiempos de la terrible guerra contra la invasión española.

—¡Cuéntame esa historia!—le supliqué.

No hizo ella la menor objeción; por el contrario, vagó en sus ojos una espresión de orgullo, i empezó a narrarme la historia de Tegualda con todos sus detalles, como si al hacerlo no esforzase la memoria, sino que dejase hablar únicamente al corazón.

I por ella supe al fin toda la triste historia de esa india altiva, insensible al amor.

Fué en una tarde de fiesta, bajo el dosel del bosque, que ella tuvo su primera esperanza, i en los jiro

nes de cielo que copiaba el claro lecho del Gualebo que ella entrevió su primera ilusión.

Había llegado allí, libre como el águila altanera, i al regresar sentía en su pecho un latido que no era el suyo, i el pesar de haber encadenado su libertad a aquel anillo que sus mismos trémulos dedos colocaran en la diestra victoriosa del mocetón estranjero.

I la orgullosa Tegualda, rendida al impulso de un amor invencible, unióse al fin al único hombre que podía hacerla feliz, sin imajinarse que, a dos pasos de ellos, la guerra odiosa los atisbaba para herirlos de muerte.

Días después, en una noche oscura en que el hielo cortante era el único sudario de los campos, i en que las florecillas morían al peso de los cuerpos caídos valientemente en la batalla, una mujer bellísima, partida el alma, lloroso el rostro, jemía de uno a otro lado, sentando su palma trémula sobre los corazones yertos.

Sorprendida por el caudillo español de vijía en el campamento, se reconoció en ella a la dulce Tegualda, que ante el enemigo no supo huir, sino responder a sus preguntas con esta dolorida queja:

—¡Busco ¡ai! mi corazón!...

I luego suplicó con tanto apasionamiento, con tanta ternura i humildad su cuerpo, que el español, conmovido, entrególo a su albedrío.

La guerra cruel había atraido a sus filas al valiente guerrero, i su son fatídico había dispersado las hebras del nido que tejiera el amor, abriendo entre él i ella un abismo infranqueable.....

.....

Las últimas luces del día vacilaban en el espacio i aun la india persistía con calor en sus recuerdos. El llanto de la criatura la distrajo i con una vehemencia impropia de su esterior indiferente, dió a su historia, como un epílogo, esta honda esclamación:

—¡Ah! Tegualda, ¿por qué es siempre legado de tu nombre el sufrimiento?...

Quedóse un instante pensativa, fija la vista sobre el valle que ya empezaban a estrechar las sombras, i luego, en reacción rápida, besó la frente de la pequeña, i me dijo, en actitud de despedida:

—Gracias, por el consuelo, aunque haya avivado mi dolor... Esa historia de Tegualda es también la mía, que nuestro sino es el mismo a traves de las jeneraciones, i tan destrozado puede vivir el corazón entre las crueldades de la guerra como en los tiempos que engañosamente llaman de la dulce paz...

Así habló Tegualda. Largo rato hacía que la planta firme de su silueta oscura se había perdido entre el follaje de los árboles, camino de su ruca, i yo aun estaba absorta en esta singular historia, llena la mente con reflexiones tan inesplicables como el por qué del sufrimiento con que el corazón sella siempre sus grandes amores.

Calmada un tanto la fiebre de este por qué inevitable, torné a mi hogar por la misma avenida de acacias, esta vez más perfumados, en compañía de las luciérnagas que traian las primeras sombras, i cuya verde, fosforescencia, parecía trasformarse en bella esperanza, al penetrar hasta las intimidades del corazón.

Rhut

2 de Octubre.

Hoi hemos tenido una gran sorpresa. Rhut, una compañera de V, que se salió para casarse, vino a vernos. Está mas alta i mui simpática; pero siempre loca. No hai ahora una que como ella nos haga reir con sus divinas ocurrencias.

Es la chiquilla más franca que he conocido. Siempre dice lo que piensa i siente. Muchas veces resultan barbaridades, pero como nacen de un corazón sano no dañan.

Este año la habíamos recordado con frecuencia, i deseábamos verla en su nuevo estado. Rhut de señora, ¿qué parecería?

Nos trajo a su guagua para que la conociéramos. Es una preciosura el bebé. Tan gordito que en las muñecas se le hace cintura, i tan alegre que su carita es una risa. Ya balbucea algo i solo tiene cinco meses. Locas con él, iba de mano en mano; pero no se inquietaba. Mi maestra se lo pidió a Rhut para las clases de Puericultura, i ella se prestó con entusiasmo para satisfacerla.

Con preciosuras así, todas quisieran ser mamá.

Nos contó que era mui dueña de casa. Que ella misma no sabía cómo se había efectuado el cambio. Su locura se había moderado en una agradable alegría.

I de su peculiar desórden se había volatilizado el des... quedando arraigado en ella un espíritu de órden admirable.

Tiene tiempo para todo.

—¿I tu marido?

—¿Dónde lo conociste?

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo es?... interrogábamosla, amontonando nuestras preguntas unas encima de otras.

—¡Pero bárbaras!—dijo ella— Si me hablan todas a la vez, yo no voi a entender a ninguna!

Ya les contaré el caso. Me casé con un primo. Mi madre no se opuso. «De esta chiquilla tan loca—dijo —no voi a sacar gran provecho, i como Enrique la adora, i es un jóven sensato, trabajador, con su porvenir asegurado, en buena hora, que se casen».

Somos marido i mujer once meses ya, i como el

primer día. El tiene plena confianza en mí i yo en él. Mientras, él atiende su botica, yo trabajo en mi casa. La tengo como un espejo i dispongo lo que ha de hacerse.

Cuando Enrique llega, salgo a recibirlo; nos saludamos como en miel, i no falta en qué entretenernos.

Como, gracias a mi maestra, tengo gran gusto por la lectura, puedo conversar con mi esposo sobre temas de actualidad, i aún sobre literatura a la que es mui aficionado. Cuando se publica algún libro nuevo, lo compra; pero no lo lee hasta hacerlo en mi compañía.

Cuando no regresa mui cansado, i el tiempo lo permite, salimos a dar un paseo, ya al Parque ya a la Alameda.

Nunca un disgusto. Si él desea algo, yo no me opongo; al contrario, trato de adivinar sus deseos. Lo mismo es él.

Por eso, al sentirme tan feliz, creo a veces soñar i me pregunto:

—«Qué habré hecho yo para merecer tanta felicidad?»

Oíamos con gusto a Rhut. Tan sencilla, tan sincera, i, lo que es más, tan reflexiva i tan buena esposa. ¿Quién lo hubiera creido?

Al retirarse dijo a su bebé, que estaba mui tranquilo en brazos de Ofelia:

—¿Qué hubo, muchacho. No te vienes conmigo?

I él, por toda respuesta, le brindó una sonrisa i le tendió sus amorosos bracitos de ánjel.

La fiesta del Cerro

5 de Octubre.

Ricardo condescendió en llevarnos a la fiesta del Cerro.

Mi hermana Olga estaba loca de contento, porque al fin se le cumplirían sus deseos.

—¿No ves, mamacita? le decía, abrazándola. Ahora tu hijita recitará en el Cerro, la aplaudirán i le regalarán dulces i juguetes.

I la verdad, que por su entusiasmo, los merecía

No creíamos encontrar tanta jente en el Cerro. La plaza estaba totalmente invadida por un tumulto de padres i curiosos; los guardias apenas podían contener a los muchachos, que se trepaban por los peñascos que resguardan por el N. el proscenio. En él estaban los niños i los señores municipales.

Nos introdujimos hasta mui cerca del entarimado. Un chico cantaba la «Canción del marino chileno». Lo hacía bien. Para ser tan pequeñin no carecía de aplomo i entonación.

Entre las niñitas ví a Raquel ¿Qué había ido a hacer allá cuando no es capaz de nada serio? Pero deben haberla aplaudido porque recibió regalo: la ví con una red para cazar mariposas.

También descubrí a Ofelia. Recitó: «La rosa niña», hermosa composición de Rubén Darío

Manantial inagotable de poesía, supo interpretarla con gran sentimiento. Fué mui aplaudida; i el señor Alcalde le tendió la mano.

La obsequiaron con un magnífico libro i anotaron su nombre en la lista que iría a los periódicos.

Luego tocó el turno a mi hermana Olga; pero como era primera vez que recitaba en público, estuvo algo nerviosa, i se le olvidó la mitad. Lucía le soplaba; pero como el azoramiento le impedía oir con serenidad, rompió a llorar. ¡Tontuela!... Un caballero alto i barbudo le obsequió una muñeca para consolarla.

Al final se pidió baile i surjieron las parejitas. Se bailó cueca, i Olga, que lo hace bien, se desquitó de su plancha i recobró su alegría.

Pero hubo una nota mui curiosa. Entre los espectares había dos chiquitines, hombre i mujer: ambos harapientos, i desaseados. Andaban solos, porque cambiaban continuamente de colocación, sin que nadie se los impidiera. Se conocía que no tenían madre, en lo desgreñados i sucios; pero se conocía también que eran chilenos, en la ocurrencia i desparpajo.

En la carita del chicuelo relucían dos ojos grandes, luminosos y llenos de picardía. De pronto dijo a la chica:

—*Querís* comer dulces?... Yo iré a buscarte. I se deslizó por entre la muchedumbre hasta alcanzar el escenario; de allí, con voz resuelta, gritó a los señores municipales:

—Yo también sé *un verso!*

Sonrieron ellos ante la traza del pilluelo. El más condescendiente dijo:

—Sí, hombre? ven, pues.

No se hizo de rogar: mugriento i rotoso, avanzó hasta el centro del proscenio; cruzó los brazos por detrás i con toda facha empezó a cantar, a pulmón lleno:

Dulce patria, recibe los votos
con que Chile en tus aras juró
que o la tumba serás de los libres
o el asilo contra la opresión.

Su verso eran los de nuestra Canción. Todos se descubrieron. I una salva de aplausos premió su astucia.

—Mui bien, hombre, le dijo el Alcalde; se conoce que eres chileno. Pero este otro Domingo lávate la cara.

I lo colmaron con dulces i juguetes.

El chico no cabía en sí de gusto i ya al lado de su hermanita, le dijo:

—No *vís* como te traje dulces?...

Terminada la fiesta, el enjambre de chiquillos desparramóse por el Cerro.

—Estos señores están haciendo hermosa obra, dijo Ricardo. Sacrifican su tiempo en favor de los niños. Les inspiran amor al estudio, a las ocupaciones sanas, fuera de que establecen la armonía en el hogar: atraen a sus padres al paseo en lugar de ir a jugar i embriagarse.

Cuánto puede un buen municipio! No sólo se preocupa del ornamento e hijiene de la ciudad, sino que, cuando es laborioso, se impone un deber en mirar por el entretenimiento moral de los habitantes.

Atrayendo a los niños, atraen a los padres. Los chicos son sus ídolos i, por mui pobres que sean, siempre están dispuesto a complacer las inocentes exijencias de sus hijos.

Al ver a tanto niño feliz, no sé por qué me acordé de Laura, la compañera morenita de ojos azules, grandes i tristes, cuya madre es verdulera. Revela sufrir tanto! La madre no se preocupa de ella. El padre es un tunante. Se embriaga a menudo i entonces golpea a su mujer i a su hija, las que andan siempre llenas de moretones. Pero Laura nunca lo culpa. Si oye alguna palabra hiriente, se ruboriza i dice: «Me caí, casualidad».

Es mui trabajadara i estudiosa; anda siempre limpia; ella misma se lava su ropa. ¡Pobrecita! Qué feliz sería con una madre i un padre como los míos!

La proeza de Angamos

8 de Octubre.

Ninguna nación del mundo cuenta con hechos más gloriosos que la nuestra. I de ahí que, a menudo, de-

bamos inclinarnos ante la sombra de un héroe que resurje.

Tócale hoi su turno a don Juan José Latorre, el más afortunado de nuestros intrépidos marinos. ¿Cuál fué su hazaña?... La de dar caza a la hiena sedienta que nos atisbaba; la de encarcelar al duende malévolo que nos había convertido en el blanco de sus odios; porque hiena i duende, nó otra cosa, era el «Huáscar».

Esta vez, sin embargo, no andaba mui confiado, ya había medido nuestras fuerzas en la lucha portentosa del 21 de Mayo i nuestra epopeya le producía molesto escozor.

Quería vengarse, humillarnos, rendirnos! Pero Dios que vela por la justicia, infundió en nuestros hombres la perspicacia del águila i el coraje del león.

Los intentos del «Huáscar» se estrellaron en su mala sombra; la sangre de Prat le fué fatídica i los certeros disparos del «Cochrane» arrasaron con jefes, nave i honra.

Infortunado i noble Grau! Allí quedó tu destrozado cuerpo; pero tu alma viril i grande ha debido unirse a la de Prat.

La muerte te ahorró, sin embargo, el dolor de la deshonra i no viste al «Huáscar» tambalearse al furor del «Cochrane»; no viste a tu bandera arriarse cobarde, ni viste a la hermosa bandera mía flamear risueña sobre aquel vivo trofeo de gloria.

Tú que viste cómo se rindió la «Esmeralda» soñaste, acaso, cómo se rendiría el «Huáscar»?...

En discordia

12 de Octubre.

Adriana i Lolita Ormachea, la compañera bolivia-

na, no pueden quererse. Durante el recreo, el repaso de Historia orijinó una conversación enojosa.

Las curiosas empezamos a rodearlas.

De una en una habíamos ido abandonando nuestros juegos para formar grupo, en el centro del cual las dos niñas discutían acaloradamente.

—Que Chile nos ha despojado, decía Lola.

—¡De lo suyo—contestá ale Adriana.—Lindo despojo! Si el que con lo ajeno so viste...

—¡Mientes! eran riquezas nuestras! Niega también que le han quitado al Perú...

—¿Tacna i Arica? ¡Qué comparación! Eso no lo hemos quitado, eso lo hemos ganado!

—Sí, sí! afirmábamos las del grupo, divididos ya en partido.

Casi todas estábamos a favor de Adriana. Sólo las que no simpatizaban con ésta, se mostraban partidarias de Lola. Pero eran pocas. Las más juiciosas permanecían neutrales.

Entraban al período áljido.

—¡Ladrona! insultó Lola.

—¡Cobardes! traidores!—gritó, Adriana—i, en el colmo de su indignación, cojió un terron, e iba a lanzárselo, pero se detuvo repentinamente. Palideció i dejólo caer.

La maestra estaba a su lado.

—Me insultaba, señorita, dijo; nos insultaba a todos los chilenos.

—Nada pregunto, repuso la maestra.

En silencio, arreglen su fila, i, a la sala!

Todas marchamos confusas! pero dispuestas a defender a nuestra compañera.

La maestra entró la última i cerró la puerta.

Luego dijo:

—Debo felicitarlas por el hermoso ejemplo que han dado a las alumnas de los cursos inferiores.

¿Qué significa esto? ¿En dónde ha quedado la unión? ¿Qué han hecho del respeto que se deben a sí mismas? ¿Es ésta la hospitalidad que ofrecen a la hija de una nación vecina?

¡*Cobarde*!... ha vociferado Ud... Está incapacitada de lanzar tal insulto quien está en la situación que Ud. tenía hace poco.

¡Quince niñas contra una! Hermoso, verdad?

Esto no quiere decir que apruebe la conducta de Lola. Si la de Uds. es bochornosa, la de ella es reprochable.

Se han insultado inútilmente.

Nuestros antepasados han tenido sus desavenencias, es verdad. Las relaciones han estado tirantes, más aun: rotas. Se ha peleado con encarnizamiento por una i otra parte; pero, lavada la ofensa, han tenido la nobleza de olvidar sus agravios i tenderse la mano. Todo ha ido al olvido. Marchan en paz.

¿Por qué, entonces, manifiestan Uds. tanto rencor? ¿De dónde viene esa hostilidad? No basta el ejemplo que les dan sus respectivas naciones?

Han faltado, pues, doblemente: Lola revela ingratitud hacia el país que la acoje como a hija.

Adriana manifiesta no ser hija de Chile, cuya hidalguía i hospitalidad son proverbiales.

Igual o mayor falta han cometido las demás, enardeciendo los ánimos en lugar de apaciguarlos. I haciendo lo que Chile nunca ha hecho: atacar en grupo a un adversario indefenso.

Debiera enrojecerlas la vergüenza.

Piensen un instante sobre la falta cometida, i busquen un medio de repararla.

Dicho esto, la maestra se retiró.

Todas estábamos confundidas!

Sus palabras severas, dichas con perfecta calma, i con cierta tristeza, nos habían conmovido, habían

vuelto a lo normal nuestros ánimos, i nos habían dejado ver, en desnudo, nuestra situación.

Ella tenía razón! Habíamos faltado a la hospitalidad, casi habíamos descendido a la cobardía! Habíamos roto la unión, i por último, habíamos dado un pésimo ejemplo, porque el hecho se comentaría en toda la escuela.

La pobre Adriana, asustada por el peso de su falta irreflexiva, estaba trémula.

Todas, obedeciendo a un mismo impulso, la cercamos para aconsejarla:

—Dá una disculpa!

Pero la falta era de todas.

—Pidamos perdón, Adriana...

—Reconciliémonos!

Lola, en un estremo de la sala, lloraba amargamente.

Todas corrimos hacia ella i los abrazos se sucedían interminables. Por los semblantes, humedecidos por el llanto, alterados por la pena, pasó un rayo de luz: la sonrisa.

Cuando nuestra profesora volvió por la respuesta, todas la rodeamos en busca de perdón.

Ella, jenerosa, no demoró en absolvernos:

—¿Nunca más?...

¡Nunca más!

En el recreo nos paseamos todas juntas, Adriana i Lola al centro.

Al vernos tan unidas, tan contentas, las demás chiquillas nos decían:

—¿No juegan a la guerra?...

—Nó, respondió Adriana: ahora estamos honrando la paz.

Tanto mejor! Las chiquillas han creido que jugábamos!

En lucha

15 de Octubre.

Nunca había mirado tan prolijamente al fondo de mi alma; nunca había hecho un estudio tan detenido de mis actos, como en la semana que acaba de trascurrir. I estoi asombrada de haber encontrado muchas más faltas de las que yo creía tener.

La noche del Lunes no dormí tranquila, porque mi balanza se tambaleaba hacia el mal; pero en estos seis días he sabido vencerme i reunir un número considerable de obras buenas. Decididamente mi alma vá re cuperando su hermosura con la presencia de tanta rosa fresca i aromática. El mismo descubrimiento han hecho mis demás compañeras, i la mayoría se esfuerza por cumplir con la sencilla tarea que tanto agrada a nuestra profesora.

Las libretitas no faltan i ya nadie tiene temor de entregarla. La maestra no se enoja por nuestras infracciones; pero nos deja al pie de nuestra confesión consejos i advertencias que tienen el poder de sostenernos a punto de caer.

Teníamos que practicar, además, la tareita de la se mana: correjir a niñitas mentirosas i reunir el mayor número de obediencias. En el primer caso, a todas se les había presentado la ocasión, ya con sus hermanitas menores, con amiguitas o entre las mismas compañeras.

El número más alto de obediencias lo alcanzó Lucía. Llegó a ciento quince. Un término medio de diecio cho por día. Yo solo alcancé a ochenta i dos.

Para esta semana debemos defender a los ausentes i reunir cuantas atenciones nos sea posible.

¿Quién irá a vencer?

La prueba

18 de Octubre.

A pedido de Lucía, nuestra profesora nos dió a conocer la hazaña del famoso Caupolicán.

No hai en la historia del mundo—empezó—ejemplos de tanto valor i heroismo como en la historia de nuestro Chile. Porque, si bravíos i sufridos fueron los hijos de Esparta, nunca, lo creo, habrán superado a los hijos de Arauco. Ojalá que ellos, nuestros indios, hubiesen tenido el asomo de civilización de aquellos pueblos finos i cultos; se habrían ahorrado muchos horrores i hoi no sentiríamos el pesar de ver su raza casi estenuada.

Ya no quedan sino las sombras de Lautaro i Caupolicán, sombras que surjen altivas i vengadoras en el espíritu de la jeneración presente, siempre que se trata de velar por el honor de Chile, nuestro precioso hogar.

Sometidos estaban los araucanos, pero nó por cobardes; era su ignorancia la que sufría engañada por los astutos españoles. Mas, aunque incultos, bárbaros, sin relijión i sin ciencia cierta de lo bueno i de lo malo, comprendieron su error... Sus corazones casi se rompieron entonces al impulso de un furor estraño i hasta los mismos bosques temblaron ante el filo de sus miradas; engañados!... engañados por hombres iguales a ellos! Se habían sometido creyéndolos superiores, dioses! I sin embargo, no había otra diferencia que el color de la piel. ¡Valientes?... quién sabe! Había que probarlo había que palpar esa valentía escudada por tantos fusiles, tantas armas i respetuosas cabalgaduras

Por fortuna era tiempo todavía; talvez el dios que vagaba en las nubes o el alma vidente de sus antepa-

sados quitaba de sus ojos, a tiempo, la nube que trasformaba en seres estraordinarios a los que talvez serían mui inferior a ellos.

*
* *

No los anima ya otro pensar ni otro placer que el de la venganza, pero desean combatir unidos.

I por eso, de los campos desiertos brotan centenares de indios, que acuden al punto fijado de la reunión.

Allí se notan los más audaces, los más fornidos, capitanes de miles de soldadescos indios. Cada cual hace gala de bravura i, felices por hallarse reunidos, presto forman comilonas que terminan en discordias, nacidas al vapor de los licores. Sus pechos se encienden i ya no es solo Tucapel, Cayocupil ni Ongolmo el más fiero ni el más fuerte, sino que todos a una voz se dan la supremacía sobre el gobierno de tanta gente.

Pero ante sus cerebros aturdidos aparece la venerable figura de Colocolo que les dice:

—«Por que, imprudentes, habéis formado tan irrazonable algarabía? Por qué os herís con vuestras mismas lanzas i no esperáis que sea la del enemigo, encontrada en digna lucha? Allí está él, esperando el momento débil para caer sobre vosotros como el cóndor sobre el venado; i, en lugar de prepararos, de uniros, perdeis tiempo i vida en desangraros, en dejar más abierto aún el campo al odioso invasor.

«No soi sino un anciano, pero, por lo mismo, tengo gran esperiencia; ella i mi amor son quienes dictan estas frases de reproche; bien podeis aceptarlas, volviendo entonces vuestras armas e impetuosa fuerza hacia el estranjero que pretende arrebatarnos nuestra patria; pero si queréis, podéis también desoir i despreciar estos consejos, no sin arrasar antes con mi vieja existencia, incapaz de sufrir tal deshonra!»

Así habló el anciano, entre el profundo silencio de su auditorio; pero no bien hubo terminado, estallaron en aplausos i en vivas que demostraban sumisión a su prudencia.

El astuto Colocolo, les dice, entonces:

«Iguales sois todos en valentía i en linaje, pero ya veis el resultado a que se llega cuando no hai una cabeza que dirija, ni hombres razonables que obedezcan. Probad a ser el primero! I solamente lo será quien más largo tiempo sostenga sobre sus hombros el tronco de un árbol».

La indicación ha sido hecha sin herir a nadie i la aceptan con júbilo! Pronto dan con un árbol de grueso jigantesco, cortan su tronco en suspenso i luego, entre vítores i anhelos empiezan la magna prueba.

Rueda el leño de hombro en hombro, sostenido en unos por medio día, en otros por algunas horas i sólo un coloso, Lincoya, lo retiene de sol a sol.

El bárbaro, aclamado entusiastamente, se pasea soberbio, creyéndose ya el capitán de aquella hueste numerosa.

Pero a través de montes i bosques, solo, sin más compañía que su alma i las plantas salvajes que enmarañan su marcha, avanza el vigoroso hijo de Leocán.

¿Sería su buena estrella o la señal de algún jenio protector el que lo guiaba hacia la indiada en los precisos momentos que Lincoya era aclamado sin rival?

Tal fué la opinión unánime de la muchedumbre que, en medio de su entusiasmo, no sorprendió el destello de alegría que se dibujó en el rostro del viejo Colocolo.

Bien sabía él cuánta era la fuerza, la fiereza, la astucia, i la justicia del gran Caupolicán. Bien había comprendido que nadie mejor que él podría capitanear esa miriada turbulenta en que no faltaban valientes ni esforzados, i que, sin herirlos, por su astu-

cia, los obligaba a que ellos mismos lo proclamasen.

En efecto, sabedor Caupolicán de la prueba a que se habían sometido i del triunfo de Lincoya, los miró con desdeñosa superioridad. I no bien hubo clareado el alba, cojió con altivez el nudoso tronco, como si fuera un débil tallo, lo cargó sobre sus hombros. Se paseó ante todos con desdén; trepó sereno una i otra loma; se fué el sol, sonrió con injenuidad la luna, i él incansable. Corren las horas de otro i otro día; Caupolicán no demuestra el menor signo de fatiga i el sol, abismado, se detiene en el cenit a contemplarlo.

I sólo entonces, el jigante arroja el leño con desprecio...

La indiada, frenética, rompe en vivas al grande, al fuerte, al invencible Caupolicán, i todos se aunan en torno al jefe que se ha impuesto con su voluntad más vigorosa que los robles i que el líbano, i al que sin querer, ya empiezan a temer i respetar.

Ese viva estruendoso i formidable de la prueba que atónitos presenciaron las selvas i los astros, repercute hasta hoi, a través de las generaciones, abismando a cuantos escuchan el relato de la araucana hazaña.

*
* *

El leño es hoi la tarea árdua de nuestros deberes! Imitemos al gran Caupolicán, soportando altivos, alegres, confiados, orgullosos, las penas, las luchas, los sobrehumanos esfuerzos que nos impone la vida, tan pesados, acaso, como el nudoso tronco de líbano.

I hagamos que él encuentre siempre férreas voluntades, para que, como el hijo de Leocán, sepamos triunfar.

La enredadera

22 de Octubre.

Un Viernes, mui de alba, estuvo Sofía a saludarme.

Yo no sé cómo supo que era el día de mi cumpleaños.

Toda avergonzada, me entregó un paquetito i me dijo:

—Cuidala! Si la amas, estará siempre verde como mi gratitud. I cuando crezca, te dará hermosas florecitas azules.

Era un regalito insignificante, un ganchito pequeño, desnudo de hojas i brotes; sin embargo, me sentí conmovida.

—Gracias! le dije. Tienes un corazón noble, porque sabes agradecer...

—Está próxima la fiesta del árbol, me dijo Lucía,—¿por qué no la llevas a la Escuela i la plantas en el jardín?

—Me agrada tu idea—le repuse.—I el día de la plantación la llevé al jardín de la Escuela.

Mi plantita fué la más humilde, i quedó perdida entre las demás flores. Nadie creyó que llegaría a merecer el premio. Pero en unas cuantas semanas se ha transformado. Es la más hermosa enredadera del jardín i crece trepando por un enrejadito azul. Ha dado hermosas guías que se entrelazan con abandono; las estira como bracitos cariñosos i se pesca de aquí, de allá, i de donde encuentra.

I la preciosa ya está condecorada. En la mañana de ayer se verificó el certámen con gran entusiasmo. I, por unanimidad, mi enredadera obtuvo el primer premio. Estoi feliz!

Margarita i Floránjel obtuvieron segundo i tercer premio; una por su campo de primaveras i la otra por su variada colección de cardenales.

Cristina no quedó contenta, creía que sus no-me-olvides serían premiados, i sólo obtuvieron mención honrosa. Pero se ha conformado.

Ha habido, sin embargo, algo curioso. A la hora

del certamen mi enredadera no pensaba florecer. ¿Dónde habría ocultado sus botoncitos?

En la tarde Luisa corrió a avisarme:

—A que no adivinas? Ven. Tu enredadera ha florecido!

—No mientas! dije... Para qué engañarme? Pero, llevada de la ilusión, corrí al jardín. Detrás de mí, corrieron también mis compañeras.

I todas tuvimos una esclamación de júbilo!... La enredadera había florecido i nos miraba a través de dos hermosas florecillas azules.

—De contenta ha florecido! decían unas.—Dí mejor de agradecida, respondían otras.

Yo pensaba en Sofía: su mirada azul i melancólica tenía tanto de aquellas flores!

I como ella, mi plantita querida, sabía también agradecer!

El suplementero

25 de Octubre.

Hoi vino mamá a buscarnos. Estaba la tarde tan deliciosa, que nos sentamos un rato en la Alameda.

Frente a nosotras, en la acera, cautivóme la atención un pequeñuelo.

—Mire, mamacita, lo pensativo—le dije.—I sabe? Parece que le conozco!...

En ese instante, el chico empezó a pasearse, abarcando un espacio no mayor que el ancho del portón en que estaba reclinado; hablaba solo, accionaba, i luego volvía a sentarse i a pensar.

—Calla! me dijo Lucía; si es Raulillo, el nieto de la mujer que emigró del norte.

—Verdad! repuse, i que acojió en su casa la Directora.

Oí decir a Cristina que la abuela había puesto al chico a vender periódicos de la tarde.

—Gran suplementero!—dijo mamá. Qué le habrá pasado? Vé a buscarlo, María.

De una carrera atravesamos la calle, i lo trajimos a mamá. Venía un tanto avergonzado, pues creía que nadie lo observaba, preocupado como estaba en el fantástico escenario de que él era actor.

A fuerza de preguntas cariñosas nos contó que tenía mucha impaciencia porque no era grande. Que deseaba serlo para ganar mucha plata. Que era el día de su abuelita i no había tenido cómo hacerle un regalo.

En cambio, a la patroncita, le habían regalado tantas cosas..

—I a mi abuelita?... —decía—ninguna! Yo no sabía, pero me lo dijo hoi, i me pidió un abrazo; yo se lo dí i también muchos besos.

—¿Tanto quieres a tu abuelita? díjele.

—Mucho! sí, porque soi hijo i nieto.

—I estás en algún colejio?

—También; pero no asisto siempre, porque, ya lo ve, hai que trabajar.

Nos sonreimos ante su seriedad.

—Pero no has vendido mucho, dijo Lucía.

—Poco! repuso, sacando del bolsillo del pantalón algunos dieces. I contándolos: diez, veinte, treinta, cuarenta... Aun me quedan muchos por vender. Hoi ha estado mala la venta... I como si se acordase de algo olvidado, miró hacia todos lados i gritó:

—El Mercuriii... L'Opinionaaa...

Los transeuntes se aproximaban. Raulillo corrió hacia ellos en buena hora, porque vendió dos periódicos.

Luego voceó con fuerza otra vez, i como nadie lo llamara, volvió hacia nosotras.

— ¿Qué haces con el dinero? le pregunté.

—Se lo entrego a mi abuelita. Ella lo echa a una alcancía i dice que es para cuando crezca.

Pero la de hoi no se la entregaré. En «El Polaco» hai unos pañuelos mui bonitos; parece que con ellos no ha de sentirse frío... Mi abuelita desea mucho tener uno, pero nunca le alcanza la plata para eso. I son tan lindos! Quieren verlos? Hoi los tenían en la vidriera. Si vendo mis diarios, juntaré tres pesos. Vaya que me alcanza!

Lucía me habló en secreto. Buscamos en nuestros bolsones, pero hallamos mui poca cosa: treinta centavos.

—Véndenos tres Mercurios, le dijimos.

Mamá sonrió i propuso a Raulillo:

—Tengo curiosidad por ver el pañuelo. Quiéres que vamos contigo?

—Ya, patroncita!...

I, brincando de contento, nos precedió hacia «El Polaco».

Allí estaba, en efecto, el deseado pañuelo. Era de color gris con una ancha guarda escocesa. Pero Raulillo no lo poseería, porque costaba demasiado caro: seis pesos!

No quisimos quitarle la ilusión i callamos.

Un dependiente lo quitó de allí. Raulillo abrió desmesurados ojos... Ya lloraba!

—Se lo llevan!—dijo.

Miramos a mamá, pero no estaba. Una idea nos cruzó la mente i entramos a la tienda.

El dependiente enrolló el pañuelo, hízolo un paquete i se lo entregó a mi madre Ella lo tomó, pagó i salimos.

Una vez en la calle dijo a Raulillo:

YO NO LA CAMBIARÍA POR NINGUNA.

—Tómalo, es para tí.

¿Qué pasó por la mente del pequeñuelo?

Púsose encarnado; brotáronle lágrimas de gozo i se abrazó a mi madre, murmurando agradecido algo que no entendimos.

Luego apretó entre sus brazos el precioso obsequio, i se alejó corriendo.

Mi madre

27 de Octubre.

Yo no la cambiaría por ninguna.

La acción jenerosa en beneficio de Raulillo no nos sorprendió.

Siempre es así mi madre: de corazón grande i magnánimo; esponja absorbente de todas las lágrimas.

Su rostro bondadoso i sereno atrae la confianza, i sus frases de honda dulzura saben tan bien atraer el ánimo aflijido i desesperado hacia una calma consoladora.

En el hogar es un ánjel. Papá la adora. Ella sabe respetar sus preocupaciones i endulzar sus sinsabores. Si viene cansado, su compañía es reposo; si alegre, es el eco de su alegría; si triste, lo hace sonreir; si enfermo, lo cuida con esmero.

Nadie como ella se preocupa tanto de cada uno de nosotros. Es el ánjel de amor que endereza nuestros pasos a traves de la vida. Es la abnegación misma. Por los afanes que le cuesta Martita, comprendemos las noches de insomnio que le habremos causado cada uno de nosotros.

Ella nos ha mecido; nos ha dado la vida i el alimento de su seno; ella ha calmado nuestros llantos, ha

lavado nuestro cuerpo, i con su gran solicitud nos ha hecho sanas i robustas; nos ha cubierto de besos i caricias, i con su virtuoso ejemplo, sabrá hacernos buenas i felices.

Es suave i recta, cariñosa e inflexible. No tolera los caprichos ni los estimula, satisfaciéndolos. Nunca nos golpea; siempre tiene alguna manera sensible de hacernos reconocer las faltas.

Sabe conmovernos i arrancar espontáneo i sincero el arrepentimiento.

Una sonrisa en el rostro de nuestra madre es para nosotros un cielo; una lágrima, el mayor tormento.

Mi madre es única! Yo no la cambiaría por ninguna!

Hallazgo

29 de Octubre.

Nunca entramos al aposento de mi madre, ni mucho ménos urgueteamos los cajones de los muebles.

Pero hoi me dijo:

—María, vé a mi pieza i tráeme unos encajitos que tengo en el primer cajón de la cómoda.

Fuí corriendo, agradecida de la confianza de mamá; pero la precipitación que me dominaba hizo que no diera con ellos i hube de voltear el contenido del cajón. Una nube de blonditas, recortes, trapitos de seda i otras mil menudencias esparciéronse por el suelo, i no poco me costó encontrar los encajitos.

Volví todo a su lugar i entonces noté lo que no había observado antes: una cajita de ébano, cuidadosamente atada con una ancha cinta de seda azul.

—¿Qué será? me pregunté.

Tentada estuve a abrirla, pero vencí la tentación.

—Nó—reflexioné—sería abusar de la confianza de mi madre. Mejor es que no le oculte mi deseo.

I corrí en su busca.

—¡Curiosa! me repuso, fijando en mí su mirar suave i elocuente. Vé a traerla.

No me hice repetir la órden. Volví en un segundo, i entregué a mi madre la cajita. Abrióla lentamente. En el interior había este pequeño rótulo:

«De mi primojénita».

¿Qué había allí?... Incomparable solicitud maternal ¡Cómo estremeciste de gozo mi corazón!

Un sentimiento de orgullo i amor me conmovió. Abrazada a su cuello, la cubría de besos, mientras ella, sonriente, me esplicaba, desenvolviendo uno a uno los paquetitos diáfanos:

—Estos son tus primeros ricitos. Parece que veo tu cabecita hermosa, cuajada de bucles. Fué un dolor cortártelos; pero era necesario para que el cabello no se te arruinase.

Esto es un dientecito, el primero que mudaste, a los seis años. Te costó muchas lágrimas. Lo aflojaste comiendo una manzana.

Pero tu papá supo engañarte. Si no hubiéramos tenido especial cuidado con cada uno de tus dientecitos, habrían crecido defectuosos i hoi no tendrías tan perfecta dentadura.

Aquí están las pepitas de la manzana; solo falta una que está trasformada en vigoroso árbol.

—No pude contener una esclamación—¿Cuál, mamacita?... ¿Dónde?...

—El manzano está en casa de tu abuelito; estábamos allá cuando perdiste el diente i tu papá tuvo la idea de quitarme una de las semillitas para sembrarla.

Tu abuelito tiene especial predilección por el árbol i dice que no hai otro que le dé manzanas más esquisitas.

Esto es tuyo también; son tus primeros zapatitos. No te duraron un mes. Eras una andariega terrible.

Estos son tus primeros dibujos. I estendió un papelito amarillento, en el que aparecía una verdadera colección de jeroglíficos. Mi madre no había olvidado la esplicación de ninguno:

—Esto es un gato que decía ¡uff!... porque le habían pisado la cola.

Ésta, una niñita que estaba de visita en la casa i se había chupado unos dedos.

Esta otra, la mamá que le decía:—Nó, Toya, caca...

Ahí estaba también mi primera plana: unas letras temblorosas, deformes, pero que me habían merecido miles de besos.

I así, todo, todo, era mío; todo, un recuerdo de mis primeros años: verdadero museo, reunido por el amor de una madre.

—I de mis otros hermanos, le pregunté, ¿no guarda otro museo?

—Nó, me repuso; porque tú... tú eres mi primojénita!

Prisionera

2 de Noviembre.

Como nuestra sala está en los altos, no bajamos al patio en los recreos cortos. Sólo tenemos paseo en la galería. Siempre reina el más completo órden, pero ayer acaeció todo lo contrario. Risas, esclamaciones, gritos i palmoteos partían de todos lados, produciendo en conjunto una bulla infernal.

—¡Mira! ¡mira!—gritaban.— ¿Qué?...—El chincol!...

—Nó, nó... es diuca.—Sí, i qué bonita.—Píllenla!...

—Nó, pobrecita!.. Tonta!... Píllenla, píllenla!

I la diuquita, mareada por el vocerío, volaba en círculo sobre el alto cielo del hall, azotándose contra las vallas inflexibles que la retenían.

Después de inútiles tentativas, cayó rendida sobre una cornisa.

Ofelia se tapó los ojos i entró llorando a la sala.

La maestra de turno se mostraba impasible.—Pero esto es una crueldad, dijimos.

Nuestra profesora impuso silencio i nos mandó abrir el ventilador junto al cual había caido la avecita.

Nos lanzamos en grupo a cumplir su orden. El ventilador se resistía... el resorte, mui forzado, no funcionaba; pero al fin cedió. Una oleada de vida penetró en la brecha i llenó la celda en que languidecía la prisionera.

I reavivada, al ver ante sí la libertad, se lanzó por el ancho hueco hacia el espacio azul.

Un aplauso jeneral rompió el silencio, i la mayoría de las chiquillas envió a nuestra profesora miradas cariñosas no excentas de admiración.

Reparación

3 de Noviembre.

La desesperación de la avecita me tenía con el alma oprimida; pero, al verla en libertad, quedé otra vez alegre.

Corrí en busca de Ofelia i la encontré con los ojos hinchados de llorar. Cristina se nos reunió i nos dijo, algo trémula.

—Tengo un peso... una pena... algo que no me esplico... Ese pájaro tiene la culpa. Yo no creía que sintieran, pero es verdad. No solo sienten; también sufren.

Ofelia i yo la mirábamos asombradas, sin atinar a comprender en virtud de qué milagro Cristina reflexionaba de tal suerte.

Pero ella misma nos aclaró la duda. Esa diuquita —dijo—es madre; sus hijos han sido robados i están aquí en la sala i en ese puesto. I nos indicó el de Zoila.

Quedamos sobrecojidas e incrédulas; mas, creyéndolo posible, nos abalanzamos hacia el b nco de la *médica*. Los polluelos, pequeñísimos, feos e implumes, nos abrieron, aleteando, su pico de bordes blandos.

Cristina esplicó:

Lo bajamos entre Zoila i yo. La madre piaba revoloteando sobre nuestras cabezas. Cuando huimos al vestíbulo, llevando el nido, la diuca siguió detrás. Por eso entró al hall.

—¡Qué maldad! esclamamos.-Pero Cristina, cómo has podido consentirlo?

—No sé, nos dijo; no me pregunten más. Harto he hecho con acusarla i acusarme.

—La pobre chiquilla sufría, acosada por los remordimientos. Nos inspiraba lástima.

Pensamos culpar a Zoila únicamente; pero, ésta habria delatado a su compañera. I si callábamos el hecho, la *médica* habría quedado impune.

Ofelia decidió:—Confesemos la verdad a nuestra profesora; ella es la justicia misma i sabrá apreciar el arrepentimiento de Cristina.

No nos engañamos. Al imponerse de la crueldad de sus dos alumnas creimos que iba a castigar a Zoila por su alma cruel i cerrada a toda enmienda. Pero no le dirijió ni una sola palabra, ni siquiera la miró.

Para Cristina, en cambio, tuvo frases tan sentidas i llenas de alma que la chiquilla, sin poderse contener, echó a llorar. Sus lágrimas eran la mejor prueba de su arrepentimiento i del cambio feliz que se operaba en el fondo de su corazón.

Su dolor de este instante—díjole—es, para mí, causa de alegría; porque me prueba una vez más que Ud. tiene un alma sensible i buena. Pero en este caso el dolor no basta. Ud. ha destruido la felicidad de seres inocentes i debe repararla. Le doi cinco minutos para pensar.

Quedamos en silencio. Cristina meditaba. Por fin dijo:—Volveré el nido al árbol para que la madre recobre sus hijos, i les trabajaré una casita para que, aniden en ella cuando empiecen los fríos. Será éste un buen ejemplo de cariño i protección a las aves.

La maestra sonrió satisfecha. Nosotras aplaudimos i Ofelia abrazó a Cristina, ofreciéndole su ayuda para tan noble idea.

El nido volvió a su sitio entre el amoroso piar de la avecilla i sus polluelos.

Ya podíamos estar tranquilas: quedaba reconstruida la felicidad en el hogar que la crueldad había desvastado.

Poquito a poco

4 de Noviembre.

Soltera, con un padre que la idolatra, nuestra profesora no tiene otro pensamiento que él i nosotras. Nos quiere como a hijas. I como a tales desea vernos felices.

«La felicidad no se compra—nos dice a menudo—la felicidad llega al llamado de la mujer virtuosa». I día a día, en cada hora, en cada momento, nos dá algún oportuno consejo, alguna hermosa lección, o nos hace observar hechos, consecuencia de tales o cuales actos.

Así, poquito a poco, se va imponiendo, va tomando posesión de nuestros corazones, i, al mismo tiempo que trasforma en saber nuestra ignorancia, va arrancando de raíz nuestros defectos, para sustituirlos por la perla preciosa de alguna virtud.

Hai niñas que son el reverso de lo que eran antes. Auristela, por ejemplo, ha cambiado tanto, que de soberbia se ha convertido en humilde. I con ello ha salido ganando. La queremos todas, i el papá está verdaderamente feliz con su hija. Parece que hasta ha rejuvenecido.

Leontina ya no es taimada; Adriana se ha hecho amiga de Lola; a Cristina no se le ha quitado el mal carácter, pero ya no miente ni es tan caprichosa ni de malos sentimientos; tampoco pololea i, según parece, tiene más lástima de su madre.

En el fondo es buena; las maldades que arraigaban en ella no han sido sino una consecuencia del poco interés que han tenido en correjirla.

A Yolanda se la vé ahora siempre limpia, i se ha acostumbrado de tal manera al aseo que no puede tolerar ni el polvo que el viento deposita en los muebles de la sala. Delia le ha vuelto su afecto, ya que tiene en ella una gran colaboradora.

I así todas, nos hemos ido corrijiendo poco a poco; quien se reprime de esto, quien de lo otro; quien aplaude una idea jenerosa, quien censura una maldad. I todas, cual más, cual menos, sabemos doblegarnos a la maestra querida, que tiene, con la firmeza del acero, la hidalguía del vencedor.

Historia triste

6 de Noviembre.

Tiempo hacía que no golpeaba a la puerta la débil voz de un desgraciado pidiendo limosna. Hoi lo he visto i sentido i no fué, por cierto, la suya una de esas súplicas que lloran abandono i, a veces, hambre!

¡Pobre hombre! Tengo presente su rostro angustiado, su humilde acento, su desesperación profunda al decirme: «Una limosna para este pobre padre!»

La manera de pedir me estrañó, i tuve tiempo de pensar:

¿Por qué pedirá limosna, siendo padre? ¿I su familia? I el fruto de su trabajo, pues parece un hombre fuerte?—Nó! quién sabe si es uno de tantos vagos que sufren la vergüenza de pedir antes de trabajar.

Iba ya a decirle que se fuera, cuando el hombre suelta el llanto. Un hombre i llorando .. acaso ellos no tienen también sentimientos?

I oigo que dice: «No soi un pordiosero; soi un pobre padre, un desgraciado! No mendigo un pan, ni tampoco dinero! Solo pido una tabla cualquiera!

Cierta mezcla de curiosidad i compasión apoderóse de mí, invitando al desconocido a descansar, mientras se le buscaba una tabla.

En un instante, todos los de casa rodeábamos al infeliz, pidiéndole nos contase algo de lo sufrido.

No opuso resistencia; por el contrario, cual si esperimentase un gran alivio, enjugó sus lágrimas con el dorso de la mano i nos complació.

No era larga su historia, pero cuánta miseria, cuánto sufrimiento!

Hasta hace poco había sostenido su hogar por medio de su trabajo, i por la honrada ayuda de su mujer.

Vivían felices, sólo con una chiquitina, bendición de Dios al matrimonio. Pero un día, día fatal en que uno de sus compañeros de trabajo lo llevó a la cantina, bebió más de lo necesario. Se suscitó una riña, perdió la noción de lo digno, i dicen que mató a otro.

El nada supo ni de nada se acuerda. A su despertar se encontró en una prisión oscura, fría; quiso levantarse i sintió amordazadas las piernas; gritó, pero se presentó un guardia a imponerle silencio. Por él supo que estaba preso, que había cometido un crimen i que se le seguía sumario.

Para qué pintar su desesperación! Pensó en su hogar, en su mujer, en su hijita, i tuvo accesos de loca desesperación. ¡Cuántas veces en la soledad de su celda, maldijo el instante en que pisó la cantina, esa atrapadora de hombres honrados i trabajadores, esa incitadora a los más funestos vicios!

La espiación fué larga. Fué condenado a presidio por cinco años, cumplidos hace un mes.

¿Qué había sido de su hogar? Caminaba como un ebrio por las calles, pensando en la fatalidad que nos persigue a veces Las penas i los remordimientos de un crimen que su conciencia le decía no haber cometido, casi concluyeron con su angustiada existencia.

Sin embargo, sobrevivió.

Buscó a su mujer por todas partes, sin encontrarla, sin que nadie le señalase un derrotero. Encontró algunos camaradas del trabajo, pero los que no le volvieron la espalda, ni le desviaron la vista, lo zahirieron con burla.

Sin trabajo, sin dinero, muerto de hambre, no hallaba qué hacer; pero se resistía a mendigar. Clamó en su interior a la Virjen, i a la gruta encaminó sus pasos. Oró con fervor, como cuando era niño. Cerca de él, una chiquillita andrajosa tenía clavados en la celestial Señora sus ojos inocentes. ¿Qué pediría esa tier-

na florcita, que a sus ojos nublaban las lágrimas? Miróla con atención i notó en su semblante algo que le hizo recordar el de su mujer cuando era muchacha. I sin saber por qué se sintió atraido hacia la pequeña i siguió tras ella cuando hubo dejado el santuario.

No supo cómo le habían nacido fuerzas para sostenerse a través de las pésimas calles, porque atravesó la chiquilla, que al fin dobló por una callejuela i se perdió, en una pieza del sucio conventillo.

Escuchó a la puerta, en puntillas. Del interior partía una voz jemebunda:—«Creí que no volverías, Cecilia; dame agua, que me muero de sed!»

Su voz era la misma, i Cecilia, sí, el nombre de su hija. ¡Dios mío! si las habría encontrado al fin?

Entró de un golpe. Dió un grito la niña, i su mujer:—porque era ella—«¡Leoncio!...» dijo, i perdió el conocimiento.

Vuelta en sí, se entregaron a mil transportes de alegría, olvidándose por completo de su horrible miseria.

Supo, entonces, la larga vía crucis de su familia.

Ya nadie vió en ella la mujer honrada i trabajadora, sino a la mujer de un asesino. Todos la miraron desconfiados. Le pidieron la casita i tuvo que andar rodando de barrio en barrio, de pieza en pieza, hasta que, agotados sus últimos ahorros, tuvo que desmantelar su casa.

Lavaba para vivir, pero al final del cuarto año, se le declaró un reumatismo agudo que la hacía padecer atrozmente. Acudió a la caridad, pero había días en que Cecilia no recibía ni un pedazo de pan.

La mayordoma de ese conventillo, mujer buena, le había cedido ese cuartito; aunque inhabitable por lo húmedo i frío, estaban bajo un techo; a veces les mandaba algunas sobras, i otras, nada.

I sus dolores, sus crueles dolores reumáticos, no le

habían quitado la vida sólo porque era fuerte i porque no había llegado aún el término de sus días

Pero la impresión recibida, tenía que producir algún trastorno en su naturaleza concluida, i la acometió una gran fiebre. Cecilia i Leoncio la cuidaron, pero después de contínuos desmayos, en uno se abrazó a la muerte.

Para qué pintar el dolor del infeliz!

«¡Yo he muerto a mi mujer i soi inocente!»—ha sollozado.

Nosotras no supimos cómo calmar su dolor. Nadie coordinó una palabra de consuelo, porque en la garganta se ahogaban los sollozos. Miré a mi hermano mayor i noté que sus ojos se habían humedecido; mi prima hacía vivos esfuerzos para contener el llanto.

Le dimos un lijero alimento i la tabla que pedía para fabricar el ataud.

Ricardo siguió tras él.

A su regreso, de noche ya, supimos que el hombre no había mentido, i que hai en la vida espantosas miserias.

El examen médico

8 de Noviembre.

Aun estaría mi ánimo bajo la influencia del pesar que devoraba a Leoncio,—un estraño, hace poco, pero hermanado hoi a nuestros sentimientos por la lei del dolor—si una casualidad providencial, no hubiese dado a su desgracia un desenlace inesperado.

Ved si nó.

El buen Ricardo tuvo una magna idea. ¿I si no estuviese muerta? se dijo. Si hubiese sólo un desmayo, prolongado por la suma debilidad de la enferma?

Firme en su idea, corrió en busca de Vergara, un amigo suyo, estudiante aventajado de la Escuela de

Medicina. Acudió éste con sumo interés. Ahí estaba la muerta, ríjida sobre su lecho. La vió, la pulsó, agotó los esperimentos. I cuando ya, desolado, levantó sus brazos, quedaron en alto.

Un relámpago de alegría iluminó la faz del jóven ¡Vive! esclamó. Es solo un ataque cataléptico; ¿Ven los brazos? No caen a plomo! Luego, pronto, operar! I empezó el tratamiento para esos casos.

Al cabo de una hora volvió el corazón a la vida, i aunque débilmente, empezó a latir. Abrió la enferma los ojos i dió un suspiro.

Ricardo i Vergara, a un tiempo, esclamaron: ¡Salvada!

No era alegría—dicen—la de ese hombre al ver tan pasmosa realidad... Saltaba, reía, lloraba, i tan luego abrazaba a uno como a otro, asegurándoles con palabras entrecortadas su entrañable gratitud.

Cecilia, mui pálida, miraba con ojos espantados, sin atreverse a creer lo que veía.

—¿Resucitan los muertos? habíale preguntado a Ricardo.

I él, para calmarla:—Sí, querida, cuando el buen Dios lo quiere!...

Papá, compadecido de Leoncio, le ha cedido un departamento de nuestra quinta en «Los Leones», nombrándolo su hortelano.

Cecilia cuidará a su madre, i dará las medicinas recetadas por Vergara, quien ha prometido sanarla.

Pepe i Olga, para no ser menos, han prometido ayudar a Cecilia con la chaucha del Domingo.

La Escuela Nocturna

10 de Noviembre.

No hace mucho que tenemos en el barrio una Es-

cuela Nocturna. Su fundación despertó gran entusiasmo i acudieron tantas mujeres que mui pronto se cerró la matrícula.

Hai alumnas de todas edades: jóvenes i viejas, lo que prueba que nunca es tarde para aprender.

Casi toda es jente obrera, jente humilde, que trabaja todo el día, pero que, ávida de estudio, roba para ello algunas horas al descanso.

Asisten a primero i segundo año. Revelan gran interés. Cuando la maestra esplica, se vuelven toda oídos.

Por esto mismo aprovechan bastante.

Algunas hai que cuando entraron no sabían nada; pero ya son capaces de leer en mitad del Silabario.

I escriben con una letra grande, sinuosa.

—¡Ya sé escribir! dicen, i se contentan más que los chicos.

Todas andan mui limpias i peinadas; cuidan de parecer bien, no por presunción, sino por aseo, por agradar, i se nota el cambio que ha hecho en ellas la hijiene.

Cuanto se les enseña es mui práctico. Aprenden Relijión, i muchas hai que entran sin saber persignarse. ¿Podrá haber felicidad en esos hogares?

Otra novedad para ellas es la Historia Patria i la Jeografía. Al principio no se daban cuenta de Chile. Hablaban del sur i del norte como de otro Santiago. Ahora saben orientarse i mui bien podrían viajar por la patria sin perderse.

Con los hechos de Historia se entusiasman i aplauden. Ya sienten el orgullo de ser chilenas! I a menudo preguntan: «Cuando tendremos otra vez Historia?»

Se conoce que la Escuela las trasforma: suaviza sus maneras, purifica sus costumbres i lleva un poco de luz a sus cerebros, embotados por la ignorancia.

Alegría

12 de Noviembre.

Ayer, por órden de mamá, invité a Magdalena, la hija de la modista, para que fuese al Parque con nosotros.

Aceptó contentísima.

—Si mi madre dá el permiso—dijo—no me haré esperar.

A las tres estaba ya en acecho. Al vernos, corrió a nuestro encuentro, diciéndonos que el día había sido mui feliz para ella.

Su madre había recibido un jiro por cincuenta pesos de una familia que se había ido a principios de año a Temuco, sin cancelarle la cuenta. I su padre, a quien había ido a ver en la mañana, estaba mui mejor; tanto que las había conocido.

I esto lo contaba Magdalena con tal alegría, que todo su ser cobraba animación i felicidad.

Pronto llegamos al Parque. Está mucho mejor ahora. Los surtidores vierten agua fresca. Los árboles añosos dan agradable sombra, i las plantitas salpican con sus vivos colores el tono serio de los prados.

No eran pocos los que, como nosotros, habían acudido a respirar el aire puro del Parque.

Bajo los eucaliptos, veíanse grupos distanciados de jente humilde, trabajadora i sin vicios.

Allí estaba toda la familia: padre, madre, hermanos. No faltaban amigos.

He aquí la jente de corazón sano—pensé—; padres modelos que prefieren gozar al lado de la familia i no correr al suicidio de la taberna, o a la compañía, siempre interesada de los estraños.

Mis hermanos pequeños corrían por los caminos,

presas de intensa alegría. Nosotros también jugamos hasta rendirnos i luego fuimos a hacer compañía a papá que en ese instante conversaba con un barquillero.

—¡A la suerte! ¡a la suerte! gritamos pidiéndole barquillos. Pero siempre salían dos, tres, cinco; nunca más.

—¿Sabe que en esto hai trampa? dijo Pepe. A ver, vamos examinando. Pero nada descubrió.

El viejito barquillero sonreía.

—La trampa está adentro, díjole. I abriendo el tarro le regaló media docena de hermosos canutillos.

Lucía nos invitó al cerrito. Accedimos. Pequeñito i monono, posee cuanto es necesario al recreo i al descanso.

Magdalena estaba feliz. No conocía el Parque a pesar de vivir en sus cercanías.

Su madre, siempre atareada, no tenía tiempo para darle el lujo de un paseo.

Regresamos cuando el sol se ponía. Volvíamos en silencio; pero en los semblantes traíamos más luz, más color, i nuestros pulmones repletos de aire vivificante i puro.

Las hormiguitas

16 de Noviembre.

Hoi tenía el ánimo turbado i mal dispuesto para el estudio.

Este problema es difícil—me dije,—sin hacer el menor esfuerzo por resolverlo i no lo haré. Mejor es que descanse.

El calor de la tarde me llevó al fondo del huerto. I me tendí sobre el pasto a la sombra de un nogal.

Junto a mí cuchicheaban los insectos; las hormigas iban i venían presurosas, buscando su alimento al

abrigo de la estación que no volvería a lucir para muchas de ellas. Me distraje observándolas.

Formaban una hilera interminable i llevaban un camino determinado: el cañamal.

Inquietas, trabajadoras, ájiles, se movían en una i otra dirección, estendiendo sus patitas microscópicas para tocarlo i palparlo todo.

Una cascarita de semilla de cáñamo cayó en ese instante i se interpuso, como gran peñasco, en su camino. Se formó un grupo; metíanse adentro i daban vueltas i más vueltas. Por fin descubrí su objeto: separarlo del camino. Pero de allá se volcó, encerrando a una hormiguita. Me imajiné un hombre caído en un sótano i levanté el casquete. La hormiguita se alejó presurosa.

Desmenucé una miguita en el camino obligado de tan curiosa peregrinación. Otra vez el grupo. Una lo cojió i diría: «Soi la dueña», porque las demás se alejaron.

Tiré otro pedacito más grande. Varias forcejearon. Intentaron llevárselo entre dos, pero a lo mejor se daban una voltereta. Lo abandonaron: era superior a sus fuerzas. Llegó una mui grande i desarrollada, lo cojió fácilmente i se lo llevó. Me ocurrió una idea: anegarle el camino; pero, al verla nadar i buscar salvación, me arrepentí. Por fortuna el agua se consumió pronto i ella continuó su marcha.

El cordón interminable dividióse mui pronto en filas de ida i vuelta. Las primeras veíanse cargadas con miguitas de pan, pedacitos minúsculos de comida, de semillas, de frutas; las segundas volvían por un nuevo fardo.

Seguí a aquellas. Mucho más distante, a unos ocho metros, se perdían junto a la tapia del huerto, internándose en sus bodegas subterráneas.

No demoraban mucho i volvían a salir para hacer, por millares de veces, el mismo recorrido.

Trabajan, pensé. I aunque tan pequeñitas, hacen una obra jigante. Si ellas son capaces de algo superior a sus fuerzas, por qué no lo puedo ser yo? yo que llevo sobre ellas una ventaja inmensa: la intelijencia?

I, un tanto confundida, fuí en busca de mis cuadernos. Con un poco de esfuerzo hice el problema i, en verdad, no era difícil.

Las dificultades no existen, reflexioné; solo son pretestos con los que nosotras mismas tratamos de engañarnos, siendo que cada esfuerzo, cada dificultad vencida nos hace más fuertes, i cada deber cumplido nos deja esta recompensa inmediata: la paz de la conciencia.

Redención

20 de Noviembre.

Cuatro meses han pasado desde que Lucía manifestó el deseo de volver al hogar de Laura la felicidad perdida.

Mi maestra la ha ayudado mucho i nosotras, en algo.

Hemos rodeado a la pobre chiquilla de ternura, la que, con intención, hemos dejado sentir hasta en su hogar. La madre lo ha advertido; debe haber sentido sordas luchas en su conciencia; pero al fin ha vencido la naturaleza: la madre! Su emoción ha sido el mejor signo de gratitud.

Insensiblemente se ha ido estableciendo entre ella i nosotros ese acercamiento que produce la simpatía. Hemos conseguido que asista a la Escuela Nocturna, lo que ha sido un gran triunfo.

Se le advierte puntualidad i aplicación. Se arregla, se preocupa más de sí. I el órden que siente despertar en ella, lo trasmite a su hogar. Ya no es la mujer des-

greñada i altanera; recibe a su marido con afabilidad i se advierte en ella la virtud que es capaz de operar los mayores milagros: la paciencia.

La fisonomía de Laura ha ido perdiendo su espresión triste i se la ha visto asistir con su padre a las fiestas del Cerro.

Ha vuelto sobre sus pasos. Se nota que el hogar lo atrae. Es otro. Ha reanudado sus labores de carpintero. Asiste a la Escuela Nocturna de hombres, i se lleva a su mujer, de vuelta. Es un placer verlos caminar unidos, conversando amistosamente. Laura se queda en nuestra casa durante el tiempo que sus padres se ausentan.

El está rejenerado. Los éxitos de su hija, lo ponen orgulloso i él mismo dice que siente que una paz, una tranquilidad estraña lo va dominando. Es feliz; ya no está de mal humor, ni irritable, i siente por su mujer i por su hogar una atracción que ántes no sentía.

¡Cuán grande es el influjo que la mujer ejerce sobre la vida del hombre, i cuántas desgracias menos habría en el mundo si ella supiera cumplir su misión!

Además, han prosperado. La madre negocia en frutas, i, al redimirse por medio del trabajo i la virtud, hasta ha embellecido.

Laura nos idolatra, especialmente a Lucía, i todos los domingos le trae un ramo de las flores más hermosas de la estación.

Nosotras las aceptamos con gusto, porque traen el perfume de la gratitud.

En el hogar de Rhut

25 de Noviembre.

Nuestra profesora quiso darnos la lección de Puericultura en el mismo hogar de Rhut, para no espone

a la criatura a un lavado insuficiente por falta u olvido de útiles.

A las diez en punto estábamos en su casa. Nos recibió contentísima. Iba vestida con una bata de tela lijera, mui sencilla i mui limpia. Se veía monísima.

Nos entró a su dormitorio, estenso, claro, aireado. Sentíase en él marcado bienestar. Pensé qué podría producirlo: pocos muebles, los indispensables; un hermoso cuadro de la Inmaculada, copia de Murillo, i algunas efijies pendían de la muralla principal.

La cuna de Chito al lado de su cama.

En el centro de la habitación, una mesita con revistas. Todo brillaba de limpio. Prestaba cierta nota de encanto un manojo de rosas entreabiertas, colocadas en una jardinera.

Rhut dijo: —Ya está todo listo: Ud. disponga, mi querida maestra.

Cerráronse puertas i ventanas, i en el baño, prolijamente temperado, se introdujo a la criatura.

Creí que iba a llorar; pero, al contrario, estaba tan a su gusto, que hacía gorgoritos de risa.

El baño fué rápido i bien hecho.

Miéntras Rhut operaba, la maestra dirijía nuestras observaciones i nos daba la razón sobre el por qué de los procedimientos.

I tan claros fueron unos i otros que, aun cuando pasen muchos años, no los podré olvidar.

Después del baño sintió Chito mayor contento i, en pañales, de espalda sobre la cuna, ajitaba sus piernecitas con gracia i soltura.

Antes de retirarnos, Rhut quiso mostrarnos su casa: chiquita, lo suficiente para ellos. El patio, un parque en miniatura al que no faltan en ninguna estación las flores.

Un pequeño surtidor lanzaba alegre chorrito de agua.

En todas partes la misma limpieza, la misma alegría, el mismo frescor.

—Aquí, nos dijo, señalándonos un sofá de mimbre, nos sentamos a leer o a charlar Enrique i yo.

Acá tengo mi costurero, repleto de piezas menudas para mi hijo. Esto es una alcancía; pequeños ahorros que serán para él.

Su esposo gana cuatrocientos pesos. La casita les cuesta cien. A la caja de ahorros va siempre un mínimun de cincuenta pesos. Con el resto tienen perfectamente para vivir con cierta holgura.

Es, de veras, un nido de amor.

Con tal método serán felices.

Nos retiramos, llevando en el alma grata dulzura.

—Ya ven Uds.—nos dijo la maestra—que la felicidad del hogar depende principalmente de la mujer.

Las dos hermanas

26 de Noviembre.

Ayer advertimos a nuestra profesora no olvidar el cuento prometido. I hoi, a la hora de costumbre, empezó:

—Esto es mui antiguo: me lo contó mi bisabuela, siendo yo mui niña. Es una historia que ha venido de padres a hijos, de abuelos a nietos.

En años mui remotos, en un lugar que no recuerdo, vivían dos hermanas: Luz i Oscuridad.

Desde pequeñitas se notó en ellas diversidad en todo: en aspecto, caracteres, sentimientos, ideas.

Luz era una jovencita débil i humilde; gustaba del retiro, de la caridad, de la pureza, de la virtud, i sólo pensaba en agradar al que había llenado de maravillas el mundo.

Conocía su poco valor, su fealdad; pero estaba contenta. Sólo la habría entristecido saber que su alma era también fea.

Oscuridad, por el contrario, era soberbiamente hermosa, causa de admiración i de envidia. A su paso agasajos i adulaciones. Esto la volvió soberbia; vivía tan solo preocudada de sí misma; era una antorcha que solo deseaba brillar; pero el humo, al elevarse, iba adhiriéndose poco a poco a su alma. I al fin, ésta fué, como el humo, negra.

Un día golpeó a la puerta un viajero. Pedía asilo. Era un mendigo harapiento. Tiritaba de frío, porque llovía a torrentes, i la lluvia había calado hasta sus huesos...

—«No es casa de mendigos, dijo Oscuridad. Hueles mal i tus harapos manchan. Vété!...»

Ibase el mendigo, pero Luz lo detuvo.

—«Viajero, le dijo, con dulce acento. Perdonad la ofensa! Ello me lo probareis, quedándoos. Hai una habitación para que reposeis i no os faltará alimento que os fortifique...»

Oscuridad la interrumpió, indignada:—«Desde cuándo te sublevas a mi voluntad? Mi morada no es de ociosos; yo reino. Cambia de trazas para hospedarte aquí».

—«¡Oh! necia reina! dijo el viajero. Sea éste tu último capricho satisfecho: Ya está!» I de entre los harapos, se irguió un ánjel, radiante de esplendor.

—«Caritativa, virtuosa niña, dijo a Luz. En nombre del Señor te bendigo i por su Santa Voluntad te trasmito la inmortalidad. Vivirás hasta el fin del mundo i seguirás viviendo en la Eternidad. Desaparezcan tus formas ante la irradiación esplendente de tu alma. Serás invisible; pero a tu paso huirán los demonios. Tu sonrisa hará brotar flores blancas i perfumadas; tu mirada encenderá el rubor i tu aliento hará jerminar el amor puro. Te llamarán inocencia, candor, castidad, pureza... Anidarás en el corazón del niño, en el alma de la juventud i en el recuerdo de los ancianos. Hecha de luz, solo podrás habitar en la luz.

«I tú, dijo a Oscuridad, verás terminada para siem-

pre tu belleza. Serás horrible, repugnante, i buscarás las tinieblas para esconderte.

«Mancharás todo lo que toques. Serás fétida, como el agua impura de las charcas. Harás brotar flores, pero flores vistosas, de corazón envenenado, como la coquetería i sensualismo; empedernirás los corazones con la soberbia, i los vicios serán tus lazos. Pero ¡ai! de las almas que te amparen: serás su lepra!

«Los virtuosos huirán de tí i te perseguirá por todas partes la maldición del hombre.

«Tus entrañas serán un infierno de deseos, porque corazón no tendrás.

«Blasfemarás de la luz, en tu envidia, i procurarás mancharla con tu inmundo cieno. Pero ella huirá de tí i nunca has de alcanzarla. I si tu zarpa coje a alguna infeliz desprevenida, yo trataré de redimirla: soi el ánjel de la Oración, el casto amor de los espíritus privilejiados; peregrino incansable de la tierra al cielo, llevando lágrimas i sufrimientos para tornar trayendo consuelo i resignación».

El anjel desapareció. También las dos hermanas. Pero, acto continuo, un reguero de luz se estendió por los espacios i una sombra huyó despavorida.

Desde entonces hai flores blancas; hai encanto en los rostros infantiles; hai pudor en las vírjenes; hai castidad en las esposas i, en el corazón del hombre, hai respeto que ennoblece, hai amor que redime.

Al entrar en la vida hai que decidirse por una o por otra de las dos hermanas. Ciego i tonto será el que prefiera encenegarse i ocultar en las sombras su vergüenza.

Ciego i tonto el que no guste poseer un alma pura i hermosa, perfumada como flor, radiante como luz.

I mui ciego i mui tonto el que, una vez caído no se redima por el sufrimiento i la oración.

Audacia

2 de Diciembre.

Frente a nuestra casa está la del doctor Peralta. El doctor tiene hijos grandes, i hai uno que siempre mira mucho a mi prima.

Lucía pasa molesta, pero como no le falta en nada, se concreta sólo a mostrarse indiferente. Pero hoi nos siguió hasta el colegio i aun tuvo la audacia de pasar junto a Lucía, deslizando una carta en su bolsón.

Ibamos intranquilas. Nos parecía que todo el mundo se fijaba en nosotras, i que nos iba a señalar con el dedo como a niñas sin pudor ni delicadeza.

Al entrar a la escuela, Lucía rompió a llorar. Por fortuna éramos semaneras i las demás chiquillas no habían llegado aún. De las profesoras sólo estaba la nuestra: a ella le abrimos nuestro corazón i le confiamos nuestra inquietud. Como una madre, nos dió sabios consejos. Respecto a la carta, no quiso abrirla.

—Llévela Ud. a su tía, - dijo a mi prima—ella que es madre, i madre ejemplar, sabrá tomar alguna resolución mejor.

Lucía se consoló pronto i, al entrar a clase, nadie notó que había llorado.

Mi mamá aplaudió nuestra conducta, i creyó por conveniente no divulgar el hecho. Mi papá se habría alterado, i Ricardo, que es lijero de carácter, y tiene su alma en Lucía, no habría soportado semejante injuria.

—«No conviene—dijo mi madre—que este mozo crea que Lucía ha aceptado su carta. Yo me encargaré de devolverla». I salió. En la calle se encontró con él. Oimos a mi madre que decía:

—«Señor, parece que Ud. se ha equivocado, i ha tomado por buzón el bolsón de mi hija».

En peligro

3 de Diciembre.

Una chiquita del I «A» entró a la Escuela, corriendo i llorando.

Venía roja, bañada en sudor, con la melenita en desorden i el sombrero caido a la espalda.

—¿Qué te pasa, Anita?—le preguntamos con interés.

Dominada aún por el susto, dijo, mirando hacia afuera:

—Una jitana de esas que roban niñitas, me venía siguiendo i me decía:

—Ven, ven, toma dulces...

Pero yo le tuve miedo i eché a correr.

—¿I tu hermana?

—Mi hermana se adelantó i me dejó atrás, sola. Quería pasar a buscar a una niña grande del sesto; pero como le dije que la iba a acusar, me pegó i me dejó sola... I casi me lleva la gitana!...

Hai una plaga de estas mujeres. Andan a toda hora por las calles, trajeadas con polleras anchas i vistosas. Con un pañuelo a la cabeza o a la espalda i llenas de colgajos i de chiches.

Son mui astutas. Ven la suerte. Penetran a todas las casas i pronto conocen de dónde pueden sacar algo.

—«Pon aquí cuarenta centavos—dicen—i te diré muchas cosas».

I cuando han hilvanado una serie de mentiras, nunca les falta qué más sacar.

—«Compra una cosita para la suerte, para que te quieran».

Todas son, es claro, grandes embusteras. Roban lo que pillan. Tienen arte i labia para engañar. Andan errantes; viven en campamentos, en confusión, revueltos hombres, mujeres, niños i animales.

Hai jitanas mui bonitas; pero son mui malas. Se roban a los niños i se los llevan para enseñarles la misma vida.

Los hombres son astutos, ladrones de caballos; no se sabe que trabajen.

Anita hizo, pues, una buena escapada. Si no anda tan lista, pobre de ella! I todo por el descuido de una hermana; por culpa de una mala hermana.

Día feliz

8 de Diciembre.

Hoi es el día de la Virjen Como un homenaje a Ella muchas familias cristianas lo elijen para que sus hijos hagan la primera comunión.

En nuestra escuela existe esa piadosa costumbre, i con dos meses de anticipación se las prepara a recibir dignamente a Aquel que siendo amo i señor de todo lo creado, ha querido tener por tabernáculo el frájil corazón de la humanidad.

La Directora gusta que a este acto asistan siempre los cursos superiores. Nosotras hemos acudido con gusto, tanto más cuanto Laura i Cristina harían también su primera comunión.

Debíamos reunirnos en la Escuela para seguir hasta la capilla de Rejis.

Laura llegó con sus padres. Cristina con el abueli-

to. La madre, por su ocupación, no había podido asistir.

Todas de blanco, con su vara de florecidas azucenas, tímidas i sonrientes, más bien parecían ánjeles.

Al dar la comunión, cantamos: Dios mío, Dios mío, acércate a mí,—paloma sedienta que vuela hacia tí...

Algunas, mui impresionadas, lloraban a sollozos; otras estaban trémulas de emoción i felicidad.

Después del acto, las monjitas nos llevaron al jardín. Allí, en mesitas rústicas, humeaba el chocolate. Fué una sorpresa i la acojimos con franco entusiasmo.

Durante el desayuno, hubo una nota curiosa. Más de veinte palomitas blancas aletearon sobre nuestras cabezas, describiendo graciosas ondas, i al retirarse nos arrojaron papelitos minúsculos. Cada niña cojió el suyo:

«Sé pura» decían unos. «Sé humilde», otros. I así todos encerraban una advertencia, un consejo o una máxima que nos propusimos cumplir.

Cristina i Laura estaban felices. Casi todas les habíamos regalado algo; quien un santito, quien un detente o medalla.

—Te ha dado algún recuerdo la señorita? pregunté a Cristina.

—Mira, me dijo, sacudiendo con orgullo su melena de cabellos rojos; i me mostró la vara de azucenas.

¿Es hermosa, verdad? I la hizo ella... ella... para mí!

¡Qué feliz estaba! Cristina es otra. I este acto de su vida la hará mejor.

Laura reía i lloraba a la vez, i tan pronto besaba a su madre como a su padre. La tristeza había huido i la dicha más completa brillaba en su hermosa mirada azul.

La mañana espiró, dejándonos gratos recuerdos i la felicidad de un don que nos envidian los mismos ánjeles.

Pájina sencilla

10 de Diciembre.

Hoi rodeamos a nuestra profesora para que nos contara algo de su vida. I ella empezó:

—Hai cosas que nunca se olvidan.

Recuerdo que en mi infancia gustaba corretear descalza por el río, un río inocente, de aguas mansas i cristalinas i de arenoso lecho. Mis hermanos me perseguían retozando, i después de cabriolar en todas direcciones, nos sentábamos rendidos al borde del estero.

—Nena, cuéntanos algo

—Qué soñaste anoche Nena?

Yo los miraba con espresión burlesca i echaba a reir locamente. Ya sabía que mis sueños eran la vara májica que me abrían todas las puertas i satisfacían todos mis anhelos. ¡Eran famosos mis sueños!

—Choto, bájame aquellas cerezas?... Te cuento un sueño!

I Choto se trepaba como ardilla al árbol para descender jadeante, magullado, con el rostro encendido i radiante.

—Tómalas, hermanita—me decía—i se sentaba a mi lado, dispuesto a escuchar.

Yo refrescaba con un beso el ardor de sus mejillas i, come que come cerezas, discurría el sueño:

—Eranse dos hermanitas: una niñita i una flor. Tenían la misma edad, la misma belleza i el mismo nombre: a las dos les gustaba reir i jugar; las dos tenían delicada palidez, i las dos se llamaban Rosa.

Pero un día la niñita esquivó la presecia de su hermana i cesó de reir i de jugar.

Rosa-flor se puso triste, mui triste, i le confió su pena al Viento.

Este le dijo:—Tu hermanita está así, porque un Grillo ha cantado tu belleza. Tu hermanita no está triste... está envidiosa!

I sopló fuerte sobre ella, dejándola más triste i pálida aún.

Pero Rosa-flor, dudosa del Viento, le confió su pena al Sol.

Este afirmó:—El Viento ha dicho verdad, Rosa-flor. Tu hermanita está envidiosa!... ¿Qué?... ¿Lloras?... No seas tontilla!... Te pondrías deslucida i fea.

I así diciendo, imprimió en su fronda un beso cálido que le bebió las penas i la encendió en rubor ..

Estaba linda, hermanitos! Pero a ese tiempo llegó la niñita i, al sorprenderla tan bella—abrasada por la envidia—alzó la mano i le dió tan fuerte azote que Rosa-flor cayó deshojada...

Miria apareció entonces i, con voz airada, dijo a la niñita:

—Cruel envidiosa, ¿qué has hecho de tu hermana? Le has quitado el ser; más, no te alegre!... ¡Yo la haré revivir! Su vida será tu muerte, ya que estás destinada a protejerla i a ser el testigo eterno de su belleza.

I al maldecirla, golpeó con su vara a la niñita i a la flor.

Súbito, la envidiosa, trasformóse en pequeñas astillitas rojas que se fijaron en el ramaje del rosal. De la tierra ascendió por sus tallos un efluvio de vida que despuntó en sonrojados capullos, prendas preciosas de la más injenua belleza.

Desde entonces el rosal es fecundo en flores i desde entonces también lo defienden las espinas.

Cuidado, pues, mis hermanitos, con la envidia, porque Miria se enoja!

.....

Así eran mis sueños; pero no todos tenían fin

La inspiración adolece de caprichos i, en casos como éste, es de presumir que, acabadas las cerezas acábase también el cuento.

¿Cómo imajinaba tanto? No sabría decirlo; pero si algunos nacieron de invento, los más formaban parte esclusiva de mi ser. I nacían sin dolor, sin esfuerzo.

No era que los hubiese leido, pues en ese entonces, a pesar de mis nueve años, no sabía aún leer.

Mi padre, un agricultor honrado, nos tenía en el mundo como una semilla cualquiera, confiado en que la tierra i el agua, el sol i el viento, como a sus siembras, nos darían vigor. I nadie, ni nada más.

Sólo pasado el decenio condescendió en que tía Ines arase nuestras mentes vírjenes, i fué tan solo al finalizar los doce cuando pude saborear los inmortales cuentos de Ardensen.

Quedamos, pues, en que a esa edad yo creaba. I como mis dos hermanos, Choto i Leo, no tenían la misma facultad, no es estraño que fuese para ellos reina.

Hoi me pregunto cómo pude elaborar tanta fantasía. Yo creo que mi madre salía de su tumba para adormecerme, i que era su espíritu el que confiaba al mío los misteriosos sueños; porque—dato singular—eran ideales en ternura i moral. Yo habría preferido un latigazo antes de causar un estrago en los nidos. I si alguno de mis hermanos lo intentaba, me imponía.

—¡Hola, hermanito, que Miria se enoja!

Miria significaba para nosotros algo sobrenatural, era la hada benéfica que aparecía siempre en mis visiones. Tomaba formas diversas: a veces era mujer, a veces nube; pero solía ser también hilito de agua i hebrita de luz.

Nunca cortábamos una flor: habría sido enojar a Miria. Nos contentábamos con acariciarlas; atraíamos

hacia nuestros labios manojos de lilas, de aromos, de jazmines, i los cubriamos de besos.

¿Sentirían las flores? Muchas veces lo he pensado, porque nunca he vuelto a observar en ellas la diáfana frescura ni el perfume de aquellas que nos rodeaban cuando niños.

Un día que impensadamente estropeamos una mariposa, nos echamos a llorar los tres junto a ella. Llorando nos dormimos. En el sueño ví a Miria, envuelta en ámplia túnica de oro; solamente asomaban las puntitas de sus dedos sonrosados. Llevaba antenas i alas como mariposas. Andaba con dificultad. Ajitó las alitas para volar i no pudo, perdió el equilibrio i cayó en el césped.

Lancé un grito i corrí hacia ella, pero me detuve arrobada.

—No te inquietes—me dijo—soi la mariposita que dañaste hace un momento. Mis alitas de seda i luz no resisten al contacto de tus dedos ásperos... Nunca vuelvas a cojer a ninguna de mis hermanas, porque las haces sufrir.

Vivimos sin hacer mal a nadie. Nos encanta vagar por el aire i posarnos sobre las rosas; nos gusta la miel de las flores i la mirada de los niños buenos ..

—Miria—mariposita, la interrumpí—yo te herí sin saberlo; nunca creí que tus alitas caerían deshechas a mi contacto. ¡Ai!... por qué mis dedos no serán como las florcitas de acacia?

Pero ella dijo:—¡No llores! Sé que eres buena i que no lo volverás a hacer. No ha habido maldad en tí, por eso puedo aún vivir; dame a beber una de tus lágrimas i viérteme otra en la herida.

Lo hice, i al instante se levantó sana. Sus alitas diáfanas me airearon el rostro i desperté.

Mi primera mirada fué para la mariposita. Ya no estaba! Desperté a mis hermanos i les conté el sueño.

Reparado el mal, nos vino la alegría i el contento.

Éramos buenos hasta la inocencia, por lo mismo que nunca hallamos serpientes en nuestro camino. Después he sabido que Eva cayó por escuchar un mal consejo, i que la inocencia—más delicada que la alita sutil de la mariposa—muere al sólo hálito de una conversación impura.

Hai quienes han tenido la osadía de elevar una queja por el abandono en que nuestro padre nos tenía; pero yo lo bendigo sin cesar por ese mismo abandono.

Nunca consintió en darnos por compañía la cizaña de criados, amigos ni parientes.

—No tienen madre;—respondía—dejadlos solos. I nos echaba a un jardín boscoso, cuajado de bellezas, virjen de peligros. Nos acompañaba Valiente, un enorme terranova que parecía niño en lo juguetón i alegre. Estaba encargado de cuidarnos, i nadie habría podido cumplir más fielmente. Era nuestra sombra, pero una sombra benéfica, que no inspiraba terror sino gritos de alborozo.

Si jugábamos, él formaba el cuarteto i cuando rendidos nos tendíamos a reposar sobre la yerba, él se echaba a nuestro lado, con las fauces jadeantes, alerto siempre al más leve ruido.

Cuando llegaba nuestro padre, que jeneralmente acontecía a las seis, daba un silbido i todos nosotros, perro i niños, emprendíamos la carrera hacía el. Yo me trepaba invariablemente a sus brazos, i cuando él se sentaba, los tres nos montábamos sobre sus piernas.

Valiente, sentado frente al grupo, meneaba el rabo de contento.

—¿Qué hai de nuevo?—nos preguntaba mi padre.

I siempre teníamos alguna novedad: ya el descu-

brimiento de un nido, de un insecto, de una flor. I, a falta de ellos, los sueños, pues, los hermosos sueños que me infundía la siesta bajo las flores. No sé por qué todas no me sujerían creaciones de igual naturaleza. I yo lo sabía. ¿Quería tener un sueño alegre?... sesteaba bajo las lilas. Un sueño triste?... bajo el ciprés. Un sueño que nos hiciera reir mucho?... Bajo las rosas. Sólo bajo el sauce que había junto al estero no dormíamos nunca, porque me inspiraba sueños tan tristes que mis hermanos i aun yo misma llorábamos inconsolablemente.

Mi padre, que nunca reía, solía decirme:

—¡Hazme la gracia de un cuento, Nena!...

—¡Oh! sí, todos son para tí, papá, respondíale jenerosa. ¿No había advertido acaso que mis sueños disipaban su habitual melancolía?

(¡Qué no diera hoi por reanudar aquellas horas i sentir apoyada en la mía su cabeza venerable!)

I él, vaya que les atribuía mérito!

—Has salido a tu madre—decía—ella era así!

I me pagaba—como a ella—a beso el cuento.

Pero... no lo decía yo? Si el espíritu de mi madre se advertía junto a mí: Más, por qué sólo junto a mí? Por qué Choto i Leo nunca soñaban?

Hoi pienso: es que era el imán que nos acercaba, nos escudaba i protejía a la vez. De otro modo, quizás no habría prevalecido la unión, la virtud i el amor.

Creo no haber dicho que en las mañanas mi padre estaba en casa. Jeneralmente no lo veíamos hasta las diez.

Pasaba una hora con nosotros, en la que nos conversaba de Música i de Relijión.

¡Cuánto amábamos al Divino Jesús! Yo lo veía a menudo en sueños. Conservo imborrable su infantil figura.

Era de lirios su túnica; bajo ella asomaban sus plantitas leves; esta vara admirable florecía en una cabecita risada i melancólica, ceñida de espinas. Sólo me

es imposible pintar su mirada dulce i serena en aquel rostro de amor.

Era mi encanto besar sus deditos perfumados de mirto, i mi tormento no poder quitarle su coronita doliente.

—Mejor te sentaría una de rosas, decíale: hai blancas i encendidas. Te gustan, Niñito mío?

—¡Preciosas!—me respondía—pero más me gustan las rosas de amor. Por eso las he sembrado en el mundo. Viven ocultas en un corazón. La virtud es su savia, la oración su riego. Si ellas faltan, negro escarabajo carcome la flor.

Cuida, pues, que en tu corazón no se marchite la rosa de amor.

—Rosa de amor... en mi corazón?—interrogaba incrédula—¡Quiero verla!... Pero ¡ai!... era una flor de luz maravillosa que me hacía desfallecer... i despertar.

Si no, hubiera muerto de amor!

Escenas como ésta me hacían soñar las conversaciones de mi padre. Pero no siempre rodaba ella sobre este punto.

Otras veces nos improvisábamos músicos. ¡Qué notable artista habría sido mi padre! ¡Qué canciones tan armoniosas sabía! Creo que las inventaba. Choto las aprendía de una vez. Leo era el ruiseñor. Cantaba a las mil maravillas! Cuando intentaba imitarlo, me nacían gritos desentonados. De veras que no servía para el canto! Mi arte era otra: soñar...

Jenerosidad

15 de Diciembre.

Esta mañana iba un poco atrasada para la escuela; me fuí corriendo por República, pero al enfrentar a Manuel Montt, me detuve. Aida estaba inclinada ante uno de los hoyos del alcantarillado.

—Mira, me dijo; que a tiempo llegas. Se ha caido: es Delia.

Efectivamente, estaba en el fondo del pozo i no podía salir. En la calle no había ni un alma, ni el guardián.

—Espérate, dije, i me acordé del cordel que llevaba en mi bolson para el salto en jimnasia.

Le alargamos un estremo i entre las dos sujetamos, afirmándonos en un árbol.

Delia ascendió al fin, mui pálida.

—«Me duele la cabeza», dijo. «Me dí un golpe mui fuerte en ella».

Nos ofrecimos para acompañarla a su casa. En el camino, pasado el susto, nos reimos.

¿I cómo fuiste a parar al pozo?

Se puso roja i guardó silencio.

Aida se adelantó:—Ha sido algo casual...

Comprendí que algo ocultaban. Pero Delia, venciéndose, dijo:

—Fué castigo de Dios. Has sido jenerosa, Aida i no quiero ser menos.

—Fíjate María—me secreteó al oido—por reirme de ella. Venía imitando su cojera, cuando ¡zas! caí al hoyo que no ví.

He recibido el castigo,—agregó alzando la voz—pero me falta el perdón. Me lo concedes, Aida?

—No tengo de qué perdonarte. Nunca guardo ofensas. I le tendió la mano.

Solo te pido un favor; a tí tambien, María. Ya que hemos tenido la suerte de que nadie nos vea, que nadie, tampoco, lo sepa.

Felicidad

18 de Diciembre.

Mi papá está mui contento porque su hermano Hi-

lario, el papá de Estela, ha fijado su residencia en Santiago. I yo no lo estoi menos. Ya no necesitaré del correo ni de largas esperas para conversar con mi querida primita

Viven en Vergara, a dos cuadras de mi casa, i por las tardes nos reunimos o en su hogar o en el mío.

La llegada fué mui divertida. Mi tío Hilario ha sido siempre alegre de carácter. I para llegar a casa se disfrazó de anciano, con anteojos azules i larga barba blanca. Nadie lo conoció. Cuál sería pues nuestro asombro cuando suelta a reir, quitándose a la vez anteojos i barba...

Nos lanzamos a sus brazos i casi lo cegamos a besos. Luego, quisimos ver a Estela, i entonces... cuánto gusto! Olga i Pepe no la recordaban, yo tampoco la conocí al principio, tan cambiada está! Cuenta catorce años solamente, i ha crecido tanto que está de mi alto. Pero mui delgadita. Ha ganado mucho en gracia i simpatía. Tiene una voz tan timbrada i armoniosa que cautiva; se la quisiera estar siempre oyendo. I cuando sonríe brota de su faz tal encanto que, sin serlo, aparece realmente hermosa.

Lucía la quiere tanto como yo, i es igualmente correspondida. No puede negarse que somos felices en tal atmósfera de cariño.

Los examenes

20 de Diciembre.

Desde ayer a que estamos en exámenes. Creíamos habernos desocupado hoi, pero no ha sido posible, aunque nos examinan facilito i rápido.

La comisión se muestra satisfecha i la Directora contenta.

Mi prima se ha lucido, es una intelijencia poderosa que no admite especialidades: todos los ramos le son igualmente fáciles.

Delia, con su viveza, ha llamado también la atención. Un examinador la interrogó:

—Conjúgueme el verbo que más le guste, señorita.

—Hablar, pues, repuso en el acto. I el señor no pudo menos de sonreir.

A Emilia la han felicitado especialmente por su correcta pronunciación.

Se hacé tan poco caso del lenguaje que ya las palabras se han transformado de tanto destrozarlas.

Luisa llamó la atención en Jeografía. Anotaba en el mapa desde lejos, con precisión, i correjía a todas.

A Adriana le tocó narrar la batalla de Yungay, i como es tan patriota, hablaba con tal fuego que parecía estar en el campo de batalla.

Zoila cerrada hasta el último. Un profesor de la Escuela Normal se dirijió a ella:

—Conjúgueme el verbo esperar, señorita, indicando a quién.

I ella, con toda arrogancia:

—Yo espero a quien—tú espera a quién—él esperas a quién.

Veinte dedos se levantaron para hacerla callar. Su respuesta había herido nuestro amor propio de sección aprovechada...

Despedida

21 de Diciembre.

Después de la repartición de certificados, nuestra profesora nos reunió en la sala para darnos, junto con el adiós, sus últimos consejos:

—La escuela les ha trazado un plan de vida que no deben olvidar. Vénzanse a sí mismas día a día, hora a hora, momento a momento.

El dominio de sí misma es una gran victoria que las hará fuertes en voluntad para cumplir con sus deberos hoi, mañana i siempre!

No odien nunca! Oren por quien las ofenda i devuelvan con bienes los males que reciban.

Amen mucho, porque del amor depende nuestro perfeccionamiento. El las hará nobles i jenerosas; caritativas i abnegadas, puras i piadosas.

No olviden que la virtud es lo único que hace estimable a la mujer. Sean virtuosas, i a donde quiera que la vida las empuje, serán felices...

No pudo terminar: nuestros corazones, partidos por la angustia, se ahogaban en sollozos. No podíamos más.

Ofelia fué la primera en lanzar el llanto, i la seguimos todas. Llorábamos sin consuelo, desesperadamente, i la maestra querida, perpleja ante la esplosión de dolor, iba de banco en banco, dispensándonos sus caricias, vertiendo en nuestros desolados corazones toda la ternura del suyo.

Por fin nos decidimos i, en grupo primero, una a una, después, le dimos el último abrazo i el último adiós.

Cuando salimos, ya la escuela estaba desierta. Sólo nosotras nos arraigábamos a ella.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÈ TORIBIO MEDINA"